

MABEL DÍAZ
AMOR A
QUEMARROPA

Copyright

EDICIONES KIWI, 2018

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES **KIWI**

Primera edición, mayo 2018

© 2018 Mabel Díaz

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Mercedes Tabuyo

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Epílogo](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Los flechazos son disparos a quemarropa que van directos al corazón.

Capítulo 1

El sonido del despertador lo sobresaltó.

A pesar de llevar despierto varias horas, pensando en lo que sucedería esa mañana, rezando para que todo saliera igual de bien que las otras veces, Aarón no pudo evitar que el corazón le diera un vuelco al escuchar la alarma.

La apagó de un manotazo y se irguió en la cama. Sentado en ella, miró por la ventana. La noche anterior había caído tan exhausto que no bajó las persianas y, ahora, el amanecer de Valencia le daba los buenos días.

Tras ducharse, fue a la cocina, donde su compañero Ximo tomaba café.

—¿Qué pasa, colega? —dijo a modo de saludo su amigo, casi un hermano para él.

Aarón y Ximo se habían criado juntos en el barrio del Cabañal, cuando la familia de Ximo acogió en su casa a Aarón, de once años de edad, al ingresar en la cárcel de Picassent el padre del muchacho. Su madre había muerto de sobredosis hacía dos años y del resto de su familia, abuelos, tíos, primos, nadie sabía nada.

Así que, como su padre había nombrado tutores legales de Aarón a la familia de Ximo, por si algún día a él le pasaba algo, el pequeño recogió sus pocas pertenencias y se trasladó a la casa del final de la calle.

De eso habían pasado ya veinte años.

Ahora compartían una casita de planta baja y piso superior, cuya fachada de cerámica azul recordaba el barrio pescador que fuera antaño.

—¿Repasamos los detalles mientras desayuno?

Aarón se sirvió un café en una taza que sacó del armario superior, encima de la cocina de gas.

—¡Qué pesado, che! Los hemos repasado mil veces. Estate tranquilo. Todo va a salir bien —contestó Ximo.

—No está de más hacerlo otra vez. —Aarón se sentó en la silla frente a su amigo—. Sabes que no me gusta correr riesgos. Lo quiero todo bien atado.

Ximo bufó y puso los ojos en blanco. Aarón era muy meticuloso cuando se enfrentaban a un trabajito de los suyos y a él lo desesperaba su perfección.

Sin embargo, sabía que, gracias a esto, todos sus planes habían salido bien y el grupo seguía actuando con todos sus miembros intactos.

Se acercó más a Aarón por encima de la mesa y, con un gesto de la mano, le dio la señal para que comenzara a hablar.

Emma terminó su desayuno y se fue directa al armario de su habitación para elegir la ropa que se pondría ese día. Estaba muy contenta porque, por fin, había regresado a Valencia, la ciudad que la vio nacer y de la que se marchó siendo apenas una niña. Sus padres buscaban un futuro mejor para sus hijos y trasladaron su residencia a Madrid, pero Emma nunca olvidó las calles donde corría y jugaba en su infancia.

Así que cuando la entidad bancaria donde trabajaba comunicó a sus empleados que había una plaza libre en una de las sucursales de la ciudad del Turia, Emma fue la primera en solicitar el traslado y tuvo la suerte de conseguirlo.

Hacía tres semanas que había vuelto a su barrio de toda la vida, el del Cabañal, a pesar de que podía haberse instalado en otro mejor, pues con su sueldo se lo podía permitir. Pero no. Ella necesitaba reencontrarse con sus raíces, sentir el olor de la sal que traía la brisa del mar cuando paseaba por las calles, la arena entre los dedos de los pies al caminar por la playa...

La ciudad había cambiado mucho en su ausencia; el barrio, también. Habían rehabilitado algunas casas, pero otras seguían en un estado lamentable. Se había modernizado una zona, a pie de playa, con restaurantes, hoteles y demás, pero de espaldas al mar, en las calles del interior, el entorno continuaba siendo el de siempre. Algunas casas mantenían sus fachadas con azulejos azules, verdes y amarillos. Otras estaban pintadas de varios colores. Todo ello recordaba el ambiente marinero, que no había perdido con el paso de los años, y la degradación a la que se vio sometido por las luchas políticas en cuanto a la remodelación del Cabañal para llevar una de sus avenidas hasta el mar. Esto suponía seccionar en dos el barrio, derribar seiscientos edificios y más de mil viviendas. Pero muchos cabañaleros no querían abandonar sus casas, heredadas de sus antepasados, por lo que sufrieron el expolio, las presiones y las amenazas del Gobierno. Como resultado a todo esto, el barrio se vio sometido al abandono y la fractura vecinal. Ahora, trataba de recuperarse poco a poco y con mucho esfuerzo.

Emma eligió un vestido rojo, de manga francesa, largo hasta las rodillas, y se lo puso. Se maquilló un poco y se calzó unos zapatos de tacón. Cogió la chaqueta de punto negra, que tenía colgada al lado de la puerta, en el perchero de la entrada, porque el aire acondicionado de la sucursal lo ponían muy alto y ella pasaba un poco de frío. No entendía por qué lo tenían a tope, si aún estaban a principios de mayo y el clima no era tan caluroso como para usarlo. Cuando llegase julio o agosto, no quería ni pensar en el congelador en que se

convertiría la entidad bancaria.

Salió a la calle y se encaminó hacia la parada del autobús. Cuando cobrase el siguiente mes, buscaría un coche de segunda mano para comprarlo. Pero, de momento, tenía que usar el transporte público para moverse por la ciudad. Por ahora, había gastado mucho dinero en la adquisición del pequeño piso en el que vivía, muy cerca de la que fue su casa cuando era niña. Su intención al trasladarse a Valencia era comprar dicha casa, pero cuando vio el estado ruinoso en el que se hallaba y lo que iba a costarle reformarla, optó por la solución más práctica y se compró el piso.

Aspiró una bocanada de brisa marina y se dijo que, al volver del trabajo, comería rápido y pasaría la tarde en la playa.

Capítulo 2

La furgoneta negra paró frente a la entidad bancaria y sus ocupantes se miraron entre sí.

—Vamos allá, tíos —los animó el jefe del grupo—. Esta sucursal no tiene arco de seguridad. Será pan comido.

Se colocaron sus máscaras de Freddy Krueger, que les cubrían por completo la cabeza, y cogieron las armas.

Con rapidez, descendieron del vehículo y entraron en el banco.

—¡Todo el mundo al suelo! ¡Esto es un atraco! —gritaron a la vez los tres miembros de la banda criminal.

Las pocas personas que había a esas horas en la sucursal hicieron lo que les habían ordenado entre chillidos histéricos y llantos atemorizados, excepto la cajera, que se había quedado petrificada en la silla, tras el mostrador.

—Si tocas el botón de la alarma, te pego un tiro —siseó uno de los atracadores mientras encañonaba la frente del director de la oficina.

El hombre, de unos cincuenta años de edad, levantó las manos hacia el cielo para que el delincuente comprobase que no iba a hacer aquello de lo que lo acusaba. Su vida valía más que el dinero que guardaban en la caja fuerte.

Uno de los integrantes de la banda ordenaba a los rehenes que depositasen los teléfonos móviles, carteras, joyas y demás dentro de una bolsa que él portaba.

El otro se acercó a la chica de la ventanilla, que lo observaba todo con el miedo reflejado en las pupilas y temblando ligeramente.

—Eh, tú, levántate y llévame hasta la caja fuerte —le dijo.

Emma se alzó de la silla con las manos en alto y el corazón saliéndosele por la boca, y condujo al delincuente hasta la cámara acorazada.

—Ábrela —le ordenó el hombre con voz dura mientras le apuntaba con su arma en mitad de la espalda.

Ella, al sentir el contacto de aquel instrumento hecho para matar, se estremeció. Un sudor frío la recorrió entera y los pequeños temblores que había sufrido hasta entonces comenzaron a agudizarse.

—No... No... No ten... go... la... cla... ve...

—¡Tres! —gritó el delincuente, y la chica pegó un salto asustada—. ¡Trae al director!

El otro atracador hizo lo que su compañero le pedía.

—Ábrela —le ordenó al director de la entidad, con la voz amortiguada por

la máscara que llevaba.

Emma se hizo a un lado y comenzó a agacharse para ponerse en el suelo otra vez, igual que estaban todos los rehenes del banco.

—No, no, no, no, preciosa. Quédate de pie. Vas a tener que ayudarme a sacar de ahí dentro —señaló con una mano la caja fuerte y con la otra le tendió una bolsa de basura— todo lo que hay.

Ella asintió con la cabeza mientras las lágrimas le bañaban las mejillas. Se quedó de pie, al lado del atracador, hasta que la cámara acorazada estuvo abierta.

—Vamos, date prisa en meterlo todo ahí —la instó el delincuente al tiempo que también él metía el dinero en la otra bolsa que llevaba.

—¡Dos minutos! —oyeron que gritó uno de los hombres de la banda criminal desde fuera.

—Venga, nena —la apremió el que estaba con ella.

Presa del nerviosismo, a Emma se le cayeron varios fajos de billetes al suelo y el delincuente soltó una maldición acompañada de varias palabrotas.

—¿Eres tonta o qué te pasa? —gritó el hombre, apuntándole de nuevo con el arma—. ¡Recógelo y mételo en la puta bolsa!

Ella hizo lo que le ordenó el ladrón, temblando de miedo.

Cuando le pasó la bolsa llena al delincuente, este agarró a Emma del pelo y tiró con fuerza de ella.

—Te vienes con nosotros. Hace tiempo que no follo con una tía buena como tú —dijo con una apreciativa mirada.

—¡No, por favor! —sollozó más fuerte Emma mientras el hombre la arrastraba fuera de la cámara—. ¡No! ¡No!

Ella intentaba soltarse del agarre del criminal, pero este era firme y no pudo lograrlo.

—¿Qué haces, tío? —preguntó otro de los atracadores al ver a su compañero obligando a la mujer a ir con él.

—Me gusta, así que me la llevo.

—¿Estás loco? —gritó el ladrón—. ¡No puedes llevártela!

—¿Quieres ver como sí puedo? —retó a su compañero, negándose a soltar a su presa.

El tercer integrante del grupo se acercó hasta ellos.

—Déjala, Dos. Sabes que no podemos llevarla. Nunca hacemos rehenes. Eso complicaría las cosas —dijo con rabia contenida y la voz amortiguada por la máscara que llevaba, intentando convencer a su amigo.

—Pues esta vez va a ser la primera. Me gusta y hace tiempo que no follo.

—Atracamos bancos, no violamos a las mujeres —le recordó el delincuente número tres, mordiendo cada palabra que había salido de su boca.

—Me la voy a llevar quieras o no —siseó encarándose con él.

—Vas a joderlo todo.

Emma observaba hablar a los dos hombres como si estuviera en un partido de tenis, moviendo la cabeza a un lado y al otro, mirándolos alternativamente. No dejaba de sollozar y retorcerse para librarse del agarre del ladrón. El corazón le latía frenético en el pecho y el cuero cabelludo le ardía por los tirones que él la daba para retenerla. Pensó en usar las manos, que estaban libres. Quizá si le diera algunos puñetazos... pero no. Él se los devolvería, o cualquiera de sus amigos. O peor aún. Le dispararían y... Adiós.

—Por favor, déjela libre. Ya tienen lo que querían, el dinero —oyeron que les suplicaba el director de la sucursal.

El atracador que intentaba llevarse a la fuerza a Emma, enfadado porque lo contradecían, se volvió hacia el señor. Soltó a Emma para coger de nuevo su arma y golpear al director del banco hasta dejarlo inconsciente.

Emma y el resto de las personas que había en la sucursal comenzaron a gritar, a llorar más fuerte; le pedían que lo dejara en paz, que no lo matara, al ver la sangre que manaba de la cabeza del hombre por la paliza brutal que estaba dándole.

—¡Dos! ¡Vámonos, joder! ¡Estamos perdiendo mucho tiempo por tu culpa! —le gritó el ladrón número tres, sujetándolo del brazo y deteniendo sus golpes.

—Ella se viene conmigo —siseó de nuevo, retando a su amigo a que le llevase la contraria otra vez.

Cogió a Emma del pelo y la condujo hacia la salida mientras sus compañeros cargaban con las bolsas del botín.

Capítulo 3

—¿Por qué habéis tardado tanto? —quiso saber el cuarto componente del grupo, que se había quedado al volante de la furgoneta, cuando sus compañeros regresaron.

Emprendieron la marcha con rapidez y huyeron del escenario del crimen.

—¿Y qué coño hace esa mujer aquí? —preguntó mirándola por el espejo central del vehículo.

—Es un extra —soltó el ladrón número dos riendo—. Después de probarla, te la dejaré un rato.

—Nadie va a hacerle daño a la chica —siseó el tres con rabia.

Emma continuaba temblando y llorando, temiendo lo que aquellos cuatro hombres con máscaras de Freddy Krueger fueran a hacerle. Observó que al que llamaban Dos, y que en ese momento estaba rebuscando algo en una mochila azul, tenía una fea cicatriz en la parte posterior del cuello. Esta comenzaba detrás de la oreja derecha y descendía, cruzando la nuca, hasta perderse en el interior del jersey que llevaba.

«Bien, así podré darle una pista a la policía, si es que salgo viva de esta situación», pensó al verlo.

Dos encontró lo que buscaba y se giró hacia ella con un gran pañuelo negro en las manos y una cuerda.

—No puedes ver adónde vamos, nena, así que tendré que vendarte los ojos —dijo mientras la ataba las manos con la cuerda—. Pero no te preocupes, te la quitaré antes de follarte para que te acuerdes siempre del careto del hombre que te hizo correrte y gritar como una perra.

—¡No, por favor, no! —chilló Emma mientras Dos intentaba cegarla. Se retorció para que él no lograra su objetivo y, a cambio, recibió un puñetazo por parte de su captor para que se estuviera quieta. El puño le impactó en el estómago, lo que hizo que ella se doblara hacia delante por el dolor, quedándose sin aliento.

—¡Déjala ya en paz! —le gritó Tres a su amigo.

—Tranquilo, a ti también te dejaré probarla —replicó Dos riéndose. Consiguió ponerle el pañuelo en los ojos, por lo que Emma dejó de ver lo que ocurría a su alrededor y qué camino tomaban en su huida.

—No se la va a follar nadie, ¿me oyes? —dijo Tres controlando su rabia. Agarró a su amigo del cuello y lo estampó contra el lateral de la furgoneta—. Somos atracadores, no violadores. Y tampoco secuestramos a nadie. No

hacemos rehenes. ¿Lo entiendes ya? Estás complicando las cosas innecesariamente, joder.

Emma, cegada, sentía como la furgoneta giraba primero hacia la derecha y un rato después lo hacía a la izquierda. Su corazón latía a la misma velocidad que llevaba el vehículo y rezó por que los otros atracadores obedecieran al que intentaba salvarla de las garras de su compañero.

—Cuatro, la soltaremos allí. No hay nadie y no nos verán —le dijo Tres al conductor, señalando una iglesia en mitad de la calle desierta por la que estaban circulando—. Y tú, capullo de mierda —desvió la vista hacia Dos—, es la última vez que te llevas a una persona del banco que estemos robando. Tienes que cumplir mis reglas a rajatabla para que todo salga bien y continuemos con vida después de esto, ¿lo has entendido, idiota?

Soltó a Dos, que empezó a toser por la falta de aire y asintió con la cabeza.

—Solo... quería... diver... tir... me un... rat... o —boqueó como un pez fuera del agua.

—Pues te buscas otro tipo de diversión, pero a las mujeres las respetas, gilipollas. ¿Quién te has creído que eres para ir por ahí abusando de las tías, pedazo de mierda? ¿Te gustaría que le hicieran eso a tu hermana? ¿O a tu sobrina?

Dos negó con la cabeza mientras inspiraba para recuperar el aire que sus pulmones demandaban con impaciencia.

Llegaron a la iglesia y la furgoneta paró.

Tres se bajó de ella y, cogiendo a Emma de un brazo, la obligó a descender del vehículo. Cortó la cuerda que le unía las manos.

—Estamos frente a una iglesia. Hay que subir dos escalones. Ten cuidado de no caerte —dijo él mientras la guiaba hacia la puerta del edificio, dándole gracias al cielo por que a esa hora no había nadie en la calle que pudiera verlos.

Ella hizo todo lo que el chico le indicaba hasta que entraron en el interior del templo.

—Lo siento mucho. Dos es un poco... —dudó, buscando la palabra idónea para describir a su amigo mientras le acariciaba el pelo largo a Emma con ternura— ... imbécil. Espero que lo perdones por el mal rato que te ha hecho pasar. Bueno, a todos. Te pido perdón en nombre de todos.

Emma asintió con la cabeza, sin dejar de llorar y temblar como una hoja.

A Tres le dieron ganas de abrazarla para que se tranquilizase. La miró unos segundos, recorriendo su fisonomía, que el vestido rojo que llevaba marcaba

deliciosamente, y se dijo que la chica era muy bonita. Ojalá la hubiera conocido en otras circunstancias. Le habría gustado conversar con ella, invitarla a una copa y puede que, después, viniera algo más. Pero en la situación en la que se encontraban, lo único que podía hacer era dejarla libre.

—Ahora voy a sentarte en el último banco de la iglesia. Tienes que rezar cuatro padrenuestros y después podrás quitarte la venda de los ojos —añadió Tres con voz suave, a través de la máscara que llevaba.

Ella volvió a afirmar con un ligero movimiento mientras se mordía los labios para reprimir el llanto.

—Lamento lo que ha sucedido, de verdad —se disculpó él de nuevo—. Por favor, perdónanos y trata de olvidarnos, ¿de acuerdo?

La acarició el cabello por última vez, sintiendo lo sedosos que eran sus mechones oscuros, y la ayudó a acomodarse en el banco de madera.

Emma oyó sus pasos alejándose y comenzó a rezar. Se equivocó varias veces, por los nervios, pero no le importó. Seguro que Dios la perdonaba por los errores en la plegaria. Cuando terminó de orar, empezó a llorar otra vez, pero de alivio, al tiempo que se quitaba la venda de los ojos.

Capítulo 4

—No vuelvas a hacer algo así. Has estado a punto de joderlo todo —le recriminó Aarón a su amigo Ximo—. Si hasta ahora todos nuestros golpes han salido bien ha sido gracias a que hemos cumplido estrictamente el plan trazado por mí. Un error como este podría costarnos muy caro. ¿O es que quieres volver a la cárcel?

Los cuatro componentes de la banda se encontraban en un taller clandestino al que habían ido para pintar la furgoneta de otro color y cambiarle las matrículas.

—No, claro que no, pero es que la tía estaba muy buena y pensé...

—¿Qué pensaste? —Se rio con sarcasmo Aarón, aunque no le hacía ni pizca de gracia lo sucedido—. ¡No, Dos! ¡No pensaste! ¡Ese es el problema!

Uno y Cuatro, que habían estado contando el botín mientras ellos discutían, los interrumpieron.

—Sesenta y nueve mil quinientos euros —dijo Uno, a quien también llamaban el Nano.

—Otro más como este y podré montar mi discoteca en la playa —comentó Jordi, alias Cuatro.

—Eso será si no la caga Ximet, como ha intentado hacer hoy —añadió el Nano, usando un diminutivo que sabía que a su compañero de fechorías lo desagradaría.

Ximo se levantó en el acto del suelo, donde estaba cambiando la matrícula trasera. Enfurecido, hizo amago de enfrentarse a él, pero Aarón lo detuvo.

—Basta ya, vosotros dos —les ordenó, poniéndose en medio de los amigos—. Peleando no arreglaremos nada —miró alternativamente a uno y a otro—, así que se acabó. Meted el dinero en las bolsas otra vez y llevadlo a la fontanería del Yayo. Que os dé vuestra parte y decidle que yo pasaré a por la mía en dos o tres días.

Jordi se acercó a Aarón con la bolsa donde habían metido los móviles, carteras, joyas y demás.

—Tenemos un problema.

Le tendió un DNI que había sacado de una de las carteras. Aarón miró la foto y comprobó que era de la chica a la que habían secuestrado. Leyó toda la información que ponía en el documento y exclamó una maldición.

—¿Qué sucede? —quiso saber Ximo. Anduvo hasta donde estaba Aarón y le cogió la tarjeta de identificación.

—La tía que te has llevado del banco vive a cuatro manzanas de aquí —lo

informó Aarón, apretando los dientes, aguantándose la rabia que le bullía en las venas en ese momento.

—¿Y? —soltó Ximo sin saber por qué a su amigo le preocupaba tanto ese hecho.

—¿Cómo que y? —gritó, arrebatándole el DNI—. ¡Pues que nos la podemos cruzar por la calle en cualquier momento!

—Pero no va a reconocernos. Para eso llevamos las máscaras en los atracos —dijo Ximo, que no entendía la actitud de su amigo.

Aarón tiró el documento de identificación dentro de la bolsa otra vez mientras contestaba a su compañero.

—La policía querrá hablar con ella —le explicó, dominando su furia—. Es posible que incluso le hagan una visita a domicilio si la chica no está en condiciones de ir a comisaría a declarar. No quiero tener a la poli en el barrio. No nos conviene. La gente se pondría nerviosa y alguno podría irse de la lengua.

Ximo esbozó una sonrisa, que a su amigo le dieron ganas de borrar a base de puñetazos.

—No te preocupes por eso. Nuestros vecinos lo único que dirán de nosotros es que Jordi es conductor de los autobuses de Valencia. El Nano —dijo señalando al otro componente de la banda— trabaja en la frutería de su padre, en el mercado de abastos. Tú haces turnos en la fábrica de la Ford...

—Y tú —le interrumpió Aarón— eres el único que está fichado. Los demás estamos limpios, pero si te cogen a ti, caeremos todos.

Ximo amplió su sonrisa.

—Tranquilo, colega. A mí no me cogerán. Ni a ninguno de vosotros.

Capítulo 5

—Ya se lo he dicho, agente —resopló Emma, sentada en una silla de la comisaría—. Me liberaron en una iglesia, recé cuatro padrenuestros y me quité la venda, como ellos me habían ordenado.

—¿Por qué no se la quitó antes? Podía haber visto a los atracadores y ahora nos daría su descripción física.

—¿Y que me pegasen un tiro? —replicó ella, bufando—. Les obedecí porque tuve miedo de perder mi vida. No sabía si aquellos tipos estarían vigilándome desde algún sitio, así que pensé que lo mejor era cumplir sus órdenes. Y si lo que quiere es una descripción física, ya se la he dado. Eran cuatro y todos iban disfrazados como Freddy Krueger, el de *Pesadilla en Elm Street*. Pantalón negro, suéter a rayas rojas y negras, la careta y el sombrero oscuro. En las manos llevaban guantes. Todos eran de complexión delgada, pero se notaba que tenían músculos duros, como si fueran a algún gimnasio o hicieran deporte habitualmente. La voz creo que no podría reconocerla, porque la máscara que llevaban la amortiguaba y supongo que sin ella sonará bastante diferente a como yo la escuché.

Emma cerró los ojos cansada. Era la tercera vez que repetía su declaración.

Tras comprobar que era libre, buscó ayuda en la sacristía, donde el sacerdote del templo estaba enfrascado limpiando un cáliz y no se había percatado de la presencia de nadie en la iglesia. Llamó a la policía y un par de agentes se personaron en el lugar para recogerla. La llevaron a comisaría de inmediato.

Y allí se encontraba en ese momento. En una incómoda silla, frente a un escritorio que necesitaba una buena capa de barniz.

—¿Altura? ¿Color de pelo? ¿Ojos? —continuó preguntando el policía.

—El cabello no le puedo decir de qué color era porque la máscara les cubría toda la cabeza y, además, llevaban un sombrero igual que Freddy Krueger, como ya le he comentado. El conductor de la furgoneta no sé la altura que tendría porque lo vi sentado todo el tiempo, pero de los otros, el que se hacía llamar Tres, que es quien me soltó en la iglesia, era el más alto. Supongo que mediría alrededor de un metro ochenta. Los otros, que entre ellos se llamaban Uno y Dos, eran de mi estatura, un metro setenta. Y en los ojos no llegué a fijarme. Estaba asustada. ¿Cómo cree que iba a hacerlo?

El policía puso cara de fastidio ante su respuesta. Escribió algo más en el ordenador y después volvió su atención a Emma.

—¿Me puede decir si llevaban algún distintivo de algo... no sé... tatuajes, etcétera?

En ese momento a Emma se le iluminó la mirada.

—¡Sí! —exclamó—. Antes de que me cegaran, vi que uno de ellos tenía una cicatriz en la nuca. Era al que llamaban Dos.

Con los nervios y la cantidad de preguntas a las que había tenido que responder, casi se había olvidado de ese detalle.

—¿Podría describírmelo?

—Pues... —Emma le contó cómo era la marca.

—Bien —comentó el agente, anotándolo en el ordenador—. Buscaremos en nuestra base de datos y cuando lo tengamos listo, volveremos a hablar usted y yo para que lo identifique. Luego tendremos que investigar los posibles sospechosos que reúnan esas características. Si está fichado ese componente de la banda, daremos con él y con el resto. —Miró su reloj de muñeca y frunció el ceño al comprobar que ya se le había pasado la hora del almuerzo—. Por hoy lo dejamos, señorita Rozalen. Si recuerda algo más, no dude en ponerse en contacto con nosotros. —Le entregó una tarjeta con el número de teléfono—. Y recuerde: hágase el DNI otra vez porque el que le han robado en el atraco al banco no creo que vaya usted a recuperarlo. En cuanto tenga un móvil nuevo, deme el número para que pueda contactar con usted.

El policía le tendió una mano por encima de la mesa. Emma se la estrechó antes de levantarse para irse.

—De acuerdo, inspector. ¿Sabe que lo tenía reciente? El que me han robado. Cuando llegué a Valencia y compré el piso en el Cabañal, me hice el DNI con la nueva dirección.

—Si me permite un consejo —dijo el agente acompañándola hasta la salida—, cámbiese de barrio. Ese no es el idóneo para que una mujer viva sola y ande por las calles sin la compañía de nadie.

—Gracias por la advertencia, agente, pero me gusta ese barrio. Me crié allí. Le puedo asegurar —comentó empujando la puerta de salida— que, a pesar de la mala fama, también hay gente buena.

El agente torció el gesto indicándole claramente que no estaba de acuerdo con aquella afirmación.

—Que pase usted un buen día, señor —dijo despidiéndose de él.

Aarón entró en el bar y se acercó a la barra. Tras pedirle una caña al camarero, se sentó en un taburete. Observó a su alrededor. La misma gente de

siempre. Nada había cambiado.

Cogió la cerveza y se la llevó a los labios para beber.

—Hola, guapo —escuchó el ronroneo de una mujer a su izquierda.

—Hola, Marina —la saludó él—. ¿Cómo está Claudia?

—Creciendo mucho. ¿Me invitas a una? —preguntó, señalando la caña de Aarón.

Este le hizo un gesto al camarero para que le sirviera a su amiga.

—Hacía mucho que no te veía por aquí. ¿Dónde has estado metido? —Marina retomó la conversación una vez que el barman se hubo marchado.

—Vengo todos los días. Será que no hemos coincidido o que tú has estado tan *colocada* que no te has enterado de que he estado aquí.

A Marina le cambió el gesto de la cara cuando él hizo alusión a su adicción a las drogas, pero se dijo que si quería conseguir a ese hombre, debía tragarse su orgullo y no replicar.

—¿Por qué no vienes un día por casa? Claudia te echa de menos y así podrías ver lo que ha crecido en este tiempo —comentó, intentando llevar a Aarón a su terreno.

—Lo pensaré —contestó él, dándole otro trago a su cerveza.

—¿Tardarás mucho en pensarlo? —lo presionó ella.

Aarón se encogió de hombros.

—Depende de lo aburrido que esté.

Marina se pegó a su brazo, rozándose con los senos, y le susurró al oído.

—Sabes que conmigo puedes divertirte todo lo que quieras. Para ti estoy disponible a cualquier hora del día... o de la noche.

Él dio otro trago a la caña sin inmutarse por la cercanía de la mujer y su clara insinuación.

—Marina, tú siempre tan complaciente. —Aarón esbozó una traviesa sonrisa y a la joven se le iluminaron los ojos pensando que él aceptaría su propuesta—. Pero ya no quiero divertirme contigo. Ahora busco otro tipo de... entretenimiento.

Ella se distanció de él como si le hubiera dado una bofetada en la cara.

—Muy bien —dijo con toda la dignidad que pudo—. Tú te lo pierdes. Te aseguro que he mejorado mucho desde la última vez que estuvimos juntos. Pero si no quieres comprobarlo, allá tú. Gracias por la cerveza.

Cogió la caña y se marchó de la barra directa hacia una mesa donde un par de tipos la recibieron entusiasmados.

Aarón continuó bebiendo solo hasta que su amigo Ximo se le acercó.

—¿Otra vez ligando con mi hermanita?

—Ya quisiera ella —se mofó Aarón.

—Hacéis buena pareja —comentó Ximo ignorando la burla de su amigo—. Y mi sobrina te adora. Seríais la familia perf...

—Corta el rollo, tío —le pidió Aarón, hastiado del mismo tema de siempre—. No voy a volver con ella. Sería gilipollas si lo hiciera, después de que se follara a su camello y se quedara embarazada de él. No quiero ser el hazmerreír del barrio.

—Todos cometemos errores. ¿No puedes perdonarla?

—No. Y aunque la perdonase, ya no la quiero. ¿Por qué habría de volver con ella?

Ximo se acercó un poco más a su amigo y le susurró al oído.

—Porque folla como un demonio.

Aarón lo miró con mala cara.

—Esas palabras eran tuyas hasta hace cuatro años —dijo Ximo a modo de defensa.

—No deberías hablar así de tu hermana, joder —lo riñó Aarón. Volvió a beber de su cerveza, la acabó y la dejó sobre la barra—. Me voy. Mañana tengo que madrugar para ir a la fábrica.

Los dos amigos se despidieron y Aarón salió del bar en dirección a su casa.

Pero esa noche durmió poco y mal. Tuvo sueños en los que volvía a sentir la adrenalina del atraco a la sucursal y aparecía la chica morena del vestido rojo, llorando desconsolada. De repente, el escenario cambiaba y otra vez estaba en la iglesia con ella. La guiaba de la mano, caminando despacio. Con cada paso que daban, Emma iba dejando de llorar y para cuando llegaban al altar, su llanto había cesado totalmente. Entonces ella se quitaba la venda de los ojos y lo miraba sonriendo. Pero en ese momento, la policía apareció y comenzó un tiroteo, que terminó con él ensangrentado y la mujer muerta.

Capítulo 6

Emma salió de su casa un par días después de lo ocurrido en la entidad bancaria y se dirigió al mercado municipal para hacer la compra. Le habían dado la baja durante un tiempo porque, según su médico, había pasado por una experiencia traumática y necesitaba recuperarse. Aunque ella habría preferido enfrentarse cuanto antes a su miedo a volver al banco y que hubiera otro atraco, aceptó la baja porque el doctor tenía razón. Debía descansar y reponer fuerzas. Volver a dormir correctamente por las noches sin tener que tomar las pastillas que le habían recetado para la ansiedad.

Intentaba que el atraco no modificase su vida de ninguna manera, pero no podía evitar cerrar los ojos y que los recuerdos volvieran a ella. La angustia, el miedo... El director en el suelo lleno de sangre... Por suerte, el hombre no había fallecido, pero las heridas habían sido tan graves que tardaría mucho tiempo en salir del hospital.

Inhaló profundamente y se dijo que iba a superar todo aquello. Y cuanto antes lo hiciera, mejor.

El móvil que se había comprado el día anterior vibró en su bolso. Lo sacó y vio que tenía un mensaje de su madre, que le preguntaba qué tal todo en el trabajo. Emma contestó que bien. No quiso decirles la verdad a sus padres, contarles lo del robo, para no preocuparlos. Cuando les comunicó que había cambiado de móvil porque el otro se le había perdido mientras corría por la playa una tarde, le dolió en el alma soltar aquella mentira, pero era lo mejor.

Llegó al mercado y se guardó el teléfono en el bolso, sin darse cuenta de que alguien seguía sus pasos desde que salió de casa.

Aarón la contempló mientras caminaba por la calle, a varios metros de ella, para no delatar su presencia, aunque, si lo hubiera hecho, ella no lo habría relacionado con el atraco. Habría pasado por un vecino más que caminaba en su misma dirección. Pero toda precaución era poca.

Había decidido vigilarla. No sabía por qué, ya que lo mejor habría sido continuar con su vida, ignorando el hecho de que ella vivía cerca y cualquier día podría encontrársela por la calle. Aunque Emma no lo hubiera reconocido, como bien había dicho Ximo, porque en el atraco llevaba la máscara que le cubría el rostro.

Sin embargo, no dejaba de pensar en ella desde el robo a la sucursal. En su figura deliciosa que el vestido marcaba; en sus labios llenos, como una fresa madura que lo tentara a hincarle el diente y en la suavidad de su cabello

moreno.

Comprendía que Ximo se hubiera sentido atraído por ella, pero la manera en que su amigo planeaba hacer suya a esa mujer no era la correcta.

Observó su trasero, cubierto por unos pantalones vaqueros y que se adivinaba prieto bajo la ropa. Llevaba una camiseta verde y, sobre esta, una chaqueta fina de manga larga oscura; el pelo recogido en una coleta alta que se mecía al andar, acompasándose al balanceo de sus caderas.

Cuando ella entró en el mercado de abastos, él también lo hizo. La vio comprar en la carnicería; después, en la pescadería y, finalmente, Emma se dirigió a la frutería de su amigo Nano. Para disimular, Aarón pidió la vez y cuando le tocó el turno, compró unas naranjas. Su amigo, que fue quién lo atendió, le dirigió una mirada en la que le comunicaba que se había dado cuenta de que la chica a la que atendía su padre en ese momento era la del banco. Pero Aarón, con un gesto, le pidió calma.

Pagó y se alejó del puesto, remoloneando por el pasillo, haciendo tiempo para que ella saliera del mercado y continuar con su vigilancia.

Emma caminaba por la calle cargada de bolsas. Después de cruzar un paso de cebra, se detuvo para descansar y dejó las bolsas en el suelo.

Aarón pasó de largo junto a ella, pero, a los pocos metros de haberla rebasado, se giró al oír sus gritos.

—¡No! ¡Mi bolso! ¡Ladrón!

Vio que ella forcejeaba con un tipo y este conseguía por fin arrebatarse el bolso de las manos. El delincuente echó a correr y Aarón no lo pensó un segundo. Tiró la bolsa de naranjas al suelo, que salieron de ella quedando desparramadas por la acera, y se lanzó en pos del ladrón.

Cuando lo alcanzó, pocos metros después, lo agarró del cuello y lo lanzó contra la pared cercana. El tipo rebotó y cayó al suelo. Aarón se echó encima de él y comenzó a darle puñetazos en la cara hasta que logró que soltara el bolso.

—Si vuelves a acercarte a ella, te mataré —siseó con rabia a pocos centímetros del rostro del delincuente, agarrándolo por el cuello de la camiseta—. ¿Me has entendido?

—Sssíí, Aaaarón —murmuró el tipo, con un labio partido del que manaba sangre y que tenía golpes por todo el rostro—. Perrrrrdónnname, no sabía qu... qu... que era tttu chi... ca —añadió con esfuerzo por la paliza que acababa de recibir.

—No es mi chica —replicó Aarón en voz baja—, pero no vuelvas a tocarla.

Si necesitas dinero para comprarte una dosis, búscate a otra —le aconsejó al drogadicto.

Este asintió con la cabeza y Aarón lo soltó de mala gana. Los transeúntes que habían contemplado la escena continuaron su camino sin mirar atrás.

Capítulo 7

Aarón se levantó del suelo, donde había estado arrodillado encima del tipo, golpeándolo, y recogió el bolso de Emma.

Se acercó a ella lentamente y se lo devolvió.

—Gracias —dijo ella sonriéndole.

Él, al ver ese gesto, notó que algo se le contraía en el estómago y el corazón se le aceleraba.

—De nada.

El muchacho se agachó para recoger sus naranjas, preguntándose por qué ella le había hecho sentir aquello. Era una simple sonrisa de agradecimiento. Nada más. No debería haber tenido esas sensaciones y, sin embargo...

Emma lo observaba acuclillado en el suelo. Los ojos grises de su salvador le habían impactado. Tenía una mirada clara, preciosa. Deslizó sus iris oscuros por el fuerte cuerpo de él, cubierto por una camiseta blanca, sobre la que llevaba una camisa azul de manga larga, y unos vaqueros negros. El pelo moreno lo tenía muy corto, casi rapado, y una barba de cinco o seis días le cubría el mentón y parte de las mejillas.

Se fijó en sus manos, grandes y masculinas, y se dio cuenta de que tenía los nudillos algo despellejados por los golpes que le había dado al ladrón.

—Te has herido en las manos. —Se agachó a su lado y le tomó una de ellas—. Lo siento mucho. Si me dejas, te curaré. Es lo mínimo que puedo hacer después de que me hayas ayudado. Vivo cerca y...

—No es necesario. Gracias —respondió él sonriendo y sintiendo la mano de ella, pequeña y delicada, en la suya. Le gustó demasiado esa sensación y se sorprendió a sí mismo imaginando que esa mano era su guía y su ancla en esta vida. Al darse cuenta de esto, retiró la mano de entre las de ella con rapidez. Era mejor no tocar a esa chica, que parecía un ángel bajado del cielo dispuesto a salvarlo de todos sus pecados. Él ya no tenía remedio. Además, podía corromperla y no quería ensuciar a alguien que parecía puro e inocente con toda la mierda que había en su vida.

—Por favor —insistió Emma, que comenzó a recoger las naranjas junto a él.

—No, de verdad que no hace falta.

—Entonces, te invito a un café.

Él sonrió. Era perseverante, la chica.

—¿Eso es un sí? —preguntó ella al ver su sonrisa torcida y se demoró

algunos segundos admirando los gruesos labios del hombre. Un cosquilleo se apoderó de su piel y la recorrió entera.

«Vaya chico más guapo», pensó Emma.

—Eres insistente, ¿eh? —dijo él, levantándose del suelo, ya con todas las naranjas en la bolsa.

Ella, por toda respuesta, amplió su sonrisa, haciendo que el corazón de Aarón latiera más deprisa.

—De acuerdo —claudicó al final, aunque sabía que no debía hacerlo, pero algo lo impulsaba a continuar a su lado—. Hay una cafetería en esa esquina. Vamos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Emma caminando a su lado.

—Aarón. —Pensó en decirle otro nombre, pero ¿para qué?

—Yo me llamo Emma. Encantada. Te daría la mano, pero llevo las dos ocupadas. —Emitió una risa refrescante, como un helado de limón, que a él le sonó de maravilla.

—Eso lo arreglamos ahora mismo. —Aarón le cogió una de las bolsas—. ¿Ves?

Llegaron a la puerta de la cafetería y él la abrió y le cedió el paso.

Se sentaron en una mesa libre y, enseguida, el camarero se acercó a tomarles nota. Tras pedir sus respectivos cafés, el jovencito se retiró.

—¿Siempre eres tan galante? Primero me salvas de un ladrón, después me abres la puerta del bar...

—Es la manera que tenemos en el barrio de dar la bienvenida a los forasteros —respondió él, con esa sonrisa torcida que a Emma tanto le había gustado antes.

—¿Ah, sí? Pues fíjate que yo me crie aquí y no recuerdo nada de eso —comentó coqueta.

—¿Eres de aquí? ¿Del Cabañal? —preguntó él, haciéndose el sorprendido.

El camarero llegó con los cafés. Los dejó en la mesa y se marchó.

—Nací aquí, pero cuando tenía nueve años mis padres decidieron que nos trasladásemos a Madrid. Fue cuando comenzó lo de la ampliación de la avenida Blasco Ibáñez para llevarla hasta el mar. Vendimos la casa y nos mudamos a la capital de España. ¿Y tú? ¿Eres de aquí?

—Sí. Yo también nací aquí y aquí he estado toda mi vida. —Le dio un sorbo a su café y preguntó—. ¿Qué te ha hecho volver?

—Echaba de menos vivir junto al mar. Pasear por las calles donde me crie, recordar en cada esquina los juegos con mis amigas. Además, mis padres

nunca quisieron volver aquí. Las vacaciones siempre las pasábamos en el pueblo de Zamora del que es mi madre... —emitió un pequeño suspiro— y yo añoraba Valencia. No es fácil olvidar las raíces. Este barrio tiene algo... que hace que sea imposible...

Aarón se quedó embobado observando el movimiento de sus labios al hablar. Los pequeños y blancos dientes asomaban cada vez que ella abría la boca para articular las palabras, y su mente recreó una imagen de esa dentadura perfecta recorriendo su falo, que hizo que se excitara enseguida.

Sacudió la cabeza para alejar aquellos impuros pensamientos y, de un trago, se terminó el café. No era aconsejable continuar en su compañía. Aquella chica le provocaba sentimientos que había enterrado hacía mucho.

—Deberías ir a casa rápido o se te estropeará la comida que has comprado —dijo, interrumpiéndola. Le hizo una señal al camarero para que les llevase la cuenta.

—¿Cómo sabes que llevo comida en las bolsas? —quiso saber Emma.

—La que me has dado antes olía a pescado y en las otras viene el nombre de una carnicería del mercado, una frutería... —respondió encogiéndose de hombros—. Cosas que necesitan estar en la nevera.

—Muy observador... ¡Qué chico más listo! —exclamó ella sonriendo.

El camarero llegó con la cuenta. Emma sacó su monedero, pero Aarón la detuvo.

—Invito yo.

—De eso nada —se negó ella—. Encima de que me has salvado de un ladrón y te has despellejado los nudillos, no voy a consentir que...

Se calló al ver que él le daba un billete de cinco euros al camarero y este se marchaba para regresar a la barra.

—¿Siempre te sales con la tuya? —preguntó, ofendida por lo que acababa de ocurrir.

—Sí.

Se miraron a los ojos fijamente unos segundos, como si estuvieran retándose en un duelo a muerte. Emma no pudo resistir mucho más la incitante mirada de Aarón, que le aceleró el pulso al máximo. Se lamió los labios, nerviosa. Los iris grises de él siguieron el recorrido de su lengua, fascinado por el brillo de humedad que dejaba en ellos.

Aarón pudo sentir, vibrando en el aire, la corriente eléctrica que se creó entre ellos. Era tan palpable que casi podía sentirse en la piel, como si la tocara con los dedos. Se preguntó si ella también lo notaría.

Estaba tan pendiente de cada reacción de aquella hermosa mujer que tenía enfrente, que no reparó en que el camarero había regresado a la mesa para dejar un platillo con las vueltas en él.

—Bueno... entonces... ¿nos vamos? —preguntó ella dudando.

Aarón salió del sueño en el que se había metido.

—Sí, es lo mejor.

Se levantaron al mismo tiempo y él la ayudó de nuevo a cargar con una de las bolsas.

Permanecieron en silencio varios minutos, caminando uno al lado del otro por la calle, hasta que Emma habló de nuevo.

—¿Sabes? Llevo tres semanas en la ciudad y ya me han atracado dos veces. Bueno, en realidad, una, porque la otra la has frustrado tú.

Al oírla, Aarón se tensó, pero continuó caminando junto a ella.

—¿En serio? —dijo él haciéndose el sorprendido—. ¿También intentaron quitarte el bolso la otra vez?

—¡Uy, no! Aquella vez fue mucho peor. Verás —se dispuso a contarle—, trabajo en una sucursal bancaria y hace un par de días...

Le relató cómo había sido el robo, su secuestro y su liberación.

—Vaya, siento mucho que hayas pasado por una situación así. Gracias a Dios que no te hicieron nada los atracadores.

—La verdad es que hubo uno que me defendió de su compañero, que quería abusar de mí. Pero, por fortuna, lo convenció para que no me lastimase. Fue el que me liberó en la iglesia.

—¿La policía te ha interrogado? —quiso saber él, aunque sospechaba que sí.

—Sí, sí, pero no he podido contarle gran cosa al inspector que me tomó declaración. Los tipos iban disfrazados de Freddy Krueger, así que no he podido dar ninguna descripción física de ellos. Lo único que pude decirle fue que uno tenía una cicatriz bastante grande en el cuello y que le cruzaba la nuca.

A Aarón se le cortó la respiración al escucharla.

«¡Mierda! Es la cicatriz de Ximo», pensó y notó que la sangre le abandonaba las venas.

—¿Y sabes si ese tipo está fichado? ¿La poli sabe quién es? —preguntó, tragando el nudo que tenía en la garganta y obligándose a respirar con tranquilidad.

—No tengo ni idea. Me dijo el inspector que buscarían en su base de datos a alguien con esas características. Si el hombre está fichado será fácil

localizarlo una vez que yo lo haya identificado. Y si no está fichado, pues... no sé...

—¿Y el director del banco? ¿Lo... mataron? —quiso saber Aarón, rezando por que la respuesta fuera negativa.

Si los cogían, no era lo mismo enfrentarse a una condena por atraco a un banco, en el caso de su banda a varios, que por homicidio. Si al robo se le sumaba una muerte, su amigo Ximo pasaría muchos años en la cárcel y a ellos los acusarían de cómplices.

—No. Lo dejaron muy malherido y pasará una temporada ingresado en el hospital, pero gracias a Dios, se recuperará.

—Pobre hombre. Espero que sane rápido —dijo Aarón, visiblemente aliviado.

Llegaron al portal de Emma y ella se detuvo. Lo miró, deseando invitarlo a subir a su casa y continuar hablando con él, pero no era lo correcto. Acababa de conocerlo y, por muy simpático que hubiera sido con ella, además de comportarse como un héroe al perseguir y dar caza al ladrón que se llevaba su bolso, no debía hacerlo.

Quizá dentro de un tiempo, cuando se conocieran un poco más...

—Estoy pensando —comenzó a decir ella— que como no me has dejado pagar el café a mí, y eso que era mi obligación después de haberme ayudado, podíamos quedar otro día y te invito. —Levantó un dedo y lo señaló—. Y no acepto un no por respuesta. Tienes que dejar que te agradezca lo que has hecho por mí hoy; de lo contrario, no podré dormir tranquila por las noches —dijo poniendo un mohín infantil que a Aarón se le antojó de lo más tierno.

Eso, le hizo sonreír y, asintiendo con un gesto de cabeza, aceptó.

—Dime tu número y te hago una llamada perdida para que te quede reflejado el mío; así podremos quedar.

Capítulo 8

—¿Ya vienes a por tu parte? —le preguntó el Yayo a Aarón cuando lo vio entrar en la fontanería, a esas horas de la tarde sin clientela.

Él asintió con un ligero movimiento de cabeza. Rodeó el mostrador y se metió en la trastienda, seguido por el dueño del negocio.

—Me han dicho el Nano y Jordi que tuvisteis problemas.

—Ximo se llevó a la cajera del banco. Quería... —Aarón apretó los dientes con rabia al recordar lo que su amigo pensaba hacerle a Emma. Le hervía la sangre cada vez que aquello volvía a su mente.

—Sí, ya me han dicho lo que quería hacer mi hijo con ella.

—Pero al final conseguí que la dejase libre y...

—Si no fuera por ti —cortó el hombre, poniéndole una mano en el hombro —todo se habría ido a la mierda. Lo sé, Aarón. —Suspiró pesadamente—. Mira que le he dicho veces a Ximo que se vaya de putas, pero es terco. Dice que prefiere acostarse con las tías sin pagar.

—Una cosa es acostarse con una tía y otra muy distinta es violarla.

El Yayo asintió a las palabras del joven.

—Ojalá mi hijo fueras tú en lugar de él —añadió el fontanero.

—Me has criado desde que tengo once años, para mí eres como un padre y Ximo es como mi hermano.

El hombre le dio unos golpecitos en los hombros, donde tenía las manos apoyadas, agradeciéndole a Aarón su estima.

—Yayo, si Ximo te oye decir esas cosas, comparándonos a los dos... —comenzó a replicar Aarón.

—Tranquilo, hijo. Nunca sabrá que tú eres mi preferido aunque no lleves mi sangre. Vamos a por lo tuyo.

—Hoy no te he visto en todo el día —le dijo Ximo a Aarón cuando lo vio aparecer por la casa que compartían.

—¿Qué pasa? ¿Ahora me controlas? ¿Eres mi madre o qué? —soltó de mala gana Aarón.

Pasó por su lado sin mirarlo y subió las escaleras hacia su habitación.

—¿Todavía estás enfadado por lo que pasó en el banco? —quiso saber su amigo, siguiéndolo.

—Estuviste a punto de joderlo todo, che —le recriminó Aarón.

—Lo siento, colega —se disculpó Ximo—. La tía estaba muy buena y...

—Y tú solo piensas con el pajarito. —Llegaron al cuarto de Aarón y, en la puerta, este se volvió para encarar a su amigo—. ¿Quieres sumar al cargo por atraco los de violación y homicidio?

—¡No! ¡Claro que no! Pero es que esa chica me ponía mucho. Sus ojos asustados, verla tan vulnerable, sometida a mí y... espera, ¿has dicho homicidio? ¿Me he cargado al director?

Un instinto asesino se apoderó de Aarón al escucharlo hablar en esos términos de Emma, pero logró controlarse y no estrangular a su amigo hasta la muerte.

—Por suerte, no. Está en el hospital recuperándose de las lesiones que le causaste —le informó Aarón, adentrándose en su habitación con la mochila donde llevaba su parte del botín.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro, idiota.

Ximo respiró profundamente aliviado.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Cómo te has enterado? —preguntó su amigo.

—Tengo mis contactos —respondió Aarón, enigmático. Ni por todo el oro del mundo le diría quién había sido su fuente.

—¿Alguna enfermera buenorra del hospital? —Ximo sonrió ilusionado—. Me la tienes que presentar. Hace tiempo que no follo...

—Pues vete de putas —soltó Aarón hastiado—. Y ahora sal de mi cuarto, tengo cosas que hacer.

—Otro como mi padre. «Vete de putas, vete de putas» —replicó imitando la voz de su padre, el Yayo.

—Cierra la puerta al salir —pidió Aarón mientras observaba, sentado en la cama, como su amigo abandonaba la habitación.

Capítulo 9

Aarón sabía que no debía tener contacto con Emma. Era peligroso para él, para toda la banda. Si ella llegaba a descubrir quién estaba detrás del atraco a la entidad bancaria en la que trabajaba...

Pero no pudo resistirse y le dijo que sí cuando ella se lo propuso la última vez que la vio.

Se encontraba muy a gusto con ella. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan necesitado de la dulzura de una mujer... y tan atraído sexualmente por una chica.

Habían pasado cinco días y, en todo ese tiempo, no se la había quitado de la cabeza ni un maldito segundo. Cada vez que cerraba los ojos, recordaba la suavidad de su mano cuando lo tocó y deseaba que deslizara esos dedos de seda por otras partes de su cuerpo.

La mirada oscura de Emma lo traspasaba, como si pudiera ver dentro de él, cosa que no le gustaba nada, porque lo que ella encontraría, la haría salir huyendo.

Ella era una buena chica. Él era un atracador de bancos. Aquello no podía funcionar. Estaba destinado al fracaso. Y, sin embargo...

No podía evitarlo.

Y allí se encontraba otra vez, frente a su portal, esperando a que Emma bajase a la calle para verla.

En cuanto traspasó la puerta acristalada y Aarón la vio, el corazón se le aceleró de tal manera que creyó que le daría un infarto.

Estaba preciosa, con un vestido blanco, salpicado de hibiscos rojos, que marcaba su deliciosa figura. En la mano llevaba una chaqueta roja de punto, y en los pies, unas bailarinas del mismo color que las flores del vestido. Se había dejado el pelo suelto, enmarcándole el rostro, y llevaba el flequillo hacia un lado, sujeto con una horquilla, para que no se le metiera en los ojos.

Por un momento se quedó hipnotizado admirándola. Luego, recorrió con los ojos esa magnífica femineidad, preguntándose cómo sería su cuerpo sin todo lo que lo cubría, rezando por tener la oportunidad de desenvolverla, igual que si ella fuera un regalo.

Emma le sonrió, algo tímida, debido a la mirada de deseo que él le dirigía, que hizo que se ruborizara como si fuera una adolescente. Notó el recorrido de sus iris abrasándole la piel, como dos lenguas de fuego.

Él estaba impresionante, con un pantalón vaquero negro, una camisa también

oscura con los tres primeros botones desabrochados y las mangas con un par de vueltas, dejando ver sus fuertes antebrazos. Las manos las llevaba en los bolsillos del pantalón y se encontraba apoyado en un coche, en una actitud descuidada que le daba un aire muy atractivo.

Cuando la vio, una sonrisa se le extendió por la cara y Emma sintió como todas sus neuronas se alteraban, revolucionadas.

¿Ese chico tan guapo era para ella? Debía de haber sido muy buena en otra vida, porque, si no, no se lo explicaba.

Aarón se levantó del coche donde estaba apoyado y caminó hacia ella con lentitud. A Emma le recordó a un felino, elegante y sensual. Su corazón se saltó un latido al ver el provocativo acercamiento.

—Estás muy guapa —dijo él, con una apreciativa mirada.

—Gracias. Tú también —Emma se sonrojó aún más y bajó la mirada con vergüenza.

Eso, a Aarón, le gustó todavía más. Esa mezcla de dulzura, ternura y timidez lo encandilaba de una manera enloquecedora. Pero no quería hacerla sufrir más, así que se dijo que debería dejar de mirarla como si ella fuera algo comestible. Quería que saliera a relucir la chica chispeante y divertida del día del mercado.

—¿Vamos? —preguntó agarrándola de la mano para comenzar a caminar. Ya no aguantaba más sin tocarla.

Anduvieron hasta la esquina de la calle, donde él tenía aparcado el coche.

Durante el trayecto hasta la Ciudad de las Artes y las Ciencias, Emma le preguntó a Aarón sobre su trabajo. Este le contó que era empleado de la fábrica de automóviles Ford y cuál era en concreto su labor allí. Después, fue el turno de ella para explicarle su función en el banco.

—No entiendo cómo no tenéis arco de seguridad en la oficina bancaria —dijo él mientras maniobraba para aparcar el coche—. De haber habido uno, estoy seguro de que no os habrían atracado.

—Pues sí, tienes razón —admitió ella—. Debe de ser de las pocas sucursales en Valencia que no tiene uno, por no decir que a lo mejor es la única.

—Hay alguna más —se le escapó a él y al instante se reprendió. Debía tener más cuidado en sus conversaciones sobre ese tema con ella—. ¿La policía sigue investigando?

Emma se encogió de hombros.

—Sí.

—¿Y han vuelto a ponerse en contacto contigo?

—Sí. Esta mañana he estado en comisaría otra vez. He visto fotos de las cicatrices de varias personas, pero tengo que ir a una rueda de reconocimiento porque a mí, por las fotos, me parecían todas iguales.

Aarón sabía que coincidiría una. La de Ximo.

«Mierda, mierda, mierda», maldijo mientras terminaba de aparcar el coche.

Se bajó con rapidez para ir a abrirle la puerta a ella, al tiempo que ponía una sonrisa en la cara para que la mujer no viera que «algo» le había afectado y había hecho que cambiara su humor.

—Gracias, caballero —le sonrió Emma.

Él hizo una reverencia y ella soltó una carcajada, que fue como música celestial para los oídos de Aarón. Consiguió relajarlo al instante.

—Bueno, ya estamos aquí, señorita. ¿A qué parte quieres ir? —preguntó él, abarcando con una mano los edificios de aspecto futurista.

—Primero me apetece dar un paseo para verlo todo y luego he pensado que podíamos sentarnos a tomar algo en la cafetería del museo. ¿O prefieres ir al restaurante submarino de L'Oceanogràfic?

—Te advierto que con una cerveza o un café en cualquier bar del barrio me habría bastado. No hace falta que tires la casa por la ventana para agradecerme que te salvara de aquel ladrón —comentó Aarón, impresionado.

A pesar de que él llevaba en Valencia toda su vida, nunca le había interesado visitar aquella zona de la ciudad.

Emma se rio de nuevo y enlazó el brazo con el de él.

—¡Anda, vamos!

Pasearon por los edificios, admirándolos en aquel atardecer primaveral, mientras charlaban animadamente.

—¿Nos sentamos aquí? —preguntó Emma al llegar a la terraza de la cafetería del museo.

Aarón dio el visto bueno y llamaron con una señal al camarero para que los atendiera.

Una vez que hubieron pedido sus consumiciones, continuaron charlando.

—Así que tus amigas del Cabañal ya están todas con niños —comentó Aarón, haciendo alusión a lo que ella le había contado poco antes, mientras paseaban.

—Las que he podido ver, sí. Otras se marcharon del barrio, según me han contado, y no han vuelto por aquí.

—¿Quiénes son? A lo mejor conozco a alguna.

Emma le dijo varios nombres y le explicó de quiénes eran hijas. Aarón conocía a algunas de ellas, a otras no. Pero cuando ella mencionó a Marina, la hija del fontanero, él se puso en tensión. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral e hizo que su cuerpo se enfriase.

—A Marina también la conozco. Es mejor que no te acerques a ella. Ha cambiado mucho en los últimos años —la aconsejó él.

—¿Qué quieres decir?

El camarero regresó con una cerveza para Aarón y una Coca-Cola para Emma. Lo dejó todo en la mesa y se marchó.

—Digamos... que ya no es buena compañía.

—¿Por qué? —quiso saber Emma, inquisitiva.

Aarón se revolvió, incómodo, en la silla.

—Marina está... enganchada... —Se acercó más a ella por encima de la mesa hasta susurrarle en el oído—... a la cocaína.

—¡Dios mío! —exclamó Emma horrorizada. Se echó para atrás, distanciándose de Aarón y lo miró a los ojos—. ¡Pobrecilla! ¿Y su familia no trata de ayudarla? No sé, deberían llevarla a un centro de desintoxicación o algo así.

—No vive con ellos. Vive en una casa, sola con su hija pequeña...

—¿Tiene una niña pequeña? —preguntó anonadada Emma—. ¡Pero entonces hay que ayudarla sin demora!

—Marina no quiere salir de esa mierda en la que se ha metido —le dijo Aarón con voz dura—. Su familia ya ha intentado ayudarla, pero es un caso perdido. No quiere dejarlo.

—Pero su hija...

—Ni siquiera por ella.

Emma se llevó las manos a la boca para tapársela.

—No puede ser —murmuró entre los dedos.

Se quedaron unos minutos en silencio hasta que Emma habló de nuevo.

—Tengo que hablar con ella. Si la hago entrar en razón y consigo que se dé cuenta del futuro negro que está pintando para su hija y para ella misma... quizá...

—Emma, no. Marina lleva la vida que quiere. Cuando no está colocada, se da cuenta de su situación y aun así continúa metiéndose esa mierda —repitió Aarón, rezando para que Emma dejase estar el tema—. No hay nada que puedas hacer.

—¿Pretendes que me quede de brazos cruzados mientras una amiga de la

infancia tira por la borda su vida y la de su hija? —preguntó ella indignada.

—Una amiga a la que hace veinte años que no ves, de la que no has sabido nada en todo ese tiempo.

—Aun así, es mi amiga y quiero ayudarla —afirmó cabezona.

—Emma, esto es el Cabañal. Las cosas no funcionan así.

—¿Y cómo funcionan? ¿Me lo puedes decir? —quiso saber ella, cruzándose de brazos enfadada.

Aarón soltó un suspiro, desesperado porque una maravillosa tarde se estaba yendo al traste por culpa de ese tema.

—Por favor, no te enfades —le pidió a Emma dulcemente, deslizando una mano por uno de sus brazos, sintiendo toda la suavidad de su piel de porcelana.

—¿Te importa que nos vayamos ya a casa?

Capítulo 10

El trayecto de vuelta lo hicieron en silencio.

Emma no dejaba de preguntarse por qué Aarón se había negado a que ella ayudase a una amiga de la infancia a salir del agujero en el que estaba metida. ¿Qué narices le importaba a él lo que ella hiciera con sus amigas?

Aarón rezaba para que Emma no indagase más en el asunto de Marina y, sobre todo, para que no se acercase ni a ella ni a Ximo o todo se descubriría.

Le gustaba mucho esa chica, era como una corriente de aire fresco y nuevo para él, para su vida. No quería que las cosas entre ellos se estropearan.

No sabía cómo había sido la vida de Emma en Madrid, aunque intuía que bastante buena, a juzgar por los resultados. Ella le había contado que su padre consiguió empleo en una empresa de seguros y su madre en los servicios de limpieza de un polideportivo. Su hermana y ella habían ido a la universidad.

«Igualita que yo, que soy hijo de una drogadicta y un asesino, y dejé los estudios a los dieciséis», pensaba Aarón con sarcasmo, mientras maniobraba para aparcar el coche frente al portal de Emma. «Ella no tiene nada que ver conmigo, con mi mundo. Debería alejarla de mí. No soy bueno para Emma. Se merece a alguien mejor, no a un atracador de bancos. Pero no puedo. No sé qué me pasa con esta chica, que no puedo mantenerme apartado de ella».

—Escucha, Emma: lamento haberte estropeado la tarde. Siento que hayamos discutido —se disculpó él cuando ella se bajó del coche, mientras la acompañaba hasta el portal.

—Es que no entiendo qué hay de malo en ayudar a una amiga a salir del pozo en el que ha caído —replicó ella.

—No hay nada de malo, pero es que Marina ya no es la niña dulce y tímida que conociste en tu infancia. Ha cambiado y es mejor que no te acerques a ella —le explicó él—. Se relaciona con mala gente y... no quiero que a ti te pase algo por frecuentar su compañía —dijo cogiéndola de ambas manos, clavando sus iris grises en los oscuros de ella.

Emma se dio cuenta de lo mucho que ese chico se preocupaba por ella y sintió una punzada de ternura en el corazón.

—¿Tienes miedo de que me ocurra algo malo? —preguntó para cerciorarse de que no eran imaginaciones suyas.

—Sí. Por eso insisto en que no deberías ayudarla. No servirá de nada y es lo mejor para ti. Por favor, prométeme que no tendrás contacto con Marina —le pidió él.

Emma pareció pensarlo con detenimiento. Pasados unos segundos que a Aarón se le hicieron eternos, claudicó.

—Está bien. Seré buena y no me acercaré a Marina.

Aarón suspiró, aliviado.

—¿Qué haces mañana por la tarde? —quiso saber él, cambiando de tema—. Podíamos ir a la playa. Aunque todavía no hace calor para bañarse, podemos dar un paseo por la orilla, mojarnos los pies, no sé —se encogió de hombros, dudando—, ¿qué te parece?

—¿Me estás pidiendo una cita? —preguntó ella melosa, sonriéndole coquetamente.

Él dio los dos pasos que lo separaban de Emma y dejó las manos libres para tomarla de la cintura.

—Yo creo que de eso ya hemos tenido, ¿no? ¿O cómo llamarías tú a lo de esta tarde?

—Es verdad. Entonces, ¿tanto te ha gustado esta cita que quieres repetir?

Ella se mordió el labio inferior, nerviosa, mientras esperaba la respuesta de Aarón.

A él le dieron ganas de mordérselo también para comprobar a qué sabía su boca.

Las manos, que mantenía en la cintura de ella, comenzaron un lento ascenso por su espalda.

Emma posó las suyas sobre el torso de él, comprobando la dureza de sus músculos y cómo se contraían bajo su contacto.

—Sí —respondió Aarón inclinándose sobre los labios de Emma—. Quiero repetir contigo todas las veces que haga falta.

Le rozó la boca delicadamente, como pidiéndole permiso para besarla.

Emma entreabrió los labios y, con la punta de la lengua, le dio un toque en los suyos.

Aarón sintió que esa lengua femenina, húmeda y suave le tentaba. No lo pensó más y atrapó la boca de Emma con la suya. Se enredaron en un duelo apasionado. Si había pensado que ella besaría de forma delicada, se equivocó por completo. Emma besaba con hambre, de una manera combativa y sensual. Se apretó contra el fuerte torso de Aarón como si quisiera meterse en su interior y lo agarró de la nuca para profundizar el beso.

Aarón soltó un primitivo gruñido al sentir el ansia con que ella lo besaba y cómo sus pechos chocaron contra su torso. Cómo ese cuerpo flexible y dulce se ceñía a él, como si estuviera hecha a su medida, diseñada para encajar a la

perfección con el suyo.

Dispuesto a saciarla, a colmar el hambre que parecía que Emma tenía, se deleitó con el sabor de su boca mientras la adrenalina le vibraba en cada poro de la piel.

Ella murmuró algo, entre beso y beso, que quedó amortiguado por la mágica boca de Aarón, que se entregaba a la pasión que los envolvía como si no existiese el mañana.

Emma lo empujó ligeramente, rompiendo el beso, haciendo que él gruñera molesto, como un niño cuando le quitan su caramelo preferido.

—¿Quieres subir a mi casa? —preguntó ella, notando la palpitante erección de él presionando contra su vientre.

La mirada de deseo de Emma le atravesó la piel e hizo que la sangre de sus venas se espesara.

Le estaba poniendo en bandeja de plata pasar la noche con ella y, aunque una lujuriosa sensación de hambre sexual estaba apoderándose de él a pasos agigantados, se dijo que a Emma no debería tratarla como a cualquier otra mujer. Con ella tenía que ir despacio, sin apresurarse, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, porque esa chica valía más que mil mujeres juntas.

No quería meter la pata por las prisas y que todo se arruinara. Con ella no.

—No. Lo siento, pero no —se obligó a decir.

La mirada herida que Emma le dirigió le dolió tanto como si le hubieran clavado un puñal.

—Hey, mi preciosa niña, no te estoy rechazando —susurró cogiéndola por el mentón cuando ella bajó el rostro y reteniéndola contra su cuerpo con la otra mano en la parte baja de su espalda, al ver que se alejaba—. Solo que esta noche no. Es nuestra primera cita y...

—No me digas que eres un caballero y no te acuestas con tus ligues la primera noche —soltó ella enfurruñada—. ¡Por el amor de Dios! Tienes treinta y un años, yo veintinueve, ¿qué hay de malo? ¿Por qué no?

Aarón sonrió al ver su ceño fruncido. Se le antojó un gesto de lo más adorable.

—Me falta mucho para ser un caballero. O mejor dicho, me falta todo para serlo. Pero contigo quiero hacer las cosas bien. Si fueras una mujer distinta, ya estaríamos en tu cama follando como salvajes. Pero tú te mereces algo mejor que un simple polvo —dijo, pensando que jamás en la vida habría creído que esas palabras fueran a salir de su boca.

Emma entrecerró los ojos y ladeó la cabeza, estudiándolo.

—¿Esto es algún truco de seducción? Porque si tratas de hacerte el interesante conmigo para que te desee más todavía, ya puedes dejarlo. Me muero por tenerte en mi cama y que me hagas gritar hasta que las paredes tiemblen y los vecinos sepan tu nombre.

Aarón rio ante este comentario. Nada le apetecería más que hacer lo que Emma le proponía, pero, de repente, sintió que se le hacía un nudo en el estómago y le asaltaba una sensación de anhelo. Quería ser digno de ella. Emma se merecía algo bueno, mejor que lo que él tenía para darle.

Una idea prendió en su mente. Si él pudiera cambiar su vida... Si pudiera ser el chico que a ella le convenía...

—No es ningún truco, preciosa. Ya te lo he dicho. No quiero tratarte como a las demás. Tú te mereces a alguien especial, que te trate como la reina que eres.

—No sé si estoy de acuerdo contigo sobre eso ahora mismo... —murmuró Emma, todavía enfurruñada.

Con todo el dolor de su corazón y su cuerpo, Aarón se distanció de ella, rompiendo el abrazo.

—No te preocupes. Ya tendremos tiempo —la cogió de una mano y se la llevó a los labios para darla un beso en el dorso— más adelante.

—¿Y no podrías empezar a ser un caballero a partir de mañana? —preguntó Emma, negándose a soltarlo.

Aarón se rio.

—¿Tú sabes lo que me está costando decirte que no en estos momentos? No me lo pongas más difícil, por favor.

—Pues yo creo que te cuesta bien poco. De lo contrario, ya estaríamos subiendo las escaleras como dos galgos.

Él dio un paso atrás para distanciarse más de esa tentadora mujer.

—Mañana te recogeré a las seis y media.

Se dio la vuelta, alejándose de ella, sin darle un beso de despedida, porque si lo hacía, se quedaría pegado a los labios de Emma y nada ni nadie podría separarlos.

Capítulo 11

—Hemos quedado a las seis con Jordi y el Nano para tomar unas cañas — le dijo Ximo a Aarón al día siguiente, cuando este llegó de trabajar de la fábrica.

—¿Cómo que *hemos* quedado? ¿Desde cuándo tú dispones de mi tiempo como si fuera el tuyo? —preguntó Aarón, molesto con su amigo.

Ximo se quedó sorprendido al principio. Luego reaccionó.

—Hoy es viernes y los viernes siempre salimos con ellos.

—Pues yo ya tengo planes, así que no contéis conmigo —lo informó Aarón.

Su compañero, que había permanecido todo el rato en la puerta de su habitación viendo cómo Aarón se cambiaba de ropa, se acercó a él.

—¿Y qué planes son esos? ¿Incluyen a alguna *xiqueta*? ¡No habrás quedado con mi hermana sin decírmelo!

—Con quien yo salga o no, no es asunto tuyo.

Aarón se puso una camisa negra sobre la camiseta gris que llevaba, la dejó abierta y comenzó a recogerse las mangas con un par de vueltas.

—¿Te has pensado mejor lo de volver con Marina? —indagó Ximo.

—No volvería con tu hermana ni aunque fuera la única mujer en el mundo y la especie humana corriera peligro de extinguirse.

—¡Che! Que es mi hermana, no hables así de ella —se quejó su amigo.

—Tú dices cosas peores —le recriminó.

—Pero todas son verdad.

Aarón terminó de acicalarse y se miró en el espejo para comprobar el resultado. Cuando se dio el visto bueno a sí mismo, cogió un frasco de colonia y se puso un poco. Esperaba que ese olor le agradase a Emma. De pronto, recordó la conversación con ella sobre ayudar a Marina con su drogadicción.

—¿Por qué no intentáis otra vez que lo deje? —preguntó, refiriéndose a la adicción de Marina a la coca. La familia de su amigo ya había tirado la toalla con ese tema.

—Sabes que lo hemos hecho muchas veces. Claro que si tú volvieses con ella, todo sería distinto.

Aarón meneó la cabeza, negando.

—Ximo, ya te he dicho millones de veces que no voy a volver con ella. Me puso los cuernos.

—Tuvo que tirarse a su camello porque tú no querías darle dinero para coca —lo acusó su compañero.

—¡Estaba intentando que dejase esa mierda! ¿Cómo iba a darle dinero para que siguiera metiéndosela? —le gritó enfadado. Cerró los ojos un momento para serenarse y, cuando estuvo más calmado, los abrió de nuevo para enfrentar la mirada de su amigo—. Ximo, tu hermana no levanta cabeza desde que murió tu madre hace siete años. Yo he intentado ayudarla, todos lo hemos intentado, pero no ha dado resultado. Y ya me he cansado. Quiero pasar página.

—¿Y vas a pasar página usando a otra zorrilla?

Al oírlo, Aarón volvió a molestarse. La rabia por el apelativo que había usado para referirse a Emma le inundó las venas y lo quemó como si fuera ácido.

—No vuelvas a hablar así de ella —siseó, entre dientes, agarrando por el cuello a Ximo para estamparlo en la pared.

Lo tuvo así unos segundos, mientras su amigo intentaba soltarse, sin éxito, hasta que vio como comenzaba a faltarle el aire y, entonces, lo dejó libre.

Ximo se dobló por la mitad, con las manos sobre las rodillas y los pulmones reclamando con ansia el oxígeno que les había faltado.

—Tiene... que... ser... muy buena en... la cama para que... —comenzó a decir, entre toses, pero Aarón le cortó.

—Para hablar de ella, primero te limpias la boca —masculló, agachándose para quedar a la altura de su amigo—. O mejor aún, no hables de ella, ni siquiera pienses en ella, porque, si lo haces, lo lamentarás.

Aarón salió de su cuarto y de la casa enfadado. Tenía ganas de darle una paliza a Ximo, de abrirle la cabeza y dejarlo medio muerto. Pero no lo haría. Él era su hermano. Se habían criado juntos. Le debía mucho a la familia de Ximo.

Gracias a Dios que había logrado controlarse. Lo malo era que ahora estaba de un humor de perros y no quería ir así a ver a Emma.

Se dirigió al bar de siempre, a tomarse una caña y ver si de esta manera se calmaba.

Cuando entró, se acercó a la barra y le pidió una al camarero. Según el sabor amargo iba descendiendo por su garganta, el enfado menguaba.

Pero no tuvo la suerte que esperaba, pues Marina se acercó a él cuando todavía no llevaba ni la mitad de la cerveza.

—Hola, guapo. ¿Me invitas a una?

—¿Dónde está Claudia? —soltó Aarón, distanciándose de ella. No quería sentir el cuerpo de su ex junto al suyo, restregándose como lo estaba haciendo

igual que si fuera una gata en celo.

—La he dejado con una vecina. ¿Quieres que pasemos un rato divertido?

Aarón la miró de arriba abajo, con una mezcla de asco y compasión.

—El rato divertido deberías pasarlo con tu hija. ¿Cuánto hace que no la llevas al parque?

—Claudia va al parque todos los días —replicó Marina, acercándose otra vez a él y frotando los pechos contra el brazo de Aarón.

—Pero no eres tú quien la lleva.

De nuevo, se distanció de ella. Dio un trago a su caña y la dejó sobre la barra.

—Esa niña me absorbe el tiempo y yo necesito mi espacio —se quejó Marina.

—¿Que necesitas tu espacio? —se rio con sarcasmo Aarón—. ¿Para qué? ¿Para meterte una raya tras otra? —Se levantó del taburete para irse—. ¿Cuánto hace que no te miras al espejo? Das pena —dijo, recorriendo de arriba abajo el cuerpo de Marina, que ese día cubría con unos *shorts* desteñidos y una camiseta de tirantes, que evidenciaba la falta de sujetador.

Aarón pensó si no tendría frío, ya que aún estaban a mitad de mayo y la temperatura no era calurosa para ir así vestida. Pero se acordó de que Marina hacía tiempo que había dejado de sentir, excepto cuando necesitaba su dosis. Entonces, corría a buscarla y hacía lo que hiciera falta para que se la dieran.

—¿Que yo doy pena? —La joven se encaró con él, gritándole, sin importarle que los clientes del bar contemplasen el espectáculo que estaba dando—. ¡Tú sí que das pena! ¡Tú, con esa pinta de cornudo! —comenzó a reírse de él—. ¡No vales nada! ¡Cualquiera de los que hay aquí es mucho mejor que tú!

Aarón la cogió de la cara y la obligó a levantar el rostro hacia él. Comprobó, por los restos blancos en los orificios de la nariz, que estaba colocada.

—Ya te has metido esa mierda otra vez —dijo con rabia contenida.

—Y lo haré todas las veces que me dé la gana —escupió ella con la misma furia.

Marina se deshizo de su agarre.

—Ya sé que no te vas a rebajar a estar con una colgada como yo, pero hay otros que no tienen tantos reparos.

Ella se volvió hacia el resto de los clientes del bar y los contempló unos segundos.

—Follaré con quien me invite a un par de cañas —soltó con toda la tranquilidad del mundo.

Un hombre, entrado en años y en carnes, se levantó de la mesa donde estaba y se acercó a ella.

—Yo te invito, bonita —dijo mientras recorría el cuerpo de Marina con una mirada lasciva.

Aarón sacudió la cabeza. Marina jamás saldría de aquello.

Capítulo 12

Emma oyó el timbre y el corazón se le aceleró. Miró el reloj. Las seis y media. Aarón llegaba puntual.

—Bajo en dos minutos —contestó, hablando por el telefonillo.

Se miró al espejo, repasando su atuendo. Un pantalón verde hierba que se ceñía a sus caderas y sus piernas como si fuera una segunda piel, y una camisa de manga francesa blanca, con mariposas de muchos colores. El pelo, recogido en un moño desenfadado. En los pies, unas manoleínas claras. Cogió el bolso, que se colgó al hombro, salió de la casa y echó la llave.

Cuando bajó al portal y se encontró con Aarón al salir, la respiración se le alteró. Tuvo que tragar saliva, pues la boca se le había reseca al ver la mirada de apreciación y deseo que él le dirigió.

Aarón se acercó a ella en un par de zancadas, la cogió de la cintura y le dio un pequeño beso en los labios, dejándola con ganas de más.

—Hola, cosa bonita —le dijo él.

Emma tardó unos segundos en contestar. El roce de los labios de Aarón le había robado la capacidad de pensar con coherencia.

—Hola —suspiró ella.

Él esbozó esa sonrisa torcida que a ella tanto le gustaba, la cogió de la mano y comenzaron a caminar por las calles del barrio en dirección a la playa.

—¿Qué has hecho hoy? —quiso saber Aarón mientras admiraba su belleza. El pantalón que ella llevaba marcaba sus curvas tan deliciosamente que la boca se le estaba haciendo agua y un único pensamiento surcaba su mente: hacerle el amor. Pero se obligó a apartarlo y centrarse en cosas que también eran importantes.

—Pues a primera hora fui al hospital para ver a mi jefe.

Aarón se tensó al escucharla.

—Va recuperándose, pero muy lentamente. Creo que el lunes le quitarán los puntos de la cabeza. Tiene una buena brecha, el pobrecillo —le contó Emma mientras caminaba sintiendo la mano de Aarón, grande y fuerte, en contacto con la suya, más pequeña y delicada. Le encantaba la sensación que le producía el roce de su piel. Era un hormigueo que le recorría todo el brazo, le bajaba por el pecho y se alojaba en el centro de su sexo—. Y después me he acercado a la Casa del Libro de Ruzafa. He comprado un par de novelas porque las que me traje de Madrid ya las he terminado.

Llegaron a la playa y se sentaron en el pequeño muro de piedra para

descalzarse.

—¿Y tú? —le preguntó Emma, cogiendo sus manolequinas con una mano.

—Pues yo en el trabajo más de lo mismo. Nada especial.

Aarón se levantó con las zapatillas en la mano y, con la otra, agarró la que Emma tenía libre para seguir paseando por la arena.

—Y las novelas que has comprado, ¿de qué son? —quiso saber él.

—Una de ellas es de suspense romántico y la otra es... —bajó la voz y se acercó a él para susurrarle— ... una novela erótica.

Aarón la miró, sonriendo.

—¿Por qué bajas la voz para decirme de qué es la otra novela?

—Para no escandalizar a los oídos indiscretos que puedan estar escuchando nuestra conversación —murmuró ella, mirando alrededor para comprobar que las pocas personas que había en la playa no los oían.

Aarón también miró en torno a ellos y su sonrisa se amplió.

—No hay nadie tan cerca como para escuchar lo que hablamos —le dijo a Emma.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, entonces piensa que lo he hecho para no escandalizarte a ti —comentó coqueta.

Él tiró de la mano para acercársela más al cuerpo y, con la otra, la agarró por la cintura.

—A estas alturas de mi vida, es difícil que me asombre de algo tan simple como que una chica lea una novela porno.

—No es una novela porno —saltó Emma indignada—, es una novela erótica. Hay una gran diferencia. En ese tipo de literatura no todo vale.

—Lo siento. Es que no entiendo del tema. Yo apenas leo —se disculpó él y le dio un pico.

—Yo no concibo un mundo donde no haya libros —suspiró ella, notando que los labios de él habían dejado un rastro de fuego allí donde se habían posado instantes antes y las cosquillas que le había hecho su barba—. En los libros hay magia. Puedes vivir mil vidas solo en una. Una novela te puede hacer viajar a otros mundos, a otros lugares. Ahí radica su gran importancia. Los libros hacen que te evadas de tus problemas diarios, de tus rutinas y que pases un rato entretenido mientras estás sumergido entre sus páginas. Además, desarrollas la imaginación y amplías vocabulario, entre otras muchas cosas.

—Vale, me has convencido —se rio Aarón viendo la pasión con la que ella hablaba del tema—. Tendré que acostumbrarme a leer.

«Otro punto más que me separa de ella —pensó—, pero no es un obstáculo insalvable».

—¿Qué me recomiendas? —preguntó él mientras continuaban su paseo.

—Tú, que no estás acostumbrado a leer, puedes comenzar con las instrucciones de algún aparato doméstico —se burló y al ver la cara de ofendido que puso Aarón, empezó a reírse—. Después te dejaré algo de mi biblioteca.

Se soltó de su mano y corrió por la playa, pues estaba segura de que él la seguiría para cobrarse alguna pequeña venganza por haber herido su orgullo masculino con aquella broma.

Aarón corrió detrás de ella y cuando la alcanzó, tiró de sus caderas para tumbarla sobre la arena. Se cernió sobre el cuerpo femenino y comenzó a hacerla cosquillas.

—¿Te burlas de mí, niña? —preguntó mientras no dejaba de recorrer el cuerpo de Emma con los dedos, aumentando las risas de ella.

—Por favor... Lo siento... Era... Era una... broma —se carcajeaba Emma sin poder parar—. Basta... por favor... No puedo... más...

Pero Aarón no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente, sobre todo en ese momento, en que la tenía a su merced riendo como una niña pequeña.

Le encantaba la risa de Emma, tan refrescante como un helado de limón.

Ella intentaba detener sus manos. Se revolvía bajo el cuerpo masculino hasta que, de pronto, sintió la erección de Aarón a través de la ropa.

Los dos se quedaron quietos, mirándose a los ojos.

Las risas dieron paso a un suspiro de placer y deseo.

—Estás... —comenzó a decir ella.

Pero él la silenció con un beso en los labios.

—Sí, lo estoy. Así que ahora no puedo levantarme en un rato, hasta que se me pase —la informó cuando acabó el beso.

El silencio se hizo entre ellos durante un corto tiempo.

—Pues a mí se me ocurre una buena forma de hacer que se te pase eso —comentó ella—. Pero como no quieres venir a mi cama... —Se tapó la boca con las manos—. ¿He dicho cama? Quería decir casa, a mi casa —dijo entre los dedos.

Aarón comprobó que ella se sonrojaba y soltó una carcajada.

—Sí, lo has dicho y te has puesto toda roja. ¿Y tú eres la que lee novelas porno?

—¡Que no son porno! ¡Son eróticas! —exclamó Emma indignada. Le dio un

manotazo en el hombro y Aarón cayó hacia un lado, riéndose y liberándola—. ¡Hombres! Si no entendéis la diferencia entre el rosa y el fucsia, ¿cómo vais a comprender esto?

—No te enfades, cosa bonita. —Aarón se apoyó sobre un codo y, con la mano libre, la ciñó por la cintura—. Perdóname por ser tan ignorante. —Acercó la boca a la de ella y le dio otro beso en los labios.

Lo que comenzó como un tierno y delicado ósculo, poco a poco se tornó en algo más pasional. Los dos exploraron la boca del otro, recorriéndola a conciencia, sin dejar rincón alguno por descubrir o acariciar con la lengua.

Las manos de Emma subieron desde los brazos de Aarón hasta su nuca, donde se clavaron para profundizar el beso. Ella bebía de él como si fuera un oasis en mitad del desierto, que necesitara para saciar su sed.

Las de Aarón se metieron entre la arena y el cuerpo femenino para aplastarla contra su torso y rodar hasta colocarla encima de su masculinidad.

—Madre mía... Esto cada vez está más grande —murmuró ella entre beso y beso, refiriéndose a la erección que tenía pegada al vientre.

—Creo que vamos a tener que parar. De lo contrario, explotaré —susurró él, acariciándole los labios con pequeños roces.

—Vamos a mi casa —ordenó Emma.

—No.

A Aarón le costó un esfuerzo sobrehumano decir aquello. Nada le gustaría más que encontrar el desahogo entre los muslos de su chica, pero se había prometido que con ella no iba a cometer errores.

Emma retiró la cara como si él le hubiera dado una bofetada.

—¿Me rechazas otra vez?

Aarón vio su mirada dolida y se apresuró a contestar.

—No, preciosa, no te estoy rechazando. Ya te lo dije ayer. Quiero hacer las cosas de otra manera contigo porque tú no eres como las mujeres con las que suelo relacionarme. Eres distinta. Especial —replicó, pasando las manos por el largo pelo moreno de ella. El moño que ella llevaba se le había deshecho y los mechones le caían por la espalda.

—Mmm, ya salió a relucir el caballero.

Emma se bajó de encima de su cuerpo y se quedó sentada a su lado, mirándolo.

—¿Tienes... novia? ¿Estás... comprometido con alguien?

Aarón se incorporó de golpe.

—¡No! —exclamó, frunciendo el ceño.

—¿Entonces por qué...?

—Ya te lo he dicho. Tú eres distinta. Contigo quiero...

—Sí, sí, hacer las cosas de otra manera. Ya te he oído —replicó ella, no muy conforme con eso—. Mira, Aarón: estamos en pleno siglo XXI, no tienes que salvaguardar mi honor ni nada de eso. No soy ninguna princesita en apuros.

—Ya lo sé, pero supongo que querrás un hombre que te rompa el tanga, no el corazón.

Ella lo observó embelesada. ¿De verdad le había dicho aquello? Al final iba a resultar que aquel chico de barrio tenía un corazón romántico.

Suspiró y se levantó de la arena, sacudiéndosela del pelo y la ropa.

Aarón la miraba extasiado por su belleza, preguntándose de dónde demonios había salido aquello del tanga y el corazón. Se dio cuenta de que cuando estaba con Emma se comportaba de manera distinta porque ella le hacía sentirse así. Especial y distinto. Con ganas de ser un buen hombre y no un atracador de bancos. De cambiar por ella, para ser digno de su cariño. Se preguntó qué astros reinarían aquel día para que Emma quisiera continuar con él, a pesar de saber que no era más que un pobre chico del barrio del Cabañal.

Pero claro, ella lo veía como un hombre normal porque no sabía nada de su vida. Si supiera sobre sus padres, si conociera lo que hacía en sus ratos libres...

Huiría para no volver a verlo más.

Aquel pensamiento hizo que su corazón se encogiera de dolor. Solo había pasado con ella cuatro ratos, como quien dice, pero ya sabía que la quería en su vida para siempre. A través de los ojos de Emma, él se veía distinto. Mejor. Con todo un mundo de posibilidades abierto ante él.

Por ella necesitaba ser mejor persona. Lucharía para superarse a sí mismo.

Capítulo 13

—¿Te apetece tomar un helado o algo? —preguntó Aarón cuando pasaron por delante de una heladería.

—Un helado no, pero un granizado de café sí me tomaría.

Él la agarró de la mano otra vez y ella se dejó guiar dócilmente hasta la puerta del establecimiento, que Aarón abrió, cediéndole el paso a ella.

Tras pedir, se sentaron en una de las mesas de la terraza.

—Está muy bueno —comentó él refiriéndose a su helado—. ¿Quieres probarlo?

Como Emma asintió, él se lo acercó a los labios. Ella abrió la boca y Aarón sintió un súbito deseo sexual al ver cómo lamía la bola de helado.

Pero ese deseo se esfumó en cuanto Aarón oyó a su espalda la voz de Ximo.

—Vaya, vaya, mira quién está aquí —dijo su amigo y, sin ser invitado a tomar asiento, se acomodó entre ellos—. Si es mi hermano Aarón.

Sonrió a Emma y alargó la mano para saludarla.

—Soy Ximo, encantando.

—Emma, lo mismo digo. —Ella le estrechó la mano y miró a Aarón—. No me habías dicho que tenías un hermano.

En ese momento, se dio cuenta de lo poco que sabía de Aarón. Nunca le había hablado de su familia ni de sus amigos. Solo sabía de él que trabajaba en la Ford, que vivía cerca de su casa y que conocía a algunas de sus amigas. Habían hablado sobre los gustos de uno y del otro en cuanto a música, cocina y poco más.

—Y no lo tengo —respondió Aarón, incómodo. Con la mirada le dijo a Ximo que se largara de allí inmediatamente, pero este no lo obedeció.

—Aarón se crio con nuestra familia cuando perdió la suya —comentó su amigo—. Por eso digo que es mi hermano. No llevamos la misma sangre, pero como si lo hiciéramos.

—Siento mucho lo de tu familia, Aarón —dijo Emma con pena.

—No pasa nada —contestó él y girándose hacia Ximo, le preguntó—. ¿Qué haces aquí? ¿No habías quedado con tus amigos?

Ximo se repantigó en la silla. Cruzó las manos por encima del pecho y miró a su colega con una sonrisa pintada en el rostro, sonrisa que a Aarón le dieron ganas de sacarle a base de puñetazos.

—Había quedado con *nuestros* amigos —recalcó la palabra—, pero me aburría con ellos y he decidido buscarte. Mira tú por dónde, ya te he

encontrado y muy bien acompañado, che.

En ese momento, Emma se disculpó para ir al aseo.

Al levantarse ella, Aarón agarró por la nuca a Ximo, tapándole la cicatriz. Si ella la veía, sabría que él era uno de los atracadores del banco. Acudiría a la policía para denunciar este hecho y la banda entera caería. Sus esperanzas de futuro junto a Emma se truncarían incluso antes de empezar a tener algo serio con ella.

—¿Qué cojones haces aquí? —siseó Aarón furioso cuando Emma se hubo alejado.

—Te he seguido. Quería saber adónde ibas y con quién.

—¿Me estás controlando? —preguntó con rabia.

—Últimamente estás muy raro y ahora sé la razón. Es la cajera del banco, ¿verdad? —Y sin esperar a que Aarón le contestase, continuó—. Cuando te he visto salir del bar, después de hablar con mi hermana, e ir a buscar a tu cita, no podía creerme que fuera ella.

—Solo la estoy vigilando —mintió Aarón.

—¿Follándotela? Buena forma de vigilarla.

Aarón apretó más la mano en torno a la nuca de su amigo.

—Escucha, idiota, esa tía te vio la cicatriz que tienes ahí detrás y se lo dijo a la policía. Quiero sacarle más información sobre lo que les contó del atraco. Por eso estoy con ella.

—No jodas. ¿Me vio la marca?

Aarón asintió con la cabeza.

—Y como te la vea ahora, irá corriendo a denunciarte. Así que lárgate y no te acerques a ella —le aconsejó.

Soltó a Ximo, que se levantó enseguida para marcharse.

—Cuando hayas acabado con ella —dijo su amigo antes de abandonar la terraza de la heladería—, me la pasas. Quiero hacerle un trabajito antes de... —se llevó un dedo a la garganta y se lo pasó de una oreja a la otra, cortándosela como si fuera un cuchillo.

—Lárgate ya —le instó Aarón, viendo que Emma regresaba del baño.

—En casa hablaremos —dijo, despidiéndose.

Un minuto después, Emma llegó hasta la mesa.

—¿Ya se ha ido tu amigo? —le preguntó a Aarón.

—Sí, tiene cosas que hacer —respondió él, aliviado porque se había librado de una amenaza como era Ximo, pero preocupado porque ahora él sabía de la existencia de Emma. Aunque Aarón le había mentado en cuanto a

por qué estaba con ella, no se quedaba tranquilo con Ximo. Conociéndolo como lo conocía, este insistiría en deshacerse de ella costase lo que costase.

Emma se acomodó a su lado en la silla.

—Oye, lo que ha dicho sobre tu familia... —comenzó a decir, poniendo una mano sobre la de Aarón y apretándosela con cariño.

—Ahora no me apetece hablar de eso.

—Lo siento.

—Tranquila. —Aarón le sonrió—. Fue hace mucho.

—¿Cuánto...?

—Eres cabezota, ¿eh?

Emma bajó la mirada, avergonzada por insistir cuando él le había pedido que dejara el tema.

—Vivo con la familia de Ximo desde que tenía once años —le contó, cogiéndola por el mentón y levantándole el rostro para que lo mirase a los ojos—. Pero es una historia larga y triste. No me apetece recordarla ahora que lo estoy pasando tan bien contigo.

—¿Lo harás otro día? —quiso saber ella. Se mordió los labios, esperando su respuesta. Como Aarón no contestaba, añadió—. Por favor.

Él afirmó con un gesto de cabeza, rezando porque ese día no llegase nunca.

Capítulo 14

—Me lo he pasado muy bien hoy. Gracias por todo —dijo Emma en el portal de su casa. Se mordió los labios, nerviosa, y le preguntó—. ¿Te apetece subir para...?

Aarón sonrió. Otra vez insistía en lo mismo del día anterior. ¡Qué cabezota era! Pero debía reconocer que le encantaba que Emma fuera así.

—No me vas a dejar ser un buen chico, ¿verdad? —preguntó, cogiéndola de la cintura y acercándola a su cuerpo.

Ella le acarició la barba con delicadeza y luego dejó las manos colgando por detrás de la nuca de Aarón.

—Te crees irresistible, ¿eh? —contestó Emma y sin dejarle responder, dijo —: Iba a proponerte que subieras a mi casa para que te llevaras un libro y comenzar hoy mismo con tu aventura literaria, pero como eres tan malpensado...

Se separó de él, rompiendo el abrazo, y se dio la vuelta para meter la llave en la cerradura.

—Buenas noches, creído. —Lo miró por encima del hombro y le sonrió con picardía.

Aarón no pudo reprimirse y la cogió de la cintura otra vez para pegarla a su pelvis.

—Subiré. Quiero ver qué libro vas a prestarme. ¿El porno, tal vez? —susurró en su oreja, cediendo a la tentación.

El cálido aliento de él le hizo cosquillas a Emma, que se estremeció de gusto y soltó un pequeño gemido de triunfo.

—No es porno, es erótico —murmuró, corrigiéndolo de nuevo—. Y no te lo voy a dejar aún. Primero quiero leerlo yo.

Aarón le dio un beso bajo el lóbulo de la oreja, que hizo que todas las terminaciones nerviosas de Emma se alterasen revolucionadas.

—Vamos —le dio un pequeño azote en el trasero para que abriera la puerta de una vez y subieran al piso.

Emma entró en su casa con el corazón galopándole en el pecho como si fuera un caballo en una carrera. ¿Cogería el libro y se marcharía a casa sin más? ¿O se quedaría a pasar la noche con ella?

Aarón se quedó parado en mitad del salón. La casa era pequeña. Nada más abrir la puerta, ya estabas en la sala, donde había tres puertas abiertas. Pudo ver que una pertenecía a la cocina, la otra al baño y la última, a la habitación.

Emma tenía pocos muebles y aún había varias cajas de mudanza sin abrir.

—Veo que todavía no te has instalado del todo —comentó él.

—Eh... ya... es que... voy poco a poco.

Ella se acercó a una pequeña estantería repleta de libros y, con el dedo índice, repasó los títulos.

—Creo que de aquí no te gustará ninguno —dijo sin mirarlo—. ¿Puedes coger esa maleta que está al lado de las cajas?

Aarón tiró de la maleta.

—¿Qué narices tienes aquí? ¿Ladrillos? —preguntó al ver lo mucho que pesaba.

Emma se rio.

—Son libros.

—¿Tienes una maleta llena de libros? —La miró como si le hubiera salido un tercer ojo en la frente.

Emma se acercó a él.

—Y en las cajas también hay. Tengo que comprar dos o tres estanterías para ponerlos todos. —De pronto, una idea surgió en su mente—. ¿Me acompañarías a Ikea mañana sábado? Yo no tengo coche todavía...

Aarón estaba alucinado. No conocía a nadie que tuviese tantos libros y encima se había comprado dos más esa mañana!

—Sí, sí, te acompañaré —prometió, sin salir de su asombro.

¿Y él le había dicho que a esas alturas de su vida ya nada lo escandalizaría? Se equivocaba por completo.

Emma abrió la maleta y comenzó a rebuscar entre los libros.

—Creo que este te gustará —dijo pasándole uno—. Es una historia muy romántica y está mezclada con una trama policíaca impresionante.

—¿Un libro de amor? No sé yo si... —Hizo una mueca, cogiendo la novela. Leyó el título y le dio la vuelta para leer la sinopsis.

—Todo lo que vas a encontrar en mi biblioteca son novelas románticas, en cualquiera de sus subgéneros, pero románticas al fin y al cabo.

Emma se acercó a él. Lo rodeó y, cuando estuvo a su espalda, se puso de puntillas.

—La lectura es como el sexo —ronroneó en su oído—. Si realmente quieres hacerlo, nunca dirás «no tengo tiempo» o «no me apetece».

Aarón se estremeció por su susurro y la manera en que había pronunciado la palabra *sexo*, como si fuese algo delicioso deshaciéndose en su boca. Un latigazo de deseo le recorrió la columna vertebral y fue a parar directamente a

la unión entre sus piernas.

—Además —continuó Emma con voz melosa, posando las manos sobre los hombros de él—, un hombre que lee es supersexi. Mucho mejor que uno que va por ahí arruinando historias y rompiendo corazones.

Aarón ya no pudo controlarse más.

Se dio la vuelta, para quedar de cara a ella, y tiró el libro por encima de su hombro.

Cuando iba a inclinarse sobre Emma, esta desapareció de su vista.

—¿Pero qué haces? —preguntó ella, enfadada, cogiendo la novela del suelo y acariciándola con mimo—. ¿Te crees que esta es la manera de tratar un libro?

Aarón se quedó tan perplejo por su reacción que tardó unos segundos en contestar.

—Yo... Lo siento.

—Más te vale que lo sientas de verdad —soltó Emma, abrazando la novela como si fuera un bebé— o no te volveré a hablar en la vida. Los libros hay que cuidarlos, no ir por ahí tirándolos como si fueran algo inservible.

Aarón se acercó a ella despacio, como si temiera que Emma sacara las garras y le arrease un zarpazo por haber cometido semejante fechoría. ¡Vaya genio tenía la niña!

Sin embargo, esa defensa de sus intereses y sus posesiones le encantó.

La verdad es que le gustaba todo de Emma. Cuando ella se mostraba dulce y tímida, cuando era alocada y divertida, cuando se indignaba como ahora... En todas esas ocasiones, hacía que su corazón bombease con fuerza, logrando incluso excitarlo. Y es que Emma era una trampa sensual que alteraba todos sus sentidos.

—Siento haber tirado el libro. Te lo digo de corazón, créeme. —Aarón terminó de cubrir la distancia que lo separaba de ella y enmarcó con las manos su rostro mientras hablaba con voz suave—. Te prometo que no volverá a ocurrir. A partir de ahora, seré más cuidadoso. —Le cogió el libro de entre los brazos y besó la portada para, después, depositarlo con cuidado encima de la mesa.

Emma lo miró aliviada. Él parecía sincero.

Cuando Aarón se volvió hacia ella, le dio un tierno beso en la frente y se despidió.

—Creo que será mejor que me vaya a casa.

—¿Cómo que te vas a casa? —quiso saber Emma, mirándolo con los ojos

muy abiertos.

Aarón fue a responder, pero ella no le dio tiempo.

—Tienes que resarcirme por esto que ha pasado —le dijo.

—Ya te he pedido perdón. ¿Qué más quieres que haga? —preguntó él, confuso.

Emma se colgó de su cuello y sonrió pícara.

—Se me ocurren unas cuantas cosas. —Deslizó los brazos por los de Aarón y, cuando llegó a las manos, tiró de él para meterlo en la habitación—. Ven, que te las voy a decir.

Capítulo 15

Aarón se dejó guiar por Emma hasta llegar a los pies de la cama. En ese momento, no le importaba mucho adónde lo llevase. Con gusto la seguiría hasta el fin del mundo.

Normalmente era él quien daba el primer paso con las mujeres. Hacía y deshacía con ellas a su antojo. Pero esta vez dejó que fuera Emma quien llevase las riendas. Intuía que sería una experiencia única y maravillosa.

Ella agarró la camisa que Aarón llevaba y la deslizó por sus brazos hasta que le sacó la prenda. Él, debajo, llevaba una camiseta.

—Tienes un tatuaje —confirmó Emma observando su brazo derecho mientras se lo acariciaba.

—¿Te gusta?

Emma asintió.

—Tengo más... en otras partes de mi cuerpo —susurró Aarón, derritiéndose por el contacto de los dedos de ella sobre su piel.

Cerró los ojos ligeramente, su control minado por el femenino aroma que desprendía Emma, tan cercana a él.

—Me encantará verlos todos —murmuró ella mientras metía los dedos por debajo de la camiseta gris y recorría los músculos de su vientre.

Aquello hizo que Aarón soltase un gemido. Nunca nadie lo había tocado con tanta delicadeza, acariciándolo con esa dulzura y ese mimo.

Emma se puso de puntillas para pasarle la prenda por la cabeza. Aarón se mantuvo inmóvil mientras sentía los pechos femeninos chocar contra su torso y rozarse con él. Podía habérselo puesto más fácil y haberla ayudado, pero no quiso. Le gustaba sentirla contra él y no pensaba perderse esa sensación tan placentera.

Cuando Emma lo tuvo sin camiseta, recorrió con manos posesivas su fisonomía, empapándose del calor de su piel. Además del tatuaje tribal que él llevaba en el brazo, tenía otro, un pequeño escorpión, en el costado izquierdo.

—Este no pica, ¿verdad? —dijo ella, refiriéndose al arácnido.

—No, no pica —contestó Aarón con una sonrisa ladeada.

Emma comenzó a desabrocharle los botones del pantalón mientras no dejaba de recorrer su cuerpo con ojos abrasadores.

Observó los puños del hombre, apretados a ambos lados de sus caderas. Tenía los nudillos blancos por el esfuerzo que hacía para mantenerse inmóvil.

—¿Te cuesta mucho? —quiso saber ella.

—¿El qué?

—Aguantarte las ganas de hacerme tuya.

Aarón clavó los ojos grises en los de ella.

—Sí, me está costando un mundo no tumbarte en la cama y poseerte. Pero será cuando tú digas. Quiero que disfrutes de mí como tú deseas.

—Me gusta que seas un buen chico... pero fuera de la cama —ronroneó Emma, bajándole el pantalón—. Aquí dentro, quiero un animal salvaje.

Ella vio que la respiración de Aarón se aceleraba al escucharla y sus pupilas se dilataban más aún.

—¿Sigues conteniéndote? —le preguntó al ver como apretaba la mandíbula.

—Hasta que tú lo ordenes —respondió él entre dientes.

Una sonrisa juguetona se extendió por la cara de Emma. Ella también estaba ansiosa de unirse a él. La sangre corría en sus venas excitada. Aarón la atraía de tantas maneras que le costaba pensar en todas ellas. Era como una tarta que no sabía por dónde empezar.

Hizo que se sentara en la cama y le sacó las zapatillas, los pantalones y el *slip* negro. La erección de Aarón palpitéo contenta al verse libre de ropa.

Se colocó entre sus piernas, de rodillas, y le acarició los muslos. Cuando llegó a la unión entre sus ingles, preguntó:

—¿Este pica? —Le cogió el pene con una mano, abarcándolo y apretando un poco con los dedos.

—Ese... seguro que sí. —Aarón emitió un jadeo de placer al sentir la presión que ella hizo.

—Lo comprobaré más tarde —afirmó Emma, con un gemido, calibrando su dureza y magnitud.

Se levantó del suelo y, despacio, se quitó la ropa hasta que se quedó con un conjunto de encaje blanco.

Vio que Aarón se removía inquieto, sentado sobre la cama, y recorría su cuerpo con sus pupilas abrasadoras. Lentamente, se bajó las braguitas y se quitó el sujetador, haciendo que él jadeara al verla sin prendas. El pulso le latía frenético en las sienes a causa de la excitación.

Cuando se quedó desnuda delante de él, se sintió poderosa. Aarón la miraba como si ella estuviera hecha para el pecado y el placer. Su piel demandaba las caricias del hombre con impaciencia. Se dijo que no debía tardar mucho en desahogarse con Aarón o ardería por combustión espontánea.

Con todas las neuronas de su cerebro aceleradas, se colocó de rodillas en la cama, para ver a Aarón por la espalda. En el omoplato derecho llevaba

tatuada una gárgola que le ocupaba todo el espacio. Acarició las líneas de tinta negra y escuchó el ronco gemido que salió de los labios del chico.

Se pegó a él y lo tranquilizó, susurrándole al oído que ya faltaba poco para terminar con esa deliciosa tortura.

—Ponte de pie —ordenó Emma.

Cuando él se levantó, ella comprobó que tenía un trasero prieto, digno de un anuncio de pantalones vaqueros. Le dio una palmada y lo mandó girarse.

Se acercó a los labios de Aarón y reclamó su boca con un abrasador beso. Fue un duelo de lenguas del que los dos disfrutaron. Él la abrazó, sintiendo como ese cuerpo flexible y suave se amoldaba perfectamente a cada rincón del suyo.

Ella paseaba las manos por todas las partes masculinas que encontraba a su paso, hasta que llegó a la erección, ansiosa de encontrar el cálido e íntimo lugar que Emma tenía entre las piernas.

—Dios mío... qué hermosa eres.

El sonido de la voz de Aarón recorrió la piel de Emma como una caricia, que fue a alojarse en su sexo y se lo humedeció más todavía.

Él abandonó su boca para viajar por la mandíbula femenina, bajar por la garganta, donde sintió el errático pulso de su arteria principal, y continuar descendiendo hasta su ombligo. Se puso de rodillas frente a ella y hundió la nariz entre los rizos púbicos de Emma, aspirando su olor.

—Qué rica estás —murmuró él tras darle un par de lametones en su zona íntima—. Siéntate en el borde de la cama. Estarás más cómoda —le aconsejó.

Ella hizo lo que le pedía. Él le abrió las piernas para tener mejor acceso a su vulva excitada.

Se lanzó a por ella hambriento, la atormentó con las caricias de la lengua en sus pliegues íntimos, jugó con su botón mágico, torturándolo. Aarón estaba asaltando los sentidos de Emma con suma maestría y lo único que ella podía hacer era clavarle los dedos en la cabeza mientras repetía que quería más.

Cuando el orgasmo se propagó ardiente por el cuerpo de Emma, ella gritó.

Quedó desmadejada sobre un lado de la cama y Aarón la colocó en el centro.

Se aproximó hasta su boca y, con delicados y pequeños besos, recorrió toda la comisura de sus labios.

Continuó acariciándola por todo el cuerpo mientras Emma se recobraba. Ella estaba más que feliz, pues había tenido un cupo de amantes bastante egoístas, y con Aarón quedaba claro que sería distinto.

—Sigo aguantándome las ganas de hacerte mía —susurró él en su oído—. Recupérate pronto, por favor.

—No te reprimas más —contestó ella con los ojos encendidos y la voz temblorosa.

Él se levantó con rapidez. Buscó en sus pantalones un preservativo y cuando lo encontró, rasgó el envoltorio con los dientes.

De nuevo se subió a la cama, de rodillas, entre las piernas de Emma y terminó de colocárselo en su duro falo.

—¿Estás segura de que quieres un animal en la cama?

Emma asintió.

—Muy bien —dijo él antes de cernerse sobre ella. La cogió por las caderas y la arrastró hasta el borde, retrocediendo al mismo tiempo.

Le levantó las piernas y se las colocó en los hombros. De una certera estocada, la penetró haciendo que Emma jadease al sentir tremenda invasión.

El sexo de ella se amoldó a su dureza igual que si fuera un guante a medida.

Ella estaba segura de que Aarón iba a ser así, decidido, atrevido e intenso, y que le saturaría los sentidos con sus caricias, con su voz y con la calidez de su cuerpo.

Aarón siguió entrando y saliendo de ella mientras la inmovilizaba contra la cama, con los dedos entrelazados con los de Emma y un castigador ritmo. No dejó de besarla en ningún momento mientras el picante aroma del sexo se extendía por la habitación.

Los dos notaban sus corazones bombeando al máximo y cómo la euforia de la liberación se apoderaba de ellos. Él intentó alargar el placer de Emma todo lo que pudo, chocando contra su clítoris una y otra vez, hasta que ella creyó que iba a morir de lo intenso que era.

Pendiente de cada reacción de la hermosa mujer que tenía entre los brazos, se dejó ir cuando estuvo seguro de que ella había culminado.

Capítulo 16

Pasaron la noche juntos. Recorriendo con la boca los rincones favoritos de su cuerpo, diciéndose cosas al oído para recordarlas cuando no estuvieran juntos, estimulándose el uno al otro hasta provocarse gritos.

En un determinado momento de la madrugada, él le preguntó:

—¿He sido todo lo salvaje que esperabas?

—Te has acercado bastante, pero si quieres mejorar, podemos seguir practicando.

—Tengo miedo de lastimarte. Pareces tan delicada... —susurró él, acariciándole el pelo y la cara con extremada dulzura.

—Pues no lo soy. ¿Aún no te has dado cuenta después de las dos veces que hemos follado?

—Que sepas que he estado conteniéndome. Puedo llegar a ser una auténtica bestia —confesó Aarón.

—Estoy deseando verte en esa situación —lo tentó ella.

Él la miró con intensidad unos segundos.

—Ponte a cuatro patas —le ordenó—. Te voy a dar lo que me has pedido.

Aarón llevaba un rato mirando como Emma dormía. ¿Era posible que tuviese tanta suerte y Dios le hubiese enviado aquel ángel solo para él? No había hecho nada para merecer semejante regalo. Y, sin embargo, allí la tenía, entre los brazos.

Ella hizo un ligero movimiento y emitió un suspiro. Poco a poco fue abriendo los ojos hasta que se encontró con la mirada gris de Aarón.

—Mmm, hola —ronroneó Emma, estirándose y retorciéndose como una gatita bajo las caricias que él le estaba prodigando.

—Buenos días, cosa bonita.

Se inclinó sobre su boca y le dio un pequeño beso.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó él.

—De maravilla. ¿Y tú? ¿Llevas mucho despierto?

—Bastante.

—¿Y has estado todo el rato mirándome? —quiso saber ella.

Aarón se lo confirmó con un movimiento de cabeza.

—Eres una visión estupenda, con el pelo revuelto, la boca entreabierta y desnuda. Acomodada en mi pecho mientras siento tu calor y la suavidad de tu piel en mi cuerpo.

Emma lo miró boquiabierta.

—Si no supiera que no sueles leer, y menos novelas románticas, juraría que esas palabras las has sacado de alguna —dijo ella.

Aarón soltó una carcajada.

—Madre mía, no quiero ni pensar las cosas que me dirás cuando te hayas acostumbrado a leer mis novelas. Me voy a derretir solo con escucharte —continuó Emma, y él, de nuevo, se rio.

—Pues imagínate la de guarradas que podré decirte cuando lea una novela porno —respondió Aarón.

Emma le dio un manotazo en el pecho.

—¡Que no son porno! ¡Son...

—... eróticas! —terminó él la frase con una carcajada.

La abrazó otra vez, apoderándose de su boca, y volvieron a hacer el amor.

Aarón llegó a su casa para ducharse y cambiarse. Había quedado con Emma en que volvería a buscarla en una hora para ir a comprar las estanterías a Ikea.

Nada más traspasar el umbral, se encontró con Ximo, que estaba esperándolo.

—Tengo prisa —le advirtió antes de que su amigo abriese la boca para hablar.

—Has pasado la noche con ella, por lo que veo —comentó Ximo subiendo las escaleras tras él, siguiéndolo hasta su cuarto—. Y debe de ser buena en la cama, porque nunca has llegado a casa a las once de la mañana como hoy.

Aarón apretó los dientes con rabia. No le gustaba nada que Ximo hablase de Emma, ni que la tuviera en el pensamiento siquiera.

Como no dijo nada, Ximo continuó hablando.

—¿Ya le has sacado toda la información que necesitamos? —Y sin esperar que su amigo respondiese, añadió—. Espero que sí, porque quiero follármela lo antes posible para luego hacerla desaparecer.

Aarón ya no aguantó más. Oír aquello fue la gota que colmó el vaso. Se volvió en la puerta de su habitación y, cogiendo a su amigo por la camiseta, lo estampó contra el marco.

—Como te acerques a ella, te mato —dijo con toda la furia que le inundaba las venas en ese momento.

—Vaya —Ximo se rio—. Sí que tiene que ser buena. Me muero de ganas de probarla.

Aarón levantó el puño en una amenaza.

—¿Me vas a pegar? ¿Por una tía? —preguntó Ximo.

—No te acerques a ella —le repitió con la mandíbula tensa.

Se miraron unos segundos, retándose, hasta que Aarón bajó el puño poco a poco y lo soltó.

Se dio la vuelta para caminar hasta el armario y sacar la ropa que se pondría después de ducharse.

—No me lo puedo creer... —murmuró Ximo—. Estás encoñado.

—Eso es asunto mío —contestó Aarón de mala gana.

—¿Qué tiene ella de especial, eh? Seguro que es como todas las demás —la menospreció su amigo.

Aarón no respondió. No pensaba contarle nada en absoluto sobre Emma. Bastante en peligro estaba ya por culpa de que Ximo los había visto y conocía su relación.

—Dímelo —exigió su compañero.

—No te voy a decir una mierda. Y ahora sal de mi cuarto. Voy a ducharme.

—Si no me lo dices, tendré que averiguarlo yo. ¿Es de las que gritan? ¿O es silenciosa?

Ximo no lo vio venir. En menos de dos segundos, Aarón lo había tumbado de un puñetazo y se tiró encima de él para seguir pegándole.

Él se defendió, golpeándolo en los costados. Aarón acusó los golpes en los riñones y el hígado, pero no dejó de atizar a su amigo en la cara.

Ximo consiguió rodar hacia un lado y quedar encima de Aarón. Continuó zurrándole, esta vez en el rostro y el estómago. Pero Aarón, más alto y fuerte que él, enseguida intercambió las posiciones y, de nuevo, Ximo volvió a estar debajo.

—Es una zorra como todas las demás —consiguió decir su amigo.

—No hables así de ella, *fill de puta* —siseó Aarón, preso de la ira.

Cogió la cabeza de su compañero con las manos y comenzó a golpearla contra el suelo. Hasta que unas manos lo separaron de él.

—¡Lo vas a matar! ¡Para, Aarón! ¡Para!

El joven miró a quien le hablaba, volviendo en sí, como si despertara de una pesadilla.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó el Yayo.

Se arrodilló junto a su hijo y evaluó sus heridas. Tenía partidos un labio y una ceja, de los que manaba abundante sangre. El ojo izquierdo ya comenzaba a hincharse y los pómulos también estaban amoratados. La piel de estos, con heridas que sangraban.

—Le has dejado la cara hecha un Cristo. —El hombre lo miró—. Y tú no tienes mejor aspecto. ¿Se puede saber por qué os peleabais?

Aarón estaba apoyado contra la pared, con una mano en el costado. Le dolía al respirar. Seguro que el cabrón de Ximo le había roto alguna costilla.

No contestó al padre de su amigo porque no quería decirle que estaba enamorándose de la cajera del banco que habían atracado y, en esos momentos, tampoco se le ocurría una mentira creíble.

Pensó en Emma y miró su reloj. Faltaba media hora para volver a verla.

Se dirigió al baño con toda la rapidez que el dolor que sentía por todo el cuerpo le permitió. Tenía que ducharse rápido e irse.

Cuando se miró en el espejo, no se reconoció. Tenía también un ojo morado y el labio partido, del que manaba sangre. Se quitó la camiseta y comprobó que varios hematomas comenzaban a aparecerle en la piel.

«Mierda, no puedo ir así a ver a Emma», se dijo, sacudiendo la cabeza a ambos lados.

Capítulo 17

«Muy bien, Emma, al final ha resultado ser un cabrón como todos los demás. Te ha echado unos cuantos polvos y, luego, si te he visto no me acuerdo», pensó ella, cuando leyó el *whatsapp* que Aarón le mandó para decirle que no podía ir con ella a Ikea y que la llamaría en unos días.

Le dio rabia, mucha, porque se había hecho ilusiones sobre que él era distinto a los demás. Pero no.

«Bueno, al menos he pasado una noche estupenda con él», se dijo, recordando los besos, las caricias y cuánto le había hecho disfrutar en la cama... y fuera de ella.

El corazón se le encogió de dolor. Se sentía herida y humillada. Aarón se había burlado de ella y Emma no se había dado ni cuenta. Había caído en su trampa como una novata.

«No voy a llorar. No pienso hacerlo».

Pero no pudo cumplir lo que se había exigido a sí misma y gruesos lagrimones de decepción le surcaron el rostro nada más terminar de pensar aquello.

Estuvo un rato compadeciéndose de sí misma y de lo estúpida que había sido, hasta que encontró el valor para dejar de llorar.

Cogió el móvil para responder al mensaje de Aarón, pero...

«¡Que se joda! No voy a contestarle».

Y, con rabia, tiró el teléfono a un lado del sofá.

Encendió el ordenador y pidió cita para el lunes para su médico. Estaba harta de no hacer nada, así que iba a decirle que le diera el alta para poder reincorporarse a la sucursal bancaria.

Además, esto que había sucedido con Aarón no le venía nada bien para su estado de asueto. Le daría un millón de vueltas a la cabeza, se mortificaría por lo que había pasado y por haber caído en la trampa de él. Y no estaba dispuesta a *comerse el coco* por un tío que le había demostrado que no podía confiar en él ni en sus palabras.

Aarón la había llamado infinidad de veces durante la semana y Emma nunca le cogía el teléfono ni contestaba a sus *whatsapp*. Sabía que ella estaba bien, que no le había sucedido nada malo y que había vuelto a trabajar.

La había vigilado, en la distancia, por supuesto. Las lesiones de su pelea con Ximo aún se le notaban en el rostro y en el cuerpo. No quería acercarse a

ella y que le preguntase qué le había pasado. Tendría que explicarle demasiadas cosas que harían que Emma se alejase de él para siempre. Tampoco deseaba mentirle y soltarle una excusa barata sobre por qué se encontraba así.

Pero estaba desesperándose por no poder contactar con ella. ¿Por qué demonios no le cogía el móvil? ¿Por qué no respondía a sus mensajes? Se estaba volviendo loco por ese silencio que ella había impuesto entre los dos sin saber el motivo.

Se dijo que dejaría pasar el fin de semana, a ver si con un poco de suerte los moratones de su cara y su cuerpo terminaban por desaparecer. Lo que no se le quitaba era el dolor en el costado.

Había ido el viernes al médico y este le había mandado hacer una radiografía. Tras ver el resultado, le dio el veredicto: tenía una fisura en una costilla. Tratamiento: algunas medicinas, reposo y, sobre todo, mucha paciencia. Al menos estaría de tres a cuatro semanas de baja.

Eso significaba pasar más tiempo con Emma... si es que ella le cogía el teléfono.

Emma pasó el sábado en la playa con dos de sus antiguas amigas y sus niños. Había estado tan entretenida jugando con los pequeños que casi no había tenido tiempo de pensar en Aarón.

Sin embargo, ella sabía que en cuanto traspasase el umbral de su casa y estuviera sola, su mente volaría para encontrarse con él, igual que había estado sucediéndole toda la semana. No quería tener otra noche de insomnio por culpa de ese hombre.

Por eso, les propuso a sus amigas que, después de ducharse y cenar, salieran a tomar algo en algún sitio donde también se pudiese bailar.

Las amigas lo comentaron con sus maridos y estos aceptaron. Por una noche, ellos se quedarían en casa con los niños mientras las mujeres salían a divertirse.

Entraron en un garito de la playa donde en esos momentos sonaba un reguetón y se acercaron a la barra. Tras pedir sus bebidas, se fueron a la pista a bailar un rato.

Una chica chocó con Emma y le derramó la bebida por todo el vestido. Cuando esta se volvió para disculparse y vio a las amigas de Emma, las abrazó con efusividad. Sin embargo, ese gesto no se vio reflejado en el saludo de ellas. La chica se alejó, contrariada, pues sabía lo que pensaban de ella.

—¿Os ha pasado algo con esa tía? —quiso saber Emma, curiosa por la reacción de Patricia y Vanessa.

—Es una drogata del barrio que va por ahí acostándose con todo el que puede a cambio de algo de cocaína y algunos tragos —le explicó Vanessa.

—Es mejor que no nos acerquemos a ella —añadió Patricia.

En ese momento, Emma recordó lo que Aarón le había contado sobre Marina y un presentimiento se apoderó de ella.

—El caso es que me suena su cara... —dijo para ver si sus amigas le contaban algo más y confirmaba así sus sospechas.

—¿Recuerdas a Marina, la hija del fontanero? —preguntó Vanessa, y Emma asintió con la cabeza—. Pues es ella.

Emma miró a Marina durante unos minutos. La observó bailar con unos y con otros, moviéndose como si estuviera borracha. Los hombres la tocaban sin ningún pudor, como si fuera de su propiedad. Sintió lástima por ella y se acordó de todo lo que le había contado Aarón. Tenía una niña pequeña y no quería salir del agujero en el que se había metido.

En un impulso, se acercó a hablar con ella.

—Marina, igual no te acuerdas de mí —dijo mientras la cogía del brazo para que dejase de bailar y la prestara atención. La otra se soltó de mala gana y continuó con su danza, destinada a excitar a los tres hombres que estaban con ella.

—Soy Emma. Emma Rozalen. Jugábamos juntas cuando teníamos nueve años —insistió ella, volviendo a agarrarla por el codo.

—¡Déjame en paz! —le soltó la otra, deshaciéndose de la mano que la retenía.

Emma se quedó un momento paralizada por su arranque de mal humor, pero a los pocos segundos volvió a intentarlo.

—Escucha, Marina, me gustaría que quedásemos un día a tomar café y...

—¿Qué te pasa? —le gritó Marina—. ¡Te he dicho que me dejes en paz! ¿O es que quieres quitarme a alguno de ellos? —preguntó señalando a los tres tíos que la acompañaban— ¡Están conmigo esta noche, así que búscate a otros, puta!

Emma se quedó petrificada por su arrebato.

—Yo no quiero... —intentó decir, pero en ese momento vio que Ximo se colocaba a su lado y agarraba a Marina de un brazo, comenzando a tirar de ella.

La otra gritaba y pataleaba para que Ximo la dejase libre. No lo consiguió y

Ximo logró sacarla del *pub*.

Emma corrió tras ellos. Quizá tendría su oportunidad de hablar con Marina y quedar con ella un día. A pesar de que le había prometido a Aarón que no se acercaría a ella, algo la impulsaba a ayudarla para que saliera de esa mierda en la que había caído.

—¡Ximo, espera! —lo llamó para que no se alejasen más.

Este se giró hacia ella y, en un reflejo, se llevó la mano a la nuca, para taparse la cicatriz.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Quiero hablar con Marina para... —Emma se interrumpió al verle la cara—. ¿Qué te ha pasado? ¿Has tenido un accidente?

Ximo, con una mano cubriéndose la nuca y con la otra agarrando a su hermana, que no dejaba de vociferar para que la dejase libre, se rio con sarcasmo.

—Sí, he tenido un accidente. Verás, los puños de Aarón impactaron en mi cara sin querer. Claro que yo también le di lo suyo.

—¿Os habéis peleado Aarón y tú? —preguntó incrédula.

—¿No te lo ha contado? —Y sin dejar que respondiera, añadió—. ¿Es que no lo has visto estos días? Tiene el careto igual que el mío.

Emma abrió la boca tanto por la sorpresa que casi se le desencajó la mandíbula.

Marina continuaba forcejeando con Ximo para soltarse y el chico, temiendo que tuviera que quitarse la mano de la nuca y descubrir la marca ante Emma, se despidió de ella a toda prisa, dejándola plantada en mitad de la calle.

—¿Dónde estabas? —oyó la voz de Vanessa detrás de ella.

—Yo... intentaba hablar... con Marina —respondió, viendo que se perdían en la noche Ximo y ella.

—Emma, de verdad, es mejor que no te acerques a Marina. No es buena compañía. Y su hermano Ximo, tampoco —le aconsejó Patricia.

Ella se volvió y las miró confusa. ¿Ximo y Marina eran hermanos? Su mente se puso a recordar la infancia que había transcurrido en aquel barrio y tras unos minutos pensando, se dio cuenta de que aquello era cierto. Pero como ella no se relacionaba por aquel entonces con Ximo, porque era mayor que sus amigas, lo había olvidado por completo.

¿Habría tenido la oportunidad, en el pasado, de conocer a Aarón y el destino había decidido que no lo hiciera hasta que ella no volviese a Valencia veinte años después?

Al pensar en Aarón, recordó las palabras de Ximo sobre su pelea. ¿Cómo estaría él? ¿Tendría la cara igual de magullada que su amigo? El corazón se le encogió por la angustia de que fuera así.

—Ya son las doce, chicas —comentó su amiga Patricia—. Hora de volver a casa. De lo contrario, el coche se me convertirá en calabaza.

Capítulo 18

Ese domingo el Yayo reunió a sus chicos a primera hora de la mañana para preparar el siguiente golpe.

—Será en Xirivella —informó, refiriéndose a una población cercana a Valencia—. Tampoco tiene arco de seguridad, así que igual de fácil que los otros cinco atracos. Esta vez —miró a Ximo seriamente— no quiero correr riesgos. Nada de secuestrar a la cajera ni a ninguna de las otras personas que haya en la entidad. Nosotros no hacemos rehenes. ¿Ha quedado claro?

Todos asintieron a las palabras del jefe.

—Aarón se encargará, como siempre, de prepararlo todo y, cuando esté listo, actuaréis. Pero quiero que sea pronto. —Dirigió la mirada hacia Aarón—. Antes del quince de junio.

—¿A qué viene tanta prisa? —quiso saber Aarón—. Normalmente pasan varios meses entre uno y otro.

—Pues esta vez no va a ser así —soltó el hombre mayor.

—Yayo, yo no puedo participar en este. Tengo una fisura en una costilla y el médico me ha dado de tres a cuatro semanas de reposo —le explicó Aarón, aunque el otro ya lo sabía, pues Ximo se lo había comentado el día anterior—. Puedo prepararlo todo, pero...

—Tú irás con ellos como siempre —le cortó el Yayo con un tono de voz que no admitía réplica. Le dirigió una mirada retadora al joven y, como este no dijo nada más, los despachó a todos.

Cuando Aarón iba a salir, pensando en cómo iba a hacer lo del atraco, porque con la costilla en ese estado no saldría todo lo bien que habían salido los otros, el hombre mayor lo llamó.

—Me ha contado Ximo vuestra pelea.

Aarón permaneció en silencio, expectante.

—Quiero conocer tu versión —añadió.

El joven se demoró unos instantes en responder, pensando en qué podía decirle y qué no. No deseaba exponer a Emma a un peligro como era ese hombre. Si este conocía la verdad de lo que había sucedido, ella ya lo estaba, pero quizá él podría apaciguar el genio del que había sido como un padre para él los últimos veinte años.

—Fue por la cajera del banco, la que Ximo se llevó. Me he hecho amigo suyo para sacarle información sobre lo que le ha preguntado la policía, pero la chica no sabe nada, así que no ha podido contarles gran cosa —mintió Aarón.

El Yayo lo observó detenidamente unos segundos.

—Me decepcionas, Aarón. No te imaginas cuánto. Tú, que eras mi preferido. ¿Te has creído que soy gilipollas? A mí no me mientas, niñato de mierda. —Se encaró con él y le dio un puñetazo en el estómago, que dejó a Aarón sin aire e hizo que se doblara por la mitad—. Me ha dicho mi hijo que te tiras a esa furcia, que estás encoñado con ella, que la proteges... —Lo agarró del cuello para que Aarón lo mirase a la cara mientras le hablaba—. ¿Y vienes contándome un rollo que no se traga nadie?

Aarón acusó el golpe con un gran dolor. Le había dado cerca de la costilla fisurada. Casi no podía respirar sin sentir unos enormes pinchazos en esa zona. Cada vez que aspiraba un poco de oxígeno, creía que iba a desmayarse del dolor. Intentó hablar y defenderse, pero no pudo.

—¿Cómo se te ocurre liarte con esa puta? —le gritó el hombre—. ¿Es que quieres que nos descubran a todos? ¿Quieres acabar tus días en la cárcel como tu padre? —siseó con rabia.

Aarón lo miró furioso.

—No —consiguió decir.

El Yayo lo soltó, hastiado.

Aarón cayó de rodillas al suelo, agarrándose la zona herida.

—No... estoy... listo para... el atraco. Tenemos que... esperar.

—No vamos a esperar una mierda. Prepáralo todo y rápido. Antes del quince de junio quiero que se lleve a cabo el golpe, ya me has oído antes —le espetó.

El joven, que poco a poco iba recuperándose del dolor, pero sin que este lo abandonara del todo, logró incorporarse.

—Pues búscate... a otro... Ya no quiero... seguir con... esta vida... No quiero... continuar... con los atracos —le confesó.

En esa semana había estado pensando mucho y había tomado esta decisión. Iba a dejar aquello. Lo haría por Emma, porque ella se merecía a alguien que no se metiera en esos asuntos que podrían llevarlo a la cárcel.

El Yayo, al oírlo, se enfrentó a él. Lo cogió por el cuello y lo estampó en la pared. El golpe contra el muro dañó de nuevo su costilla fisurada y Aarón sintió como si lo atravesaran mil puñales que le cortaran la respiración.

—Tú, no vas a dejar esto mientras yo viva. ¿Te ha quedado claro, *fill de puta*? —masculló el hombre muy cerca de la cara de Aarón—. Lo que vas a hacer es preparar este atraco y todos los demás que yo os encargue. Vas a continuar a mi lado, como siempre.

—¡No! —consiguió gritar Aarón a duras penas.

—¿Te crees que voy a perder al mejor hombre de mi banda? Estás muy equivocado.

—No quiero continuar —dijo Aarón con un hilo de voz. La mano del Yayo en la garganta le hacía muy difícil hablar. Intentaba deshacerse de ella, pero estaba costándole demasiado, pues el dolor en la costilla apenas lo dejaba moverse.

—Pues lo harás. De lo contrario, tu amiguita sufrirá un robo en su casa en el que, por desgracia, será violada y asesinada —comentó tranquilamente el hombre.

Aarón no supo de dónde sacó las fuerzas para estamparle al Yayo un par de puñetazos, que consiguieron hacer trastabillar al viejo, con lo que pudo librarse de su agarre.

—No tocarás a Emma.

—¿Quieres ver como sí lo hago? Tú desobedece mis órdenes y tu zorrita pagará por ti.

Aarón supo que eso ocurriría de verdad. La escena que su mente le creó hizo que su alma se partiera por la angustia y el dolor de ver a Emma en esa situación. Por eso, para evitarle a su chica todo aquello, para mantenerla con vida, para salvarla de aquel cruel destino, aceptó.

—Está bien. Lo haré. Pero a Emma no la toques.

Capítulo 19

Aarón salió de la casa del Yayo sintiéndose como un preso camino del Corredor de la Muerte. Se maldecía una y otra vez por haber puesto a Emma en aquella situación. ¿Por qué tuvo que vigilarla aquella primera vez? ¿Y la segunda? ¿Y por qué tuvo que salvarla de aquel ladrón que le tiró del bolso? ¿Por qué comenzó a hablar con ella y luego quedaron para estar juntos?

Si él la hubiera dejado tranquila, si no hubiera hecho todo lo que hizo, Emma no estaría en este lío en el que podía perder su vida de una forma atroz.

Porque de una cosa estaba seguro: quien fuera a cumplir el encargo del Yayo, robar, violar y asesinar, se ensañaría con ella para darle un escarmiento a él. Maltratarían su precioso y delicado cuerpo. Harían que Emma padeciese un calvario antes de morir.

Y todo por su culpa. Por haberse enamorado de ella. ¡Con tantas chicas que había en Valencia y tenía que haberse fijado en Emma!

Él la había puesto en peligro. Le había disparado con su amor a quemarropa hasta conseguir que ella se enamorase también.

Y ahora iba a morir si no hacía lo que le ordenaban.

Emma lo vio llegar por la calle, cabizbajo. El corazón se le alteró de tal forma que amenazó con saltar de su pecho para correr al encuentro de Aarón.

Desde que se enteró la noche anterior de su pelea con Ximo, había estado dándole muchas vueltas al tema. ¿Por eso canceló la cita para ir a Ikea? ¿Porque había tenido que asistir a Urgencias para que le curasen las heridas? ¿Y por qué no la llamó para contárselo todo y que lo acompañara al hospital?

«Te llamó, pero tú no le cogiste el teléfono porque te enfadaste al ver su *whatsapp* cancelando lo de Ikea. Sacaste conclusiones precipitadas sobre por qué no iba a acompañarte a comprar las estanterías y por eso has estado toda la semana cabreada con él», le recordó la voz de su conciencia.

Así que había decidido ir a su casa aquella mañana, para reconciliarse.

En ese momento, él levantó la cabeza y la vio. Se quedó parado unos instantes, sin saber si correr a echarse en los brazos de Emma o dar media vuelta y alejarse para que nadie lo viese con ella. Sabía que el Yayo tenía ojos y oídos en todas las esquinas del barrio. Si hubiera tenido más cuidado en sus encuentros con Emma, ahora ella no estaría en la situación de peligro que la que él la había puesto.

No tuvo tiempo para decidir qué hacer, pues ella cubrió la distancia que los

separaba con pasos rápidos.

—Dios mío, tu cara... —se lamentó; llegó junto a él y lo cogió del rostro con las manos.

Lo examinó detenidamente mientras el alma se le caía a los pies al comprobar su estado. Desde luego, estaba mucho mejor que la de Ximo, pero, aun así, le dolió ver su preciosa cara magullada.

—Tranquila. No es nada. Sanará —intentó calmarla él, notando toda la calidez de la piel de Emma en el rostro, sintiéndose reconfortado.

La agarró de la cintura para pegarla a él. Su cuerpo rabiaba por estar de nuevo junto al de ella.

—¿Por qué no me lo dijiste? Te habría acompañado al hospital para que te curasen —se quejó ella—. Cuando Ximo me lo contó...

Aarón se envaró al oír el nombre de su compañero.

—¿Has estado con Ximo?

Emma le contó el encuentro en el *pub* con Marina y luego la conversación con el otro joven.

—Te dije que no te acercaras a Marina —soltó molesto.

Pero ella decidió no seguir con ese tema y cambió el curso de la conversación.

—¿Por qué en lugar de mandarme un mensaje no me llamaste para contarme tu pelea? Podías haberme dicho que tenías que ir a Urgencias...

—No fui al médico hasta el viernes.

Emma lo miró boquiabierta.

—¿Tuviste una pelea el sábado por la mañana y hasta el viernes no has ido al médico? ¿Por qué? ¿Eres tonto o qué te pasa? —lo riñó.

—No creí que fuera necesario. Ya he tenido más problemas de estos y en pocos días se han solucionado sin la ayuda de ningún doctor.

«¡Hombres! Se creen que por ir al médico son menos machos», pensó Emma poniendo los ojos en blanco.

Emitió un pequeño suspiro y bajó con las manos desde la cara de Aarón hasta su cintura, recorriendo su cuerpo, que tanto había echado de menos aquellos días.

Al pasar por la zona donde Aarón tenía la fisura en la costilla, este gimió de dolor.

—¿También te hirió Ximo aquí? —preguntó ella.

Sin darle tiempo a contestar, le levantó la camiseta y se encontró con un gran hematoma que le cubría parte del estómago, el esternón y le llegaba casi

hasta el riñón izquierdo.

Aarón se sintió morir al ver su expresión aterrada. Se bajó la prenda con rapidez para cubrirse al tiempo que comprobaba cómo a Emma se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Shhh, tranquila, cosa bonita. Solo tengo una fisura en una costilla. Parece más grave de lo que es. No te asustes —intentó calmarla abrazándola. Lo mataba verla llorar.

—¿Que parece más grave de lo que es? —Ella repitió sus palabras en una mezcla de enfado, indignación y estupor—. ¡Tener una fisura en una costilla ya es bastante grave, por el amor de Dios!

—Bueno, sí, pero me recuperaré. Tampoco es para que te pongas así.

—¿Y cómo quieres que me ponga? —preguntó Emma incrédula ante su falta de preocupación por su estado de salud.

Se distanció de él, rompiendo el abrazo, y puso las manos en sus caderas, mirándolo como si a Aarón le hubieran salido dos cabezas.

—Si te parece bien, canto, bailo y me río —soltó indignada con él.

Aarón no pudo evitar que una pequeña carcajada le saliera de la garganta. Aquello hizo que el dolor lo atravesara de nuevo, cortándole el aliento.

—¡Encima te descojonas de mí! —ladró ella enfadándose aún más.

—No me... río de... ti —dijo él, poniéndose una mano en el costado, aguantándose las punzadas—. Es que... me hace... gra... gracia tu...

—¿Te resulta gracioso que me preocupe por ti?

Aarón la agarró por la cintura con la otra mano y la pegó a su cuerpo.

—No te enfades, che —pidió, sonriéndole como solo él sabía hacerlo.

Acercó la boca a la de Emma y, con cuidado, recorrió sus labios con pequeños besos.

Cuando ella bajó la guardia y le ofreció sin ningún pudor su lengua, él profundizó el beso. El gemido de placer de Emma recorrió toda la espina dorsal de Aarón e hizo que su corazón latiera más acelerado, en una mezcla de excitación y energía sexual, que fue a parar directamente a la unión entre sus piernas.

—Me encantan las reconciliaciones —murmuró ella cuando Aarón se despegó de sus labios para tomar un poco de aire.

—¿Por qué no me has cogido el teléfono estos días ni has contestado a mis mensajes? —quiso saber él.

—Estaba enfadada —confesó ella, pegando la frente a la garganta masculina y aspirando el aroma que tanto había echado de menos aquella

semana—. Pensé que me dabas de lado después de haberte acostado conmigo.

Aarón arrugó el entrecejo al escucharla.

—¿Cómo voy a pasar de ti, si tú eres la historia más bonita que el destino ha escrito en mi vida? —susurró en su oído.

Emma levantó la cabeza de golpe y se perdió en la mirada gris de Aarón.

—Eso que has dicho ¿lo has sacado de alguna novela? ¿Has estado leyendo? —preguntó emocionada por sus palabras.

—Esto que te acabo de decir lo he sacado única y exclusivamente de mi corazón.

Capítulo 20

Justo cuando Aarón terminó de decirle a Emma aquellas tiernas palabras, oyeron a su espalda unas palmadas.

—¡Oh! ¡Qué bonito!

Se volvieron y se encontraron con Marina, que les aplaudía.

—¿Así que por esta puta me has dejado? —le preguntó a Aarón con desprecio—. ¿Por culpa de ella no quieres volver conmigo?

Emma y Aarón se separaron y la miraron como si hubieran hecho algo malo.

—Estás colocada —afirmó él viendo los restos de polvo blanco bajo su nariz.

—¿Y qué? ¿Te crees que por haberme metido unas cuantas rayas no soy capaz de ver lo que tengo ante mis propios ojos? —soltó Marina, chula.

—Vete a casa —le ordenó Aarón con voz dura.

La mujer comenzó a reírse histérica.

Emma contemplaba la escena sin saber si intervenir o no. Tenía varias preguntas en la cabeza. Marina había comentado que Aarón la había dejado por ella, que no quería retomar la relación por su culpa. ¿Sería esto cierto? ¿Se había metido entre los dos? Pero él le había dicho que estaba libre y Emma lo creía. Entonces, ¿cuándo tuvo lugar su relación? ¿Marina seguía enamorada de él?

—Pero ¿tú quién te has creído que eres para mandarme a mí a hacer nada? —le espetó a Aarón—. ¡Me quedaré aquí todo el tiempo que me dé la gana! —comenzó a gritar—. ¡Un cornudo como tú no me va a decir lo que tengo que hacer!

Varias personas que pasaban por la calle en esos momentos se los quedaron mirando.

Marina, al darse cuenta de que estaba captando el interés de la gente, gritó más alto.

—¡Este hombre es el mayor cornudo del barrio del Cabañal!! ¡¡Miradlo bien!! ¡¡Que todo el mundo se quede con su careto!!

Cuando terminó de decirlo, empezó a reírse a carcajadas.

Aarón no lo pensó más y, agarrándola del brazo, la arrastró calle abajo mientras le decía a Emma que iba a llevarla a su casa y, más tarde, la llamaría a ella.

—¿Qué tiene ella de especial? —le gritó Marina a Aarón una vez que

traspasaron la puerta de su casa.

—¿Dónde está la niña? —preguntó él mirando a su alrededor. Al no verla por allí, suspiró. Si la pequeña no estaba en casa, mucho mejor. Ver así a su madre haría que se asustase.

—¡Yo qué sé! La dejé con una vecina. Se la habrá llevado por ahí, a dar una vuelta.

Marina anduvo hasta el desvencijado sofá del salón y se dejó caer como si el cuerpo le pesara cientos de kilos.

—Pobrecita Claudia. ¿Tú sabes lo que es vivir con una madre drogadicta? ¿Sabes el daño que le estás haciendo? ¿El recuerdo tuyo que va a tener cuando crezca? —la increpó Aarón acercándose a ella—. ¡Tienes que dejar esa mierda en la que estás metida! ¿No te das cuenta, Marina? El daño que estás haciéndoos a tu hija y a ti misma...

—¡Che! ¡Qué plasta eres! Siempre con lo mismo. A ver cuando te enteras de que la coca me hace sentir viva. ¡Viva! Y no pienso dejarlo nunca, ¿me oyes? ¡Nunca!

Aarón se sentó a su lado en el sofá y la agarró de ambos brazos.

—Lo que debería hacerte sentir viva tendría que ser escuchar la risa de tu hija cuando juega —dijo zarandeándola, apretando los dientes para controlar su rabia—. No entiendo cómo Asuntos Sociales no te la ha quitado ya.

Marina hizo como que no lo oyó. Cambió de tema para centrarse en otro que le interesaba más.

—¿Desde cuándo estás con esa zorra?

—No la llames así.

—¿Folla mejor que yo?

—Lo mío con Emma no tiene nada que ver con si folla mejor o no que cualquier mujer con las que he estado. El sexo no lo es todo.

—¿Ah, no? Pues hubo un tiempo en que, para ti, el sexo sí lo era todo. ¿Recuerdas cuando estábamos juntos? Nuestras noches se convertían en días. Acabábamos tan agotados que... —le recordó mientras le acariciaba el muslo, en un lento recorrido hacia su entrepierna.

—Con ella es distinto. Especial. —Aarón detuvo la mano de Marina, que se acercaba con peligro a su miembro. La quitó de encima de él y la dejó en el borde del sofá.

Marina se incorporó apoyándose en los codos.

—¿Especial? ¿Qué es lo que la hace tan especial? —preguntó molesta.

—No sabría decírtelo. Es algo que siento aquí. —Aarón se llevó una mano

al corazón.

—¿Y aquí no? —Con un pie, Marina presionó en el pene de Aarón. Este pegó un brinco al sentir su contacto y se levantó rápidamente.

—No vuelvas a hacer algo así o lo lamentarás —la amenazó.

Se dio la vuelta para irse, pero Marina se levantó del sofá enseguida y lo detuvo abrazándolo por la espalda.

—Hubo un tiempo en que fuimos felices —susurró contra la tela de su camisa—. Yo también fui especial para ti. ¿Ya no te acuerdas? ¿Por qué no podemos volver a tener aquello?

—Nuestros días juntos se acabaron en el mismo momento en que me pusiste los cuernos.

Aarón deshizo el abrazo y se giró para encararla.

—Y no volverán. Ya no te quiero —afirmó con rotundidad.

—¡La culpa la tienes tú! ¡Si me hubieras dado el dinero que te pedía...! —gritó ella desesperada, intentando abrazarlo de nuevo.

—¿Cómo iba a dártelo para que sigieras drogándote? —soltó también él, elevando la voz.

—¡Porque me amabas! ¿O no? Quizá no me querías tanto como decías y por eso no me diste el dinero. Tuve que usar mi cuerpo para conseguir lo que buscaba.

Aarón se pasó las manos por el corto pelo, desesperado por estar teniendo otra vez esa conversación con Marina.

—Si no te hubiera amado entonces, ya estarías muerta. ¿Cuántas veces te llevé a la clínica para que te trataran, eh? Pero cada vez que tú volvías a salir, cada vez que estabas limpia, caías de nuevo. Hice todo lo que estuvo en mi mano, te presté mi ayuda porque te quería, pero una relación así desgasta mucho y ya no pude soportarlo más. Tienes razón al decir que soy culpable. Debí hacer mucho más para que salieras de este agujero, pero ya no supe cómo ayudarte.

Aarón se puso las manos en las caderas y sacudió la cabeza a un lado y al otro. Los recuerdos de aquellos días lo atormentaban.

—Hemos tenido esta conversación muchas veces y nunca sirve para nada. No vas a cambiar —le dijo mirándola con una pena infinita al ver la chica en la que se había convertido por culpa de su adicción—. Me voy. Date una ducha y acuéstate.

Al ver que se marchaba, Marina intentó retenerlo.

—Espera. Esta vez puede que me hayas convencido —lo agarró del brazo

—. Haré todo lo que quieras si vuelves conmigo. Lo dejaré. Seré una buena madre para Claudia a cambio de que estés conmigo otra vez.

Pero no engañó a Aarón. Le había dicho lo mismo demasiadas veces.

—Ya no te creo, Marina. Y, además, ya no te quiero. Estoy enamorado de Emma.

Escuchar aquella declaración de sus labios fue como un jarro de agua fría para ella.

—¿Qué tiene ella de especial? —volvió a preguntar, gritándole.

Acto seguido se quitó la camiseta de tirantes que llevaba y se quedó ante Aarón con el pecho desnudo. Se subió la minifalda vaquera hasta la cintura. Él comprobó que tampoco llevaba braguitas.

De un salto, se colgó de su cuello y enlazó las piernas en torno a sus caderas.

—¿Ella te sorprende así, como yo?

—Déjame —le pidió Aarón, asqueado, intentando deshacerse de su cuerpo.

Marina le besaba en el cuello, en las mejillas, intentó capturar su boca, pero no lo logró.

—Por favor, vamos a reconciliarnos.

—¡He dicho que me sueltes! —gritó él, haciendo más fuerza para librarse de ella.

La tiró contra el sofá y se detuvo un momento para recorrer su cuerpo de arriba abajo.

—Das pena, Marina. Fuimos felices, sí. Te quise muchísimo, sí. Pero todo aquello pasó. Estás enferma y lo que tienes que hacer ahora es dejar tu adicción. Busca un buen hombre, vuelve a enamorarte, cuida de tu niña...

—¡Oh, por Dios! Siempre con lo mismo, blablablá, esto, blablablá, aquello —soltó ella poniendo los ojos en blanco—. Si no me vas a follar, ¡lárgate, cornudo de mierda!

Se levantó del sofá y, empujándolo, logró sacarlo de la casa.

Aarón salió de allí con la misma sensación de siempre tras haber hablado con Marina. Sentía rabia, impotencia, tristeza...

Pero se dijo que aquella vez había sido la última. Ya no podía preocuparse más por ella. Ahora debía mirar hacia delante, hacia un futuro con Emma... si es que el Yayo los dejaba tranquilos.

Miró el reloj y vio que se le había echado encima la hora de comer. Después tenía que hacer una visita que no podía retrasar más, así que le mandó un mensaje a Emma.

«Nos vemos esta tarde».

Podía haberle explicado más, pero prefirió esperar y hacerlo en persona en lugar de por WhatsApp.

Capítulo 21

El preso se sentó en la silla y miró a través del grueso cristal. Encontró a su hijo al otro lado, que al verlo, sonrió.

—Hola, papá.

—Hijo, ¿qué te ha pasado? Tienes la cara hecha un Cristo —comentó el hombre, preocupado al ver las marcas de la pelea en el rostro de Aarón.

—No es nada. Ximo y yo tuvimos un encontronazo. —Se quedó un momento en silencio y luego añadió—. Oye, papá, siento haber faltado a mis últimas citas.

—No te preocupes, hijo. Eres joven, tienes una vida que debes aprovechar y vivir al máximo. Lo entiendo. No vas a estar viniendo a verme cada dos por tres. Pero cuéntame, ¿va todo bien fuera? ¿Por qué os habéis peleado Ximo y tú?

Aarón suspiró largamente antes de contestar.

—Eso es algo que no te puedo contar. Aquí hay oídos por todas partes y me pondría en una situación comprometida si te lo explico.

—Bueno, pues intenta hacerlo sin darme... detalles o nombres, como siempre.

Aarón lo pensó unos segundos. A pesar de llevar tantos años separado de su padre por culpa de su condena, tenía mucha confianza con él. Necesitaba hablarle de Emma y pedirle consejo sobre lo que se le avecinaba.

—He conocido a una chica...

—¿Y por eso te has peleado con tu amigo?

—Sí, pero no es lo que tú piensas. Verás, en la última *reparación*, él se la llevó y yo conseguí que la dejara en paz —le contó, omitiendo nombres y situaciones. Sabía que su padre lo entendería a la perfección con las explicaciones que le daba—. Pero ella vive cerca y me entró el pánico, así que decidí vigilarla. Conseguí conocerla personalmente y, poco a poco, nos hicimos amigos, hasta que nos enamoramos. Estamos muy bien juntos. Es magnífica. Me gustaría que la conocieras, pero no puedo traerla aquí. No sabe nada de ti ni de mamá, ni de lo que hago en mi *tiempo libre*. —Se quedó un momento en silencio, para luego añadir—. Quiero dejar el negocio. Por ella. Quiero comenzar una nueva vida. Ser otro hombre distinto. Ella se lo merece.

Su padre asintió despacio. Muchas veces él mismo se lo había pedido para evitar que acabase sus días encerrado como él, pero su hijo se había negado. Le gustaba esa adrenalina que sentía cuando atracaba un banco y la posterior

recompensa económica.

—Tiene que ser muy especial si ha conseguido hacerte cambiar de opinión, algo que yo he intentado desde que supe que habías empezado con eso. —Su padre le sonrió con cariño—. No te imaginas cuánto me arrepiento de haberte dejado al cuidado de...

—Ya, papá. No te mortifiques más. Tú no sabías lo que iba a suceder.

—Sí, hijo, pero no puedo evitar sentirme culpable. Además, estar aquí encerrado no ayuda en nada. Temo por ti, Aarón. Pero si lo vas a dejar, adelante. Me has hecho muy feliz con esa noticia.

Aarón inspiró hondo. Ojalá todo fuera tan fácil.

—¿Te has peleado con él por la chica o por tu decisión de dejar el negocio? —continuó su padre.

—Mi amigo nos pilló juntos un día y quiere *enviarla* a otro sitio. Por eso me pelee con él. Aún no sabe que quiero dejar el negocio de su padre. Se lo he dicho al jefe y se ha negado a dejarme marchar. Dice que si lo abandono —bajó la voz hasta convertirla en un susurro y el preso se acercó más al cristal que los separaba para poder escucharlo— matará a mi novia.

—Hijo de puta —masculló el hombre al oírlo.

—Así que no sé cómo salir de esta situación, papá.

Se quedaron unos segundos en silencio hasta que el preso habló de nuevo.

—Tienes dos opciones. Una: irte bien lejos, esconderte con esa chica y rezar para que nunca os encuentre. Pero esa no es forma de vivir —dijo mirándolo a los ojos. Inspiró profundamente y continuó—. La segunda opción no debería decírtela, porque podrías acabar en la cárcel, como yo, y no quiero que mi hijo pase por eso.

Aarón agachó la cabeza, apesadumbrado. Él también había pensado en esas dos alternativas que su padre le planteaba y sabía que ninguna era buena. No podía permitir que Emma se pasase la vida huyendo por su culpa, ni tampoco que a él lo condenasen a quince o veinte años por matar a un hombre. ¿Qué sucedería entonces con Emma? No quería que ella tuviera que ir a la prisión a verlo. Esa vida no se la deseas a la persona que amas.

Aarón también había pensado en romper con Emma. Si el Yayo creía que ella ya no era importante para él, la dejaría en paz, pensó en un primer momento, pero luego se acordó de que Emma era testigo clave para identificar a Ximo por su cicatriz. En cuanto él la dejase desprotegida, Ximo se echaría sobre ella y la haría desaparecer.

—¡Qué complicado es todo! —se quejó Aarón. Miró de nuevo a su padre,

con rabia, pero no contra él, sino contra las circunstancias—. Ella es lo mejor que me ha pasado en la vida, pero ojalá no la hubiera conocido nunca. Mi amor la ha puesto en peligro —dijo con amargura, desesperado por la situación.

Su padre colocó una mano en el cristal que los separaba, queriendo transmitirle así a su hijo su apoyo.

—Tranquilo. Ya se nos ocurrirá algo. —Para intentar animarlo, le comunicó algo que llevaba tiempo esperando—. Tengo una buena noticia que darte, ¿sabes?

—¿Cuál? —preguntó Aarón, abatido y sin ganas. No le importaba nada, excepto salvar a Emma. Pero no quiso ser maleducado con su padre.

—La semana que viene saldré de aquí después de veinte años, dos meses y cinco días. Como no has venido a verme desde hace tanto tiempo, no he podido informarte antes.

Aarón se alegró al oírlo.

—¡Eso es fantástico, papá! Vendré a recogerte. ¿Qué día sales? ¿Y a qué hora?

Su padre le dio todos los datos de los que disponía y organizaron la salida del preso. Los cuarenta minutos de visita estaban a punto de terminar. Antes de que Aarón se marchase, su padre le comentó algo que lo preocupaba.

—Hijo, has dicho que tu novia no sabe nada de tu vida. Quizá deberías hablar con ella y explicarle todo lo que pasó. Las mentiras no son buenas y si estás dispuesto a dejarlo todo por ella, al menos sé sincero y cuéntale todo. Lo de mamá, lo mío y... lo tuyo. ¿O qué le vas a decir cuando me vea contigo? ¿Que soy un familiar lejano que ha venido de visita?

Aarón recordó que Emma creía que su familia había muerto, por aquello que le comentó Ximo en la heladería. Tendría que hablar con ella y explicarle que su padre continuaba vivo, pero ¿qué iba a contarle sobre su ausencia todos esos años? Estaba seguro de que si le confesaba la verdad sobre su familia, Emma saldría huyendo para no regresar jamás.

Pero su padre tenía razón. No podía basar una relación en las mentiras o, mejor dicho, en ocultarle la verdad sobre su pasado y su vida a Emma.

Capítulo 22

El móvil de Aarón comenzó a sonar en cuanto se metió en el coche. En la pantalla vio que era su chica quien lo llamaba.

—Hola, cosa bonita —contestó con una sonrisa en la cara.

—¿Qué ha pasado con Marina? ¿Todavía estás con ella? En tu *whatsapp* solo decías que nos veríamos esta tarde...

Aarón notó la ansiedad y la preocupación en la voz de Emma.

—No, ya no estoy con ella. La llevé a casa y me fui a la mía para comer. Después, tenía una... cita en Picassent con... un amigo. —Por teléfono no era la manera correcta de confesarle lo de su padre, así que lo dijo de otra forma —. He venido rápido para verlo. Ya voy hacia tu casa. ¿Estás ahí o has salido?

Se puso el cinturón de seguridad y, al hacerlo, un pinchazo le atravesó todo el costado. Su fisura en la costilla le recordaba que seguía allí. Por un momento, la respiración se le cortó.

—¿No deberías hacer reposo?

Emma había notado que se quedaba sin resuello unos instantes y supo a qué se debía.

—Sí, pero me importa más estar contigo ahora que nos hemos reconciliado.

—No quiero que por mi culpa... —comenzó a decir ella, pero él la cortó.

—¿Y si voy a tu casa y nos pasamos la tarde tumbados en el sofá viendo alguna película? Sería una especie de reposo —dijo para convencerla.

Pero en realidad lo que Aarón pretendía, además de estar con ella, era protegerla. Si no salían de casa, si nadie los veía paseando juntos, evitaría situaciones de peligro como la sucedida con Marina ese mediodía. O, incluso, puede que Ximo o el Yayo estuvieran controlando sus pasos. Así que mejor prevenir.

—De acuerdo —respondió ella.

Mientras conducía hacia casa de Emma, Aarón iba pensando en la mejor manera de sacar el tema de sus padres, de lo que les ocurrió hacía ya tantos años. Pero no encontraba la forma adecuada para hacerlo.

Sin embargo, debía confesárselo, pues no estaba dispuesto a renunciar a su padre ahora que este quedaba libre.

Nada más abrirle la puerta de la casa, Emma lo besó con cuidado para no hacerle daño en las costillas.

—No soy de cristal, ¿sabes? —comentó él, rodeándola por la cintura para

pegarla a su pecho.

—Ya, pero eres humano, ¿a que sí? Y tienes huesos que se rompen, te pones enfermo... —dijo Emma, sin querer tocarlo—. No quiero ser la causante de...

No pudo continuar porque Aarón se apoderó de sus labios con un pasional beso en el que exploró cada rincón de la boca de ella.

—¿Vas a renunciar a esto? —le preguntó él, tentándola a continuar.

—Me temo que hasta que estés curado, sí, tendré que renunciar a varias cosas —suspiró ella, todavía con los ojos cerrados. Los abrió poco a poco y se encontró con la maravillosa sonrisa torcida de su chico—. ¿Qué peli quieres ver?

—Una que se llama *Hacer el amor con mi novia es la mejor medicina*.

Emma puso los ojos en blanco y se distanció de él. Había notado su erección creciendo contra su vientre y no quería continuar por ese camino, aunque lo deseaba.

—Esa no me apetece.

—A mí sí.

—Tienes que hacer reposo —le recordó ella.

—Y lo haré. Escucha, yo me tumbo en la cama y tú te subes encima de mí. —Se aproximó a Emma otra vez y la cogió de la cintura—. Yo no me moveré, lo harás todo tú, así que estaré cumpliendo con el reposo. —Sonrió angelicalmente para convencerla.

Pero Emma se negó.

—Hasta que no estés recuperado, no. Cuando podamos hacer el amor como salvajes, recuperaremos el tiempo perdido, pero hasta entonces, nada.

—¿Qué pasa? ¿No sabes hacérmelo tierna y delicadamente? —la pinchó.

—Tú habías venido a ver una película, ¿no? Pues vamos. —Rompió el abrazo y tiró de su mano hasta el televisor—. Elige una de mi repertorio —señaló una pequeña estantería con varios DVD—, o también puedes coger un libro y ponerte a leer. Yo haré lo mismo.

—¿No hay nada que pueda hacer para convencerte?

Emma negó moviendo la cabeza a un lado y al otro.

Aarón suspiró, sabiéndose derrotado.

—Está bien —se acercó a los DVD y cogió uno al azar—, toma —dijo pasándole la película.

Emma la puso en el reproductor y los dos se sentaron en el sofá.

Poco a poco, ella fue tumbándose, acomodándose con la cabeza en el regazo de Aarón mientras él le acariciaba el pelo. Bajó con sigilo la mano hasta el

pecho de Emma y cubrió uno de sus senos. Se quedó quieto, esperando ver su reacción. Pero como ella no se quejó, comenzó a tocárselo por encima de la blusa.

Un minuto después, introdujo la mano. Con los dedos, apartó el encaje del sujetador y posó la palma sobre la tibia piel de su pecho. Notó el pezón endureciéndose y cómo Emma emitía un suspiro de placer al sentir el cálido contacto.

Desvió los ojos de la pantalla del televisor para mirarla.

Ella estaba con la cara vuelta hacia él, los ojos cerrados y los labios entreabiertos.

Apretó un poco más el seno femenino y el duro pezón se le clavó en la palma.

Emma gimió sensualmente.

Con la otra mano, Aarón le desabrochó la blusa. Cuando la tuvo solo con el sujetador, le bajó las copas para poder tocarla a su gusto.

Ella continuó con los ojos cerrados, dejándolo hacer.

Aarón masajeó sus pechos a su antojo. Cogió con los dedos los pezones y los acarició hasta que los tuvo tan duros que pensó que a ella le dolerían. Sin embargo, por cómo se retorció su chica bajo sus caricias, la forma en que se arqueaba hacia él, buscando su contacto, se dijo que aquella tortura le resultaba muy placentera.

—Déjame saborearlos —le pidió a Emma en un susurro.

Ella abrió los ojos entonces y le dirigió una sonrisa juguetona.

—Recuerda que estás de reposo.

—Mi lengua no tiene que hacerlo y estoy ansioso por jugar con tus pezones. Venga. Colócate sobre mis rodillas.

Emma lo pensó unos segundos. A ella también le apetecía muchísimo tener un poco de sexo. Además, Aarón la había excitado tanto con sus caricias que sentía el tanga empapado.

Se dijo que, con mucho cuidado y mimo, algo podrían hacer.

—Está bien. —Se incorporó y le señaló la entrepierna, donde se marcaba toda la erección de él—. Pero solo por evitar que *eso* que tienes ahí me taladre la cabeza. Te has puesto muy duro.

Se acomodó sobre su regazo al tiempo que se deshacía de la blusa y el sujetador.

—Pero al mínimo dolor que sientas, me avisas y paramos, ¿entendido? —le advirtió alzando una ceja.

—Ya siento dolor aquí —Aarón se agarró el paquete con una mano—, pero como pares, subirá hasta aquí —se llevó la mano hacia el corazón— y me volveré loco.

Puso la mano en la espalda de Emma y con la otra le agarró un pecho. Ella se acercó a su boca para que Aarón no tuviera que hacer ningún movimiento que pudiera provocarle dolor en la zona lastimada.

Él comenzó a lamer y chupar las puntas, pasando de una a otra, mientras ella, con las manos sobre sus hombros, no paraba de gemir por las olas de placer que la estaban recorriendo.

—Qué rica está mi niña —susurró Aarón contra la piel de Emma.

Ella aprovechó que había soltado un momento su endurecida cima para cogerlo por la barbilla y alzarle la cabeza. Lo besó con fuerza, casi lastimándole los labios a su chico, pues era tal la pasión que sentía en ese momento que se olvidó de su costilla fisurada.

Aarón le subió la falda y se la enrolló en la cintura. Buscó su sexo y gruñó complacido al encontrar su tanga húmedo. Lo apartó a un lado y pasó los dedos por toda la hendidura de Emma.

Esta jadeó, pero el sonido quedó ahogado por los besos que estaban dándose.

Volvió a recorrer con caricias atormentadoras los pliegues íntimos de ella, pero sin penetrarla con ningún dedo.

—Aarón, por favor... —pidió Emma al ver que él no se los metía.

—¿Por favor qué? Recuerda que estoy de reposo.

—Malo —lo acusó ella—. Ahora sí que te preocupas por el maldito reposo.

—Tú vas de niña buena, pero cuando te toco, se te olvida todo —dijo él mirándola con picardía.

Emma se contoneaba encima de Aarón mientras este pasaba una y otra vez los dedos por su mojada hendidura. Cada vez estaba más excitada y necesitaba encontrar su liberación.

El pulso le latía frenético en las sienes y comenzó a notar el aroma del sexo extendiéndose por el salón.

—Es que me tocas demasiado bien —gimió Emma con las pupilas dilatadas por la excitación—. Pero sabes hacerlo mejor. Llévame al cielo, por favor —le suplicó.

Aarón la agarró por la nuca con la mano libre y acercó la oreja de Emma a su boca.

—Tus deseos son órdenes, princesa. Te subiré al cielo y no te dejaré caer hasta que consigas tu orgasmo.

La besó en la garganta mientras introducía un dedo en la anegada cavidad.

Emma ronroneó como una gatita al sentirlo dentro. El calor fue apoderándose de su cuerpo con cada acometida del largo dedo de Aarón.

—Necesito un poco más para llegar —le indicó ella con la voz temblorosa.

Entonces, él la penetró con dos, al tiempo que con el pulgar le rozaba el clítoris. Se reclinó contra el sofá para disfrutar del espectáculo que suponía Emma entregada a la pasión. Ella continuaba apoyada en los hombros de él con las manos, moviéndose sobre Aarón, buscando con ansia su clímax.

Echó la cabeza hacia atrás y comenzó a emitir unos sonidos guturales que viajaron hasta el pene de él, endureciéndoselo más aún.

Cuando el delicioso hormigueo y el calor del orgasmo se apoderaron de Emma, gritó y se dejó caer hacia un lado del sofá completamente saciada.

Capítulo 23

Aarón la contempló, desmadejada y sudorosa, con la respiración errática, sobre el sofá. Era la imagen más bella y erótica que había contemplado en su vida.

Se lamió los dedos que habían estado en el interior de Emma, disfrutando de su sabor, mientras con la otra mano se bajaba la cremallera del pantalón y buscaba su erección.

Cuando la sacó, empezó a acariciarse. Seguía chupándose los dedos, notando el exquisito sabor de su chica en la lengua y mirándola con los ojos encendidos de deseo.

Emma estaba tumbada en el sofá tratando de recuperarse del intenso orgasmo que había tenido, cuando notó los movimientos de Aarón. Abrió un ojo y lo vio.

—¿Quieres que te ayude con eso? —le preguntó con la voz entrecortada.

—Me encantaría, pero ¿ya estás lista?

Ella se levantó despacio y fue a ponerse de rodillas en el suelo, frente a él y su pene endurecido.

—Abre un poco más las piernas para que pueda meterme en el hueco y chupártela mejor —le dijo a Aarón.

Él obedeció y ella agarró la verga de su novio con una mano mientras descendía con la boca sobre la corona rosada, semejante a una ciruela madura.

Conforme Aarón veía desaparecer el miembro entre los labios de Emma y el calor de su boca lo abrazaba como un guante de seda, empezó a jadear y todos sus pensamientos coherentes se esfumaron.

Notaba pinchazos en la costilla, que ya había estado sintiendo cuando tenía a Emma derritiéndose encima de él, pero igual que no quiso parar hacía unos minutos y aguantó el dolor, tampoco la detendría ahora. El placer superaba al dolor y no pensaba privarse de él.

Emma subía y bajaba con la mano y la boca por el pene de su novio, sintiendo la aterciopelada piel de él en la lengua. Escuchaba sus jadeos y estos la impulsaban para hacer mejor la felación, pero no se olvidaba de que él se había lastimado el cuerpo hacía poco.

—¿Estás bien? —preguntó ella en un momento que se sacó de la boca la erección de Aarón.

—Estoy... en... la... gloria.

—No te duelen las costillas ni...

—No. Tranquila... Sigue —la animó a continuar.

—¿Me avisarás si te duele?

—Que sí, joder. No te pares. Estoy a punto.

Le puso una mano en la cabeza y la obligó a continuar con su trabajo oral.

Poco después, Aarón se deshacía en la boca de su novia. Intentó quitársela de encima al ver que iba a correrse, pero Emma, testaruda, no se lo permitió y se tragó todo su semen.

—Usted también está delicioso, señor Bonet —susurró, alzándose ante él mientras se limpiaba un hilillo que le caía por la barbilla.

Se inclinó sobre la boca de Aarón y la reclamó con un beso largo y profundo.

—¿Puedo preguntarte algo? —quiso saber Emma minutos después.

Los dos estaban tumbados sobre la cama, desnudos, pero no habían hecho el amor por el miedo que tenía Emma de dañar todavía más las costillas de Aarón. Se habían entretenido acariciándose y disfrutando de sus besos.

—Dime. —Aarón la abrazaba contra sí, en la parte buena de su cuerpo.

—Es sobre Marina. —Y sin darle tiempo a reaccionar, añadió con rapidez —. Dijo que la habías dejado por mí y te llamó cornudo. ¿Es cierto?

Aarón se tensó al escucharla.

—¿Es necesario que hablemos ahora de esto, Emma? Acabamos de tener sexo y no me parece adecuado...

—Por favor. Es que la duda me está matando —dijo incorporándose para mirarlo a los ojos.

Aarón emitió un largo suspiro.

—Está bien. —Hizo una pequeña pausa y le contó—. Marina y yo éramos novios desde los veinte. Cuando su madre murió de cáncer hace siete años, ella cayó en una especie de depresión. Yo intenté ayudarla, era mi deber como pareja suya y además, no me gustaba verla así. Pero Marina cada vez estaba peor. Empezó a beber y a consumir cocaína. Decía que cuando estaba colocada no se acordaba de lo que había ocurrido con su madre, que era como un bálsamo para ella, y por eso cada vez se metía más y más.

Emma lo escuchaba atentamente, viendo en los grises iris de su chico el dolor de los recuerdos.

—La llevé unas cuantas veces a una clínica para que se recuperase de sus adicciones, pero ella siempre recaía. Discutíamos mucho. Ella no quería dejarlo. Yo le decía que estaba enferma y tenía que curarse. Pero, poco a

poco, mi amor hacia Marina fue muriendo.

—¿Y fue entonces cuando la dejaste?—quiso saber Emma.

—No. —Aarón la miró a los ojos—. A pesar de todo, continué a su lado. Tenía la esperanza de que tarde o temprano se curase de su adicción. Y...

Dudó sobre si decirle lo que tenía en la punta de la lengua, pero al final decidió que sí. Ya que había comenzado a sincerarse con Emma, a abrirle su corazón y contarle cosas de su pasado... Aunque el tema de sus padres era un poco peliagudo. Pero si no se lo contaba hoy, lo haría cualquier día de esa semana. De ello estaba seguro.

—Y me sentía en deuda con su familia. Me han cuidado desde que me quedé solo. No podía darles la espalda cuando me necesitaban para ayudar con Marina. Además, ellos tampoco sabían muy bien qué hacer con ella.

Emma asintió y continuó escuchando su explicación.

—Un día, hará cuatro años más o menos, Marina me pidió dinero para ir a comprar su dosis, pero se lo negué. No estaba dispuesto a financiarle su adicción. Discutimos y ella me dijo que si no se lo daba, encontraría la forma de conseguir su droga. Sabía que su camello se acostaba con las mujeres cuando no podían pagarle y ella estaba dispuesta a hacer lo mismo. Intenté detenerla, pero se marchó. Dudé unos minutos sobre si seguirla o no. Ella nunca había hecho algo así, pero el mono mandaba ahora en su cuerpo, así que la busqué para evitar que hiciera algo de lo que pudiera arrepentirse. —Apretó los dientes con furia al recordar lo que venía a continuación—. Los encontré en un solar entre dos casas, rodeados de escombros. Él la apoyaba contra la pared mientras se metía en su interior y no dejaba de decir guarradas. Me acerqué para parar todo aquello, pero Marina me vio y, mirándome a los ojos, le dijo a ese malnacido que podría hacerlo siempre con ella a cambio de una dosis. Que le gustaba cómo la follaba. Que era mejor que yo. Y después lo besó sin apartar su mirada de la mía.

—¿Y tú qué hiciste? ¿Te fuiste de allí? —preguntó Emma, horrorizada al escuchar la historia.

—No. Lo que hice fue separarlos y liarme a golpes con ese hijo de puta. Marina, mientras tanto, me golpeaba a mí en la espalda gritando que lo dejase tranquilo, que todo lo que yo había escuchado era cierto, que él follaba mejor que yo y que seguiría haciéndolo con él siempre que quisiera.

—¡Dios mío! —exclamó Emma, que no salía de su estupor.

—Como yo no dejaba de machacar a ese malnacido —continuó Aarón—, ella cogió un cascote de los escombros que había por allí y me golpeó en la

cabeza con él. Caí hacia un lado y pude ver como ella se montaba sobre ese hombre para terminar lo que habían empezado. Luego todo se volvió negro y cuando me desperté era ya de noche. Seguía tirado en el solar, sin nadie a mi alrededor y con un dolor de cabeza terrible. A duras penas llegué a mi casa.

—No puedo creerme que te dejasen allí tirado sin saber si estabas vivo o muerto —dijo Emma alucinada.

—Pues lo hicieron. Como comprenderás, rompí mi relación con Marina al día siguiente y poco después supe que se había quedado embarazada de su camello.

Emma se inclinó sobre su boca, murmurando palabras tranquilizadoras para reconfortar a Aarón. Lo besó con suavidad, queriendo borrar los recuerdos. Pero estos continuaban muy vivos en la mente del hombre.

—¿Entiendes ahora por qué te pedí que te alejaras de ella? —le preguntó Aarón cuando acabó el beso—. Es una persona enferma que no quiere curarse. Lo hemos intentado todo y no hay manera de que salga del agujero en el que está. Por si fuera poco, se ha acostumbrado a conseguir lo que quiere usando el sexo. Da igual si es su dosis o un par de cañas, y le da lo mismo con quien sea: joven, viejo... —Chasqueó la lengua con fastidio, pensando en cómo Marina había tirado por la borda su vida—. Ha intentado volver conmigo varias veces. Bueno, la verdad es que siempre que nos vemos me pide que volvamos a estar juntos, pero yo ya no la quiero y no volvería con ella ni por todo el oro del mundo.

—Me da mucha pena y mucha rabia que hayas pasado por una situación así, cariño. Pero me entristece todavía más por Marina y su hija. ¡Pobre niña!

Permanecieron unos segundos en silencio. Emma recostada de nuevo contra el lado bueno del cuerpo de Aarón, mientras no dejaba de pensar en todo lo que este le había contado.

—¿Y a la niña no podríamos ayudarla de alguna forma?

—La pequeña prácticamente vive con una vecina. Está bien. Es una familia buena que se preocupa por ella y la quieren mucho, pero no es lo mismo que criarse con el amor de tus propios padres. Claro, que Marina y su camello poco amor podrían darle a la niña.

Emma aprovechó para preguntarle algo que hacía tiempo que quería saber.

—Tú sabes bien lo que es criarse con una familia distinta a la tuya. ¿Qué fue lo que les pasó a tus padres?

Aarón se puso tenso. Emma estaba sirviéndole en bandeja de plata la oportunidad de hablarle sobre su familia. Pero algo le impedía sincerarse con

ella en ese momento, aunque se había prometido a sí mismo que lo haría.

Sin embargo, sabía que su chica saldría huyendo al conocer su historia.

Y aún era pronto para perderla. O quizá no la perdería. Pero necesitaba tiempo para pensar en cómo hacer las cosas.

—Por hoy ya vale de historias tristes, ¿no te parece? —Le acarició el pelo y bajó por su brazo, que estaba sobre su pecho—. Cambiemos de tema, por favor.

Emma accedió a su ruego.

—Dentro de unos días vendrán a verme mis padres y mi hermana. ¿Quieres conocerlos o aún es pronto?

Capítulo 24

¿Conocer a la familia de Emma? ¡Claro! ¿Por qué no? Era su novia y tenía ganas de saber quiénes eran sus padres y su hermana. Que le contaran anécdotas de cuando ella era pequeña y sentir el amor de una familia unida. Algo que él no había tenido.

Sin embargo, tuvo que decirle a Emma que todavía era pronto. Quizá en la próxima visita...

Sabía que vigilaban sus pasos y no quería poner en peligro también a la familia de su chica. Todavía no sabía cómo deshacerse de la espada de Damocles que pendía sobre su cabeza y la de Emma. Pero debía hallar una solución, porque el tiempo se agotaba.

La fecha para el nuevo atraco estaba cada vez más cerca y Aarón no quería participar en él. Con los que había cometido hasta la fecha, había conseguido dinero de sobra para vivir sin derrochar. Lo invertiría en algo y él y Emma podrían vivir de las rentas.

Si es que el Yayo y Ximo los dejaban tranquilos.

Desde la última reunión que tuvo con ellos, no había vuelto a saber nada. Su amigo lo había llamado un par de veces, pero él había contestado de mala gana y rápido, haciéndole saber que su llamada no era de su gusto.

Prácticamente se había mudado a casa de Emma para poder protegerla. No quería darles la oportunidad a sus enemigos de verla sola y hacerle algo. Aunque cuando sus padres llegasen a la ciudad, él volvería a su casa, pero solo el fin de semana.

Por las mañanas, se levantaba con ella y, después de desayunar, la llevaba al banco. Volvía a recogerla al término de su jornada laboral y pasaban la tarde encerrados en casa, viendo películas, leyendo, hablando y haciendo el amor, despacio y con cuidado de no dañar las costillas de Aarón.

Poco a poco, su cuerpo iba recuperándose. Ya hacía casi dos semanas desde el incidente con Ximo y apenas le dolía la fisura.

Mientras Emma estaba en el banco, Aarón se había dedicado a buscar un piso de alquiler para su padre. La casa familiar en la que vivió sus primeros once años la habían expropiado por la ampliación de la avenida Blasco Ibáñez y, posteriormente, derruido para acometer las obras.

Así que cuando el preso saliera de la cárcel no tendría un lugar para vivir. Por eso Aarón se encargó de facilitarle un domicilio en otra zona de la ciudad. No quería que su padre volviese al Cabañal, con todos los malos recuerdos

que eso conllevaba. Deseaba una nueva vida para él después de que hubiera pagado por sus pecados.

El tema del trabajo era peliagudo. No creía que la gente estuviera dispuesta a contratar a un exconvicto, pero debía intentarlo. De todas formas, sabía que los presos, cuando quedaban libres, tenían derecho a una prestación por desempleo como cualquier otro trabajador de España.

Además, su padre no había estado inactivo todos aquellos años. Antes de ser condenado tenía un pequeño taller de coches, que ahora había desaparecido por culpa de la expropiación. En los años de encierro había estudiado dos carreras: Derecho y Empresariales.

Recordó con nostalgia cómo en cada visita su padre lo animaba a que estudiara igual que estaba haciendo él, pero el dinero fácil y rápido era tan goloso... que Aarón dijo que no cada una de las veces que su padre le insistió.

El día en que le comunicó, con dieciséis años, que dejaba los estudios, a su padre casi le dio un infarto. Los cuarenta minutos que duraba la visita se los pasaron discutiendo.

Ahora se daba cuenta del gran error que había cometido. Si pudiera volver atrás y tener la oportunidad de continuar estudiando...

Había encadenado un trabajo precario tras otro, con períodos de inactividad, en los que se había dedicado a vagar. Hasta que llegó su primer atraco a un banco y desde entonces no había parado.

Ya eran cinco los robos en sucursales.

Y no pensaba cometer ni uno más. Así que debía encontrar la manera de no participar en el sexto, el que le había encargado el Yayo.

Emma se despidió del cliente y centró la mirada en el siguiente. Al instante le cambió el gesto de la cara, una sonrisa radiante, por una mueca de espanto.

¿Qué demonios hacía Marina en el banco?

La chica se acercó al mostrador de caja, sonriendo burlescamente.

—Buenos días. Necesito hablar contigo. ¿Lo hacemos aquí, a la vista de todos, para que se enteren de nuestra conversación? ¿O puedes salir diez minutos y vamos a algún lugar donde haya menos gente?

Emma se levantó con rapidez y le comunicó a uno de sus compañeros que iba a tomar un café.

—Bien. Tú dirás. ¿De qué quieres que hablemos? —preguntó un rato después, sentadas en una cafetería cercana, frente a un café para ella y una cerveza para Marina.

—¿Tú qué crees? Pues de Aarón, está claro.

—No tengo nada que hablar contigo sobre él —dijo Emma, cruzándose de brazos para ponerse a la defensiva.

—Pues yo sí. —La otra sonrió con malicia—. ¿Te ha contado cómo me lo follé el otro día en mi casa? Después de interrumpir vuestro romántico momento —se burló de ella—. Como se quedó con las ganas de echar un polvo y yo fui la causante de haberlo roto, me dijo que tenía que resarcirle. Así que nos acostamos.

—Eso es mentira —siseó Emma furiosa.

—¿Eso piensas?

—No es que lo piense, es que sé que me estás engañando —replicó la cajera del banco—. ¿Qué pretendes? ¿Sembrar la duda sobre una supuesta infidelidad? ¿Para qué? ¿Para ver si así consigues tener el camino libre e intentar recuperar a Aarón? Pues déjame decirte algo: lo sé todo sobre ti. Sobre tu adicción. Sé que eres capaz de acostarte con los hombres para conseguir una dosis o un poco de alcohol —la acusó buscando hacerle daño.

Pero erró por completo, ya que Marina la miraba con una sonrisa de suficiencia en la cara, como si no le importase lo que ella le decía.

—Sé lo que le hiciste a Aarón hace cuatro años —continuó Emma, en voz baja, para que no la oyesen los de otras mesas, pero con la rabia saliendo en oleadas de ella—. Te tiraste a tu camello, te quedaste embarazada de él y Aarón te dejó. Te dejó, ¿me has oído bien? Y no volverá contigo jamás.

—¿Crees que no volverá conmigo? —preguntó Marina sin perder su cínica sonrisa—- Y no lo va a hacer, ¿por qué? ¿Por qué ahora está contigo? —Miró a Emma como si fuera un mosquito insignificante.

Emma se rio, aunque la situación no le hacía ninguna gracia.

—No, no es porque esté conmigo. No va a volver contigo porque ya no te quiere. El amor que él sentía por ti lo destruiste hace años con tu adicción, con tu infidelidad, con no querer salir de la mierda en la que te has metido. Tú solita cavaste la tumba para enterrar el amor que Aarón sentía por ti.

Emma vio en los ojos de Marina que aquello sí le había dolido, pero la muy asquerosa trató de que no se le notara.

—Y no va a resucitar jamás. Ahora Aarón me tiene a mí —añadió—. No sé si lo nuestro funcionará o no, pero estoy segura de que si no lo hace, buscará a otra chica. Otra que no serás tú. Dalo por hecho.

—Vaya, así que lo sabes todo sobre mi relación con Aarón.

Emma afirmó con la cabeza, sintiéndose triunfadora en aquella situación.

Pero Marina tenía un as en la manga que estaba dispuesta a usar. Si ella no podía tener a Aarón, tampoco lo tendría Emma, ni nadie después de ella.

—¿También te ha contado, en ese arranque de sinceridad que ha tenido el hombre que nos interesa, que su madre era drogadicta? Murió de sobredosis cuando él tenía nueve años.

Marina comprobó cómo Emma dejaba de lado su sonrisa y la cambiaba por un gesto de preocupación.

—¿Y que su padre lleva veinte años preso, acusado de asesinato? — continuó.

Emma abrió los ojos como platos al escucharla. ¿Eso era cierto?

Marina aprovechó la confusión que veía en los ojos de la cajera para dar la estocada final.

—Supongo que tampoco te habrá dicho nada de lo que hace en su tiempo libre. De todos los atracos a bancos que ha cometido...

—¡Basta ya! ¡Eso es mentira! —gritó Emma, levantándose de un salto de la silla.

Al hacerlo, movió la mesa y el café y la cerveza cayeron, derramando todo el líquido.

—Si no me crees, pregúntale —dijo Marina con una frialdad que heló el aire a su alrededor.

Capítulo 25

Emma trabajó como una autómatas hasta que acabó la jornada. En su mente, una y otra vez se repetía la conversación con Marina. Sobre todo, el final. ¿Aarón era un atracador de bancos? ¿Su padre era un asesino que estaba en la cárcel cumpliendo condena? ¿Su madre había fallecido por sobredosis?

Se decía que no podía ser. Seguramente, Marina se lo había inventado para hacerle daño, para causar una discusión entre Aarón y ella, y que se enfadasen.

Pero si fuera cierto...

Si fuera verdad, ¿por qué Aarón no le había dicho nada?

«Pues porque habrías salido corriendo. Huirías de él, de su pasado y de su vida. Romperías toda relación con él. O, al menos, eso es lo que haría una chica normal y corriente que no quiere meterse en líos. Pero ¿qué vas a hacer tú?», pensaba Emma mientras recogía su bolso y salía al exterior del banco, donde vio que Aarón ya la esperaba con el coche.

Se quedó petrificada en la puerta de la sucursal, como si le sorprendiera verlo allí.

Él se bajó con rapidez y fue a abrirla la puerta del copiloto, como siempre hacía, para que ella montase. Pero al verla tan quieta y mirándolo fijamente, presintió que algo iba mal. Volvió a cerrar la puerta del coche y se acercó a Emma despacio.

Ella soltó el aire que había estado reteniendo cuando Aarón se plantó a su lado y le preguntó si todo iba bien.

—No... Sí... No sé.

—Sube al coche y por el camino me cuentas lo que sucede —dijo él.

Fue a darle un beso, pero ella lo esquivó y caminó hacia el auto.

Aarón se preguntó qué demonios le pasaba. Nunca había rechazado sus besos. Es más, buscaba su boca con desesperación cuando estaban juntos, como si beber de sus labios apagase su sed.

Cuando Emma llegó al coche, se detuvo pensando si debía subir en él o no. ¿Y si fuera cierto lo que Marina le había contado? ¿Iba a montar en un automóvil en compañía de un atracador de bancos, hijo de un asesino y una drogadicta?

«Es Aarón. El hombre del que estás enamorada. No te va a pasar nada malo. Si hasta ahora se ha comportado correctamente contigo, ¿por qué iba a cambiar?», se dijo, dándose ánimos para montar en el coche con él.

«Es un delincuente. Ha robado bancos y a saber qué más cosas ilegales

habrá hecho», repetía una parte insidiosa de su cerebro.

Aarón la observó con la mano en la puerta, lista para subir al auto, pero sin atreverse a hacerlo.

—¿Pasa algo, cariño? —preguntó de nuevo.

Emma lo miró, pero no se fijó en él ni en la cara de preocupación que tenía ni en los ojos grises que tanto le gustaban. Tampoco vio la sonrisa torcida que la traía loca, ni el corazón del hombre que latía por ella y nada más que por ella.

—No voy a ir contigo —dijo de pronto y soltó la puerta que mantenía agarrada.

Se giró y comenzó a caminar con rapidez hacia un parque cercano.

Aarón cerró el coche y corrió tras ella.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando llegó a su lado. La cogió del brazo para detenerla, pero Emma se soltó como si hubiera sufrido una descarga eléctrica y se distanció más de él.

—¡Emma! ¡Espera! ¿Me puedes contar qué te ocurre? —quiso saber él, sin dejar de perseguirla.

—Déjame. No quiero estar contigo. No quiero que... —murmuraba ella mientras se introducía más en el parque— ... te acerques a mí.

—Pero ¿por qué? ¿He hecho algo que te haya molestado? Si es así, dímelo. Párate y hablemos, por favor.

—No... Bueno, mejor sí... Pero no te acerques a mí.

Se sentaron en un banco, cada uno en una esquina.

Emma inspiró hondo y las lágrimas comenzaron a salir de sus ojos. Aarón, al verla llorar, se asustó. Se movió para cubrir la distancia que los separaba y poder consolarla, pero Emma levantó una mano para detenerlo, impidiéndole acercarse y poder sentir el calor de su cuerpo, que lograba serenarla siempre.

—Hoy ha venido Marina al banco a verme —confesó ella entre hipidos por el llanto que no lograba contener.

Aarón cerró los ojos y soltó una maldición.

—¿Te ha montado un pollo en la oficina? ¿Y estás enfadada conmigo por eso?

—Ojalá hubiera sido solo eso. Pero no.

Se quedó en silencio unos segundos mientras continuaba llorando.

Aarón hizo amago de abrazarla otra vez, pero ella no lo dejó.

—Por favor, cosa bonita, me duele verte así. Déjame consolarte.

—No. No quiero que te acerques a mí —contestó Emma con una mezcla de

pena, decepción y rabia en la voz.

—Pero ¿por qué? Si Marina te ha dicho algo sobre mí para que te enfades tanto, creo que tengo derecho a saberlo. Hablamos sobre ello y te aclaro todas las dudas que tengas —dijo, pensando que le habría soltado alguna mentira sobre lo que pasó cuando fue a dejarla en su casa.

Emma permaneció callada unos instantes más, sin mirarlo.

Aarón hacía verdaderos esfuerzos por no abrazarla y acariciar su sedoso pelo, que ese día llevaba suelto.

Por fin, ella se decidió a levantar la vista y clavarla en los iris grises, que la miraban angustiados.

—No has sido sincero conmigo, Aarón, y enterarme por otra persona me ha dolido muchísimo.

—¿Que no he sido sincero? ¿A qué te refieres? —preguntó, rezando para que Emma se explicase de una vez.

—Sobre tu familia y tu costumbre de ir por ahí —Emma bajó la voz hasta convertirla en un susurro— robando bancos.

A Aarón la respiración se le cortó. Notó como si una losa de hormigón le hubiera caído encima y lo aplastara irremediablemente. La sangre en sus venas se heló y el corazón dejó de bombear.

Pasaron un par de minutos en los que ninguno habló. Los dos se miraban fijamente a los ojos. Emma aún continuaba derramando lágrimas silenciosas y Aarón trataba de recuperar el aire que les faltaba a sus pulmones.

—Tu silencio confirma las palabras de Marina. Tu madre murió de sobredosis, tu padre está en la cárcel por asesinato y tú... tú... —Emma se levantó del banco—. No quiero verte nunca más.

Se dio la vuelta para irse, pero Aarón reaccionó agarrándola de la mano.

—Por favor, deja que te explique... —susurró con la voz estrangulada por el miedo y la angustia de perderla. Toda su historia con Emma se estaba viniendo abajo como si fuera un castillo de naipes.

Ella se soltó con rapidez, frotándose la mano y la muñeca como si le dolieran.

—¿Entonces es cierto? —preguntó sintiendo que su corazón se descomponía, rompiéndose en mil pedazos.

Más lágrimas bajaron desordenadas por sus pómulos y ella se las limpió con rabia.

—No sé qué te habrá contado Marina o de qué manera lo habrá hecho, pero, por favor, deja que yo te lo explique todo.

Emma asintió mientras lo miraba desde su altura y veía a Aarón como nunca lo había visto, vulnerable y aterrado.

—Apenas recuerdo a mi madre —comenzó a relatar él en voz baja, sin apartar los ojos de los de Emma—. Me han contado que, de más joven, ella y mi padre tonteaban con las drogas. Mi padre logró dejarlas, pero ella no. Cada vez estaba más enganchada hasta que un día... —Tragó saliva, sentía la garganta seca—. Falleció. Mi padre se volvió loco al perderla. Había hablado muchas veces con el camello que le vendía la droga para que no lo hiciese más y que mi madre pudiera desengancharse, pero ese malnacido continuaba haciéndolo. El mismo día en que enterramos a mi madre, mi padre lo buscó y le dio tal paliza que casi lo mata.

Aarón hizo una pausa, en la que bajó la mirada un momento al suelo, perdido en los pocos recuerdos que tenía de aquella época.

Emma se sentó de nuevo en el banco, a su lado, pero guardando una distancia de seguridad.

—Dos años después yo salía del colegio una tarde cuando un tipo se me acercó. Me dijo que si le guardaba una cosa en la mochila, me daría dinero. Que unos días más tarde volvería a buscarme para que se lo devolviera. Y yo lo hice.

Aarón levantó de nuevo la mirada, pero no para centrarla en Emma, sino en las hojas de los árboles que se movían con el tímido aire que soplaban.

—Cuando llegué a casa, no sé cómo, mi padre lo descubrió. Me gritó, me dijo que aquello era droga, que era la misma mierda que se había llevado a mi madre. Le conté lo del encuentro con el hombre que me la había dado y, juntos, salimos a buscarlo. Lo encontramos. —Emitió un sonoro suspiro y miró a Emma—. Y mi padre tuvo una pelea con él. Desde entonces, no volvió a dejarme regresar a casa solo desde el colegio. Él iba a buscarme todos los días. Pero un día... No apareció.

Hizo una pequeña pausa para tomar aire mientras ella esperaba expectante a que continuase.

—Cuando llegué a mi casa, había varios coches patrulla delante. No me dejaron entrar. Los vecinos me dijeron que uno de los camellos del barrio había entrado con mi padre en nuestra casa, que oyeron gritos, golpes y que llamaron a la policía. Cuando estos llegaron, encontraron a mi padre encima del hombre cosiéndolo a puñaladas. Lo detuvieron y lo enviaron a prisión. La condena fue de veinte años por asesinato con ensañamiento. Al parecer, aquel hijo de puta fue a decirle a mi padre que conseguiría que yo cayera en las

drogas igual que mi madre y varias cosas más, así que mi padre se lo cargó para evitar que esto sucediera.

Aarón se detuvo, respirando como si hubiera corrido una maratón. Cuando vio la expresión horrorizada en los ojos de Emma, el alma se le partió.

—Lo siento muchísimo, Aarón —murmuró Emma. Quería tocarlo, abrazarlo, pero no podía. Algo se lo impedía. Necesitaba escuchar la parte de la historia que faltaba.

De momento, lo que le había dicho Marina era cierto. La madre de Aarón había muerto por sobredosis y su padre estaba en prisión por asesinato. Ojalá no hubiera sido verdad nada de aquello, porque eso significaba que el resto también iba a ser cierto.

—Aún hay más —dijo ella para que él continuara.

—Lo de los atracos, sí. Pero no quiero contártelo.

La cogió de las manos, a pesar de que Emma se resistió.

—Si lo hago, te perderé —suspiró, apretándoselas para que ella no lograra escapar.

—Suéltame —siseó ella. ¿Así que eso también era cierto?

—¡Compréndeme, Emma! ¿Cómo iba a decirte quién soy, como soy, lo que ha pasado en mi vida, con mis padres, lo que hago...? No es una carta de presentación muy buena que digamos. ¡No habría tenido la oportunidad de conocerte! ¡De enamorarme de ti! ¡Ni de que tú lo hicieses de mí! ¿No lo entiendes? Mi vida es mejor desde que tú estás en ella. Yo soy mejor desde que estoy contigo.

—¿Que eres mejor desde que estás conmigo? —preguntó ella alucinada—. ¡Eres un atracador de bancos, por el amor de Dios! ¿Cuántos atracos has cometido estando conmigo? La fisura en las costillas, ¿fue por una pelea con Ximo o por un robo?

—Lo de la pelea con Ximo es cierto. Él mismo te lo dijo. Y desde que estoy contigo, no he vuelto a delinquir. Te lo juro. Créeme, por favor.

Entonces, Emma le hizo una pregunta que rondaba por su mente desde hacía rato, arriesgándose a que fuera verdad y su alma se partiera en dos definitivamente.

—El atraco a mi banco... ¿Fuiste tú? ¿Tu banda?

Aarón cerró los ojos y, lentamente, asintió.

Oyó el jadeo horrorizado que escapó de los labios de Emma y notó que ella tironeaba de sus manos para soltarse.

—Lo siento. Lo siento mucho —repetía Aarón, intentando retenerla a su

lado.

—¿Fuiste tú quien me secuestró? ¿Te gusté y por eso me llevaste contigo? —preguntó Emma con horror, lo cual era una tontería, porque ella sabía perfectamente que el miembro del grupo que la secuestró tenía una fea cicatriz en la nuca de la que su novio carecía.

Aarón meneó la cabeza.

—No. Yo fui quien se enfrentó a mi compañero y te dejé libre en la iglesia.

Emma abrió la boca para preguntar más cosas. Necesitaba saber cada detalle.

Pero el sonido del móvil interrumpió lo que iba a decir. Miró la pantalla y abrió los ojos como platos. ¿Aquello era una señal divina?

—Es la policía —informó a Aarón, que se quedó lívido al escucharla.

—¿Me vas a delatar? —preguntó con miedo.

Ella no tenía la respuesta para esa pregunta. Estaba demasiado confusa y el dichoso teléfono no paraba de sonar.

—No lo sé... No sé qué hacer... —susurró clavando la mirada en los ojos tristes de Aarón. Lo contempló y lo que vio no le gustó nada. Su chico era la viva imagen de la desesperación y la derrota.

El móvil, en su mano, siguió sonando unos segundos más, hasta que la llamada se cortó.

—Deberías hacerlo —le aconsejó Aarón—. Es tu deber como ciudadana informar de lo que te acabo de contar. Yo debería ir a la cárcel por lo que he hecho. Pero antes de que tomes una decisión, déjame decirte que he decidido dejar esa vida. No quiero continuar con los atracos.

No quiso decirle que había hablado con el jefe de la banda y este se había negado a dejarlo marchar, que ella estaba amenazada de muerte... Si le contaba aquello, ella entraría en pánico y todo se pondría peor.

—Sé que no te merezco, que tú podrías tener a alguien mejor que yo, pero soy egoísta y te quiero para mí. Estoy enamorado de ti, Emma. —Le acarició el óvalo de la cara con toda la dulzura que pudo y ella cerró los ojos al sentir su caricia—. Quiero dejar esta mierda por ti. Porque tú me haces querer ser mejor persona y estoy dispuesto a lo que sea con tal de conseguirlo. Con tal de ser digno de ti.

Ella se mordió los labios al escucharlo. Parecía sincero. Quería creerlo, pero... ¿y si él solo se lo decía para que ella no fuese a la policía y le contase toda su conversación?

Abrió los ojos y descubrió que Aarón también estaba llorando, como un

niño pequeño que se ha perdido en el parque y busca desesperado a su mamá.

Le dolió verlo así porque ella también lo amaba, a pesar de todo lo que acababa de saber de él.

Sin embargo, se preguntó si el amor que sentía por él era lo bastante fuerte para perdonar y olvidar.

—Necesito tiempo —dijo ella levantándose del banco y soltándose de sus manos, dispuesta a marcharse—. Tengo que pensar en todo esto.

—Entiendo que te ha causado una impresión muy grande, pero no olvides que en cada momento que he estado contigo, en cada beso, cada palabra que te he dicho mientras hacíamos el amor, siempre he sido yo, el Aarón que trabaja en la fábrica de la Ford, no el Aarón que atracó tu banco. Siempre he sido yo quien te disparó con amor a quemarropa para lograr que tú, un ángel puro que aterrizó en mi desdichada vida, se enamorase de mí y me sacaras de esta mierda en la que estoy. Soy un hombre que ha cometido muchos errores en su vida, pero tú eres lo mejor que hay en ella y por ti estoy dispuesto a cambiar —volvió a decirle.

Emma lo había escuchado con un dolor que le desgarraba el pecho. Estuvo tentada de echarse en sus brazos y besarlo, pero se contuvo. Era mejor alejarse un tiempo y pensar en los siguientes pasos que iba a dar en su vida. Con Aarón... o sin él.

Capítulo 26

—¿Diga? —contestó Emma al teléfono, aunque sabía de sobra quién la llamaba.

—Señorita Rozalen, soy el inspector Puig. Necesito que venga a comisaría para una rueda de reconocimiento. Tenemos a varios sospechosos que concuerdan con el hombre de la cicatriz en la nuca que nos dijo usted.

Emma dejó de escuchar algunos segundos, pensando que, gracias a Dios, Aarón no tenía ninguna marca en el cuello. Debía identificar entonces a alguien de su banda. Al tipo que se la llevó.

Volvió a oír al policía justo en el momento en que este le indicaba la hora a la que debía acudir a comisaría.

—Muy bien, inspector. Allí estaré.

Cuando Aarón acabó su discurso, dejó que ella se marchara. Emma cogió el autobús hasta su casa y se pasó toda la tarde encerrada, pensando, decidiendo, discutiendo consigo misma qué hacer.

La llamada del agente la había sobresaltado, aunque la esperaba, porque no cogió el teléfono la primera vez y supuso que la llamarían una segunda, como así había sido.

Aarón llegó a la casa pasadas las diez de la noche. No había querido ir antes para dejarle tiempo, espacio para pensar, como ella le había dicho.

—No puedes quedarte aquí —le advirtió Emma nada más que lo vio entrar por la puerta.

—Lo entiendo. —Aarón asintió con la cabeza y se dirigió hacia la habitación. Metió en una mochila sus cosas y abandonó la casa, cabizbajo, sintiéndose derrotado, pero rezando al mismo tiempo porque todo acabase bien entre los dos.

Cuando Emma llegó a la comisaría no sabía qué hacer. ¿Debía confesar que conocía la identidad de, al menos, un atracador? ¿O era mejor no decir nada? Aarón podría ir a la cárcel por su culpa.

El inspector Puig ya estaba esperándola. Le explicó el procedimiento y la pasó a una sala con un gran cristal que la separaba de varios hombres. Todos ellos estaban de cara a la pared, enseñando la nuca.

Emma recorrió uno por uno, mirando todas las marcas.

Y, entonces, lo vio.

El hombre que se la había llevado. Su secuestrador.

El cómplice de Aarón.

Si lo delataba a él, Aarón también caería.

—¿Reconoce a alguno, señorita Rozalen?

Emma dudó unos segundos. Inspiró hondo y soltó el aire lentamente, relajándose.

—No. No es ninguna de estas cicatrices —mintió.

—¿Está usted segura?

Ella dio otra vuelta, haciendo como que los repasaba de nuevo.

—Sí, estoy segura. El hombre que atracó mi banco y me secuestró no está aquí.

Mantuvo la mirada del policía todo lo que pudo para que él se creyese sus palabras.

Tras unos segundos de silencio, el inspector Puig habló de nuevo.

—Bien. Seguiremos buscando y volveremos a llamarla. No se vaya todavía. Tenemos algo de papeleo que hacer, pero es poco, no más de unos minutos.

—De acuerdo.

Cuando Emma salió de comisaria le temblaba todo el cuerpo. Acababa de mentirle a un policía. ¿En qué la convertía eso?

No pudo pensar mucho más porque, de repente, al dar la vuelta a la esquina, una mano le cubrió la boca haciéndole daño en los labios, mientras sentía que algo afilado se le clavaba en el costado.

Aarón esperaba impaciente la salida de su padre de la cárcel.

Cuando lo vio traspasar las puertas, echó a correr como cuando era niño y se refugió en sus brazos.

—Papá, por fin —suspiró.

—Sí, hijo. Ya acabó todo. A partir de hoy, una vida nueva se abre ante mí. Una vida lejos de estas cuatro paredes. Ahora me toca empezar, pero no tengo miedo de hacerlo —confesó con ánimo.

Deshicieron el abrazo y caminaron hasta el coche de Aarón.

Su padre notó que algo entristecía el momento de su liberación.

—¿Qué ocurre, hijo?

—Nada, papá.

—Venga, cuéntamelo. Tiene que ver con el Yayo, ¿verdad? Sigue sin querer dejarte libre, ¿me equivoco?

—Todo se ha complicado con Emma, mi novia —dijo mientras subían al auto.

Le contó los últimos sucesos, todo lo que Emma había descubierto gracias a

su conversación con Marina, y la discusión que habían tenido ellos.

—Estás metido en un buen lío —afirmó su padre cuando Aarón acabó su relato—. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé, papá. De momento, le daré el tiempo que me ha pedido para pensar y luego aceptaré lo que ella decida. Si me delata y voy a prisión. —Se encogió de hombros—. Tendré que cumplir la condena que me caiga. Pero si no le dice nada a nadie y me perdona, deberé encontrar la manera de deshacernos de la soga que nos tiene al cuello el Yayo para poder vivir tranquilos y ser felices.

—Espero que lo consigas, hijo. Ya sabes que aquí me tienes para lo que sea.

—Gracias, papá.

Continuaron el viaje en silencio, hasta que Aarón volvió a hablar.

—Emma me ha echado de la casa, así que me he ido a la tuya, a la que te he alquilado. No quería volver con Ximo. Espero que no te importe.

—¡Claro que no! ¿Cómo iba a importarme volver a vivir con mi hijo? Pero ¿no tenías que protegerla? ¿Cómo vas a hacerlo si no estás con ella?

Aarón tomó el desvío para dirigirse al barrio donde tenían la vivienda alquilada.

—Aunque ya no esté en su casa, sigo controlándola. Excepto hoy, que he venido a buscarte. Si te parece bien, te dejaré en el piso para que te instales y me marcharé para continuar con mi vigilancia.

—Tranquilo, hijo. Por mí no te preocupes.

Llegaron a la calle y Aarón aparcó el coche. Cuando iba a bajarse de él, su móvil sonó.

Bufó al ver que era Ximo y, preguntándose qué demonios querría su amigo en ese momento, descolgó.

La sangre se le heló en las venas al escuchar a Emma al otro lado, sollozando.

—Aarón, ven a buscarme. Ximo...

—Ya has hablado con él, bonita. —Oyó la voz de su amigo, que le había arrebatado el móvil a la chica—. Ahora tienes que cumplir conmigo. —Y dirigiéndose esta vez a Aarón, le dijo—: Voy a disfrutar de tu preciosa novia como llevo tiempo queriendo hacer.

—¡No la toques, hijo de puta! —gritó Aarón al teléfono.

—Te equivocas. La voy a tocar por tooodaaasss partes. Y tú no vas a poder impedírmelo.

Ximo soltó una sádica carcajada y cortó la llamada.

Cuando Aarón le contó a su padre la conversación telefónica con Ximo, este se negó a abandonarlo en unas circunstancias tan difíciles. Así que, sin apearse del coche, Aarón arrancó de nuevo y puso rumbo a su casa, la que compartía con su amigo hasta que se fue a vivir con Emma.

Pero cuando llegaron allí la encontraron vacía. No había ni rastro de ninguno de los dos.

Capítulo 27

Emma estaba aterrada. Jamás en su vida, excepto cuando el atraco al banco y su posterior secuestro, había pasado tanto miedo. Al darse cuenta de que era Ximo quien se la llevaba al salir de la comisaria, el pánico invadió su cuerpo y comenzó a temblar.

No podía estar pasándole esto. A ella no. Y todo por culpa de su relación con Aarón. Si no lo hubiera conocido, si no fuera su novia, nada de esto sucedería. Pero ¿quién iba a imaginar los secretos que escondía ese hombre tan atractivo, cariñoso y divertido?

Enterarse de todo su pasado y de su presente la había dejado en *shock*, un estado del que había salido cuando tuvo que ir a comisaría para la rueda de reconocimiento.

¿Por qué no había delatado a Ximo cuando vio su cicatriz? Ahora no estaría en la situación en la que se encontraba. De haberlo hecho, él estaría en el calabozo, custodiado, y ella, tranquila en su casa.

Pero no confesó que era ese joven quien se la llevó de la sucursal porque eso pondría también en peligro a Aarón, y debía reconocer que aunque no aceptaba que su novio fuera un delincuente, tampoco deseaba que acabase sus días en prisión.

Quería pensar que toda la conversación con Marina y después con Aarón había sido un mal sueño del que iba a despertar en cualquier momento. Pero no. Todo había sido real.

Ximo condujo su coche hasta la fontanería de su padre para informarlo del plan de este. El Yayo le aconsejó a su hijo que buscara un lugar abandonado para cometer su violación, quizá alguna de las casas expropiadas que aún no se habían rehabilitado...

Cuando se montaron de nuevo en el vehículo, Emma vio que llegaba Aarón en el suyo, con otro hombre. Intentó bajar la ventanilla y gritar para que él supiera que estaba allí, pero no lo consiguió. Ximo le dio tal puñetazo en la boca que casi le rompe los dientes. Por el espejo retrovisor, mientras se alejaban de allí a toda velocidad, comprobó como Aarón y el señor que lo acompañaba entraban en la fontanería sin haber reparado en su presencia. Amargas lágrimas rodaron por sus mejillas. Si su novio hubiera llegado un poco antes, habría detenido todo aquello.

Cuando salió de su casa, Aarón condujo hasta la fontanería del Yayo. Él

tenía que saber dónde estaba su hijo con su novia.

Por el camino, iba rezando todo lo que sabía y recordaba, rogándole a Dios que Emma estuviera bien, que Ximo no la forzase, que no mancillase su cuerpo, ni su mente con los recuerdos que le quedarían tras haber sido violada, y que no acabase con su vida; sobre todo, esto.

Llegaron a la fontanería y Aarón casi se tiró del coche. No llegó ni a aparcarlo correctamente. No podía perder tiempo haciéndolo.

—¿Dónde está Ximo? Ha cogido a mi novia y se la ha llevado —soltó, entrando en el negocio como un vendaval.

Su padre iba detrás de él, casi pisándole los talones.

—¡Hombre! Germán. Me alegro de verte libre después de tantos años —exclamó el Yayo, ignorando a Aarón.

Le tendió una mano por encima del mostrador al hombre y Aarón, que estaba más cerca, lo pegó en ella para apartarla.

—Ni se te ocurra tocar a mi padre, malnacido. ¡Dime ahora mismo dónde está Ximo con mi novia! —le gritó, cogiéndolo por la pechera de la camisa y levantándolo unos centímetros del suelo.

El Yayo intentó agarrarse al mostrador, sin éxito.

—¿Y por qué tendría que decírtelo? —soltó el fontanero con chulería.

El padre de Aarón entró en la trastienda buscando al amigo de su hijo y a la chica.

Cuando salió a los pocos minutos, tras registrar bien aquello, se encontró con que Aarón había saltado encima del hombre y le daba puñetazos en la cara, las costillas y en todos los sitios donde pillaba.

—¡Dime dónde están! —gritaba enfurecido.

El Yayo, que también agredía a Aarón, logró desequilibrarlo con un certero golpe en la sien, que dejó al joven atontado unos segundos, tiempo que aprovechó el hombre para cambiar las posiciones y golpear la cabeza de Aarón contra el suelo una y otra vez.

Germán, el padre de Aarón, viendo que el hombre iba a matar a su hijo, se lanzó contra él y lo derribó. Rodaron por el suelo entre patadas y puñetazos.

Con las manos, apretó el cuello del fontanero que había hecho de su hijo un atracador de bancos, mientras el otro le arañaba la cara.

A Germán no le importó que el Yayo lo hiriese. Continuó apretando y apretando hasta que el hombre dejó de lastimarle el rostro y empezó a luchar por que sus pulmones tuvieran aire.

Agarró las manos con que Germán lo retenía contra el suelo, oprimiéndole

la garganta, e intentó deshacerse de ellas. Pero el exconvicto era más fuerte y no logró desasirse.

Aarón se recuperó del golpe que lo había dejado casi noqueado y enfocó la mirada hacia donde se encontraba su padre, con el Yayo debajo luchando por su vida.

—¡Papá! ¡Déjalo! ¡Lo matarás! —gritó.

—¡Nunca permitiré que lo abandones! —siseó—. ¡Si él muere, quedarás libre! ¡Podrás dejar la vida que has llevado hasta ahora!

—¡Pero si lo matas, volverás a la cárcel, papá!

—Volvería encantado sabiendo que mi hijo es feliz lejos de toda esta mierda —murmuró Germán.

Apretó un poco más el cuello del hombre mientras Aarón trataba de convencerlo de que no lo hiciera.

—¡Pero yo no quiero que vuelvas a prisión! ¡Ni por mí ni por nadie! —Colocó una mano sobre el hombro de su padre, intentando que lo obedeciera—. Por favor, papá, no quiero volver a perderte.

En ese momento, Germán soltó la garganta del Yayo. Era demasiado tarde. Acababa de matarlo.

Capítulo 28

Aarón y Germán entraron en el bar que frecuentaba el primero, buscando a Marina. La encontraron en el baño masculino, con dos jovencitos que no superarían los veinte años. Mientras uno la embestía por detrás, ella estaba inclinada sobre el otro haciéndole una felación.

Aarón agarró de la nuca al que la penetraba y lo tiró contra la pared de enfrente. El chico, sorprendido, cayó de culo al suelo, quejándose porque había interrumpido su momento de placer.

El otro jovencito se quedó quieto al ver lo que ocurría mientras Marina seguía con el trabajo oral, sin inmutarse.

Aarón agarró a la mujer del pelo y la obligó a parar.

Germán les indicó a los dos chicos que desaparecieran de allí inmediatamente y estos, viendo que si no obedecían tendrían problemas, aceptaron que su momento con la mujer había terminado.

—¡Che! Déjame que acabe con ellos y luego te cojo a ti. Sabes que tengo aguante y puedo hacerlo —le dijo Marina, sonriendo.

Aarón se dio cuenta de que no iba solo colocada, sino también borracha; una mala combinación que acabaría con su vida tarde o temprano.

—¿Dónde están Ximo y Emma? —preguntó con rabia.

Ella se encogió de hombros, pues no sabía la respuesta ni le importaba.

—¿Te ha dejado por mi hermano? —quiso saber riéndose de Aarón.

—Ximo se ha llevado a Emma. La ha secuestrado y tiene intención de violarla y asesinarla —le contó él, intentando que ella entendiera la gravedad de la situación y se dignase a ayudarlo.

—Pues que les aproveche a los dos. ¿Quieres que lo celebremos tú y yo mientras? —Miró a Germán y añadió—. Él también puede unirse a la fiesta.

El puñetazo que le soltó Aarón a Marina en el estómago hizo que esta se doblara en dos, a pesar de que el joven la sujetaba por el cuero cabelludo.

—Dime dónde está tu hermano o te juro que te doy tal paliza que te dejaré medio muerta. O quizá te mate de una puta vez —siseó Aarón cerca de su oído.

Marina, que intentaba recuperar el aire que le faltaba, boqueó como un pez fuera del agua.

—No... No... lo... sé. Lo... juro... —balbució.

Germán contemplaba la escena con tristeza. Había conocido a Marina de niña y le apenó ver la mujer en la que se había convertido.

Aarón levantó el puño de nuevo para dejarlo caer en la cara de ella, pero Marina se cubrió con los brazos mientras gritaba:

—¡No sé nada! ¡Lo juro! ¡No sé dónde están! ¡Ni siquiera sabía que se la había llevado!

Se detuvo justo antes de impactar contra ella.

La soltó de malos modos y Marina cayó al suelo desmadejada.

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta del baño para abandonar el sitio, pero antes de traspasar el umbral, Aarón se volvió para decirle:

—Mira en lo que te has convertido: una drogadicta que se prostituye en los aseos de cualquier bar de mala muerte. ¿Crees que tu madre estaría orgullosa de ti si te viera? ¿Crees que tu hija lo estará cuando tenga la edad suficiente para razonar? Es tu última oportunidad, Marina. Deja esta mierda y recupérate.

Aarón salió de allí y la dejó tirada en el suelo, como una muñeca rota, llorando desconsolada por su triste vida y las hirientes palabras del hombre al que una vez amó.

Capítulo 29

Buscaron en todos los lugares donde Aarón pensó que Ximo podía tener retenida a Emma, sin éxito. Llamó a sus compinches y les contó lo ocurrido, pero estos no sabían nada tampoco.

La tarde avanzaba lentamente y la desesperación iba haciendo mella en el ánimo de los dos hombres.

Aarón se culpaba una y otra vez de lo que le sucedía a su novia en ese momento.

—Si no la hubiera vigilado, si no hubiera querido conocerla, si no me hubiese enamorado de ella, ahora estaría bien, pero no pude hacerlo. Emma es como un imán y yo soy el metal al que atrae sin remedio —se lamentaba.

—Tranquilo, hijo, la encontraremos —intentaba calmarlo su padre.

—¿Dónde están, maldita sea? —gritó Aarón lleno de rabia y frustración, mirando al cielo, pidiéndole a Dios una señal.

Y esa señal se produjo en forma de llamada telefónica.

—Aarón, soy yo otra vez —dijo su amigo el Nano—. He estado preguntado por ahí, por si alguien había visto a Ximo, y me han dicho que lo vieron acompañado de una morena muy guapa entrando en una de las casas abandonadas de la calle...

Aarón escuchó atentamente las indicaciones de su amigo. Cuando este terminó de hablar, él le agradeció la información y se despidió.

—Vamos —le ordenó a su padre—. Creo que sé dónde están.

Ximo comprobó varias casas abandonadas hasta que encontró una que se adecuaba a sus propósitos. Empujó a Emma por las escaleras para llegar al piso superior. Ella se resistió dándole codazos y patadas. Si hubiera tenido las manos libres, le habría arañado en los ojos, pero el delincuente se las había atado por las muñecas en cuanto logró que ella se montara en su coche al salir de comisaría.

Su captor la metió en una habitación donde había una cama desvencijada. El cuarto olía a moho y el polvo campaba a sus anchas por allí. La ventana estaba rota, con varios trozos de cristal en el suelo.

Ximo le rasgó la ropa con el cuchillo, haciéndola jirones. Emma cerró los ojos, pensando que aquello no podía estar pasándole a ella. De un golpe, su violador la tiró sobre el lecho y se colocó encima de su cuerpo para terminar el trabajo.

«Es una pesadilla. Esto no está ocurriendo de verdad», se decía Emma, pero cuando abrió los ojos vio que estaba equivocada.

Todo era real. Tan verdadero como que en ese momento se encontraba atada de pies y manos a los barrotes de una cama, desnuda y con Ximo sobándola por todas partes, mientras le contaba las vejaciones a las que iba a someterla, sin que Aarón estuviera allí para rescatarla.

Ella no dejaba de llorar, aterrada, cosa que a Ximo le gustó. Verla tan vulnerable e indefensa lo puso duro en cuestión de segundos. Cada vez que Emma gritaba «No, por favor, no» era un aliciente que encendía la sangre en las venas de Ximo, instándolo a ir más allá y poseerla.

La había tocado por todas partes, como le advirtió a Aarón cuando habló con él. Era la única concesión que le había hecho a Emma: una llamada de pocos segundos a su novio. Ella tenía una fe ciega en el amor que Aarón sentía, no podía decir lo mismo del suyo, pero, aun así, sabía que él removería cielo y tierra para encontrarla. Solo esperaba que no llegase demasiado tarde.

Con las lágrimas nublándole la visión, comprobó con horror cómo Ximo se bajaba los pantalones y el *slip*. Cogió su duro miembro con una mano y acarició toda su largura mientras la miraba con lascivia. Una oleada de asco y repulsión subió por la garganta de Emma.

Pocos minutos después llegaron al lugar Aarón y su padre.

Entraron con sigilo y escucharon los sollozos de Emma.

A Aarón el corazón se le encogió por el dolor que se desprendía de aquellos lamentos desgarradores. Rezó para no haber llegado demasiado tarde y que Ximo no hubiese mancillado el cuerpo de su novia.

Buscaron en las habitaciones de la planta baja, pero no los encontraron allí. Aguzaron el oído y se dieron cuenta de que los ruidos procedían del piso superior. Subieron la escalera con sigilo, para no delatar su presencia, y recorrieron habitación por habitación buscándolos hasta que los encontraron.

Ximo estaba sobre Emma, desnudo y a punto de penetrarla, mientras la cubría la boca con una mano y con la otra guiaba su pene hacia la vagina de ella. Emma se retorció sobre la cama todo lo que podía, teniendo en cuenta que estaba atada de pies y manos.

Esa visión cegó de ira a Aarón, que dio un grito rabioso y se lanzó contra Ximo.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Te mataré!

Lo derribó y los dos cayeron al suelo, en el otro lado de la cama.

Germán se apresuró a desatar a Emma.

—Tranquila, hemos venido a salvarte. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho...? —dijo el hombre para calmarla.

Pero Emma no podía dejar de llorar y llorar mientras miraba aterrada la escena que se sucedía a su lado.

Aarón y Ximo peleaban. Se daban patadas y puñetazos en todos los rincones del cuerpo, exhalaban gruñidos como si fueran dos animales salvajes y, cuando los impactos de sus puños acertaban, aullaban de dolor. Pero ninguno dejó de atizar al otro mientras daban vueltas por el suelo. A veces era Ximo quien estaba en situación de poder, otras veces era Aarón.

Germán localizó las ropas de Emma y la ayudó a vestirse con lo que quedaba de ellas, ya que Ximo las había destrozado prácticamente. No quiso mirar mucho el cuerpo desnudo de la novia de su hijo, le parecía una profanación hacerlo. Sin embargo, una rápida ojeada le bastó para saber que ella no presentaba ninguna marca de haber sido golpeada. Únicamente los tobillos y las muñecas tenían rojeces de las ligaduras al haberse resistido y haber luchado por que Ximo no lograra su objetivo.

—Soy el padre de Aarón —dijo mientras le pasaba por la cabeza los restos de la camiseta, llena de desgarrones—. Me llamo Germán. Deja de llorar, niña, que ya te sacamos de aquí y se acabó todo esto.

Emma lo miró a los ojos, iguales a los de su hijo, y asintió. Con la ayuda del hombre, terminó de cubrir su desnudez mientras le daba las gracias.

En un momento dado, Ximo quedó libre de Aarón y se levantó del suelo para acercarse hasta una silla.

Allí había dejado una pistola y un chuchillo de grandes dimensiones.

Aarón lo alcanzó por la espalda en el mismo momento en que Ximo tomaba las dos armas. Este se revolvió y, al hacerlo, el filo del cuchillo cortó a Aarón en un brazo. Un aullido de dolor salió de los labios del joven.

—Detente o te mato —lo amenazó Ximo, apuntándole con la pistola.

—Somos dos contra uno. No lo conseguirás —dijo Germán.

Ximo sonrió cínicamente y, con toda la sangre fría que le corría por el cuerpo, disparó contra el padre de su amigo. El hombre cayó de rodillas al suelo, con las manos en el abdomen, donde había impactado la bala.

—Ahora somos uno contra uno —se burló Ximo.

—¡Maldito cabrón! —gritó Aarón al ver a su padre en el suelo, con la sangre manándole del estómago—. ¡Te mataré!

Intentó abalanzarse sobre Ximo, pero él le apuntó a Emma con la pistola.

—Si das un paso más, me la cargo —le advirtió.

Aarón se detuvo, impotente, mirando cómo Ximo le hacía una señal a Emma para que se acercara a él. Ella no obedeció y, al final, fue Ximo quien se aproximó a la chica, que continuaba llorando aterrada.

Dejó el cuchillo sobre una mesa y la cogió del pelo. Con un tirón fortísimo logró que ella se pusiera de rodillas a su lado.

—Ahora, zorra, me la vas a chupar mientras tu querido novio nos mira. Excitante, ¿verdad? —dijo riéndose—. Vamos, empieza.

Acercó la pistola a la sien de Emma y la soltó del cabello para agarrarse el miembro. Dio golpecitos con la punta en los labios de ella para que abriera la boca, pero Emma se negó.

—Chúpamela, puta, o tus sesos quedarán esparcidos por la pared y el suelo.

Aarón observaba la escena impotente, con la rabia hirviendo en sus venas, corroyéndolo como si fuera ácido.

Tenía que pensar rápido cómo conseguir que Ximo no le hiciese nada a Emma, pero no se le ocurría nada.

Vio que su novia abría la boca, temblorosa, y que su amigo la embestía hasta el fondo, provocándole una gran arcada a Emma. Salió de ella con rapidez y, de nuevo, la penetró brutalmente.

A Emma le corrían las lágrimas por los pómulos, cegándole la visión, pero sí sentía cómo ese maldito hombre profanaba su boca, lastimándole los labios. El asco y la repulsión se adueñaron de todo su ser y comenzó a vomitar violentamente cuando Ximo metió otra vez su erección en la boca de Emma.

—¡Putas! ¡Me has vomitado en la polla! —gritó el joven al ver su miembro cubierto por los restos del estómago de Emma.

Le dio un puñetazo con la otra mano en la mejilla, que hizo que la chica saliera despedida hacia atrás y cayera de espaldas.

Aarón aprovechó el descuido de Ximo para abalanzarse sobre él y la pistola salió volando de la mano del delincuente. Otra vez llovieron los puñetazos y patadas sobre el cuerpo de cada uno de ellos.

Emma, que se había recuperado del golpe en la mejilla, vio que el arma estaba cerca de ella. La miró con miedo, sin saber si cogerla o no.

—Hazlo. Cógela y dispárale a ese cabrón. —Oyó el murmullo de Germán, que continuaba agarrándose el abdomen, sobre un charco de sangre cada vez más grande.

—Oh, Dios mío, oh, Dios... —sollozó mirando aterrada al hombre.

—Vamos, niña, coge esa pistola y mata...

Germán no pudo seguir hablando porque un acceso de tos hizo que de su garganta saliera un poco de sangre.

Emma chilló horrorizada al verlo. Miró hacia otro lado, pero allí se encontró con Aarón y Ximo peleando.

«Tengo que hacer algo. Tengo que hacer algo», se repetía una y otra vez.

Tras un par de minutos, decidió obedecer al padre de su novio y tomó el arma con las dos manos. Jamás en su vida había disparado. Ni siquiera había apuntado a nada ni había tenido una pistola en su poder hasta ese momento.

Pero recordó lo visto en las películas y en las series de policías que veía de vez en cuando, así que se puso de pie, se colocó en posición para disparar y puso el dedo en el gatillo.

Sin embargo, todo su cuerpo temblaba y el arma se le cayó al suelo.

La recogió de nuevo y probó otra vez.

Aarón y Ximo continuaban dándose golpes, intercambiando las posiciones. Ella no sabía qué hacer. ¿Y si disparaba a Ximo y hería a Aarón?

—Dispara, niña —consiguió decir Germán a duras penas.

—¡Emma, dispara! —gritó Aarón, que había visto por el rabillo del ojo que ella tenía el arma en las manos.

Justo cuando Aarón terminó de hablar, Ximo le dio un fuerte golpe en el costado, donde sabía que había tenido la fisura en la costilla, y él aulló de dolor. Cayó al suelo y Ximo aprovechó para acercarse a Emma.

—Dame eso, maldita zorra.

Cogió la pistola por el cañón, pero ella se negó a soltarla.

Entonces, Ximo le lanzó un puñetazo contra la cara, pero Emma se cubrió con un hombro, alzándolo para que él no lograra herirla, mientras mantenía el arma entre sus dos cuerpos.

De repente, se oyó una detonación y los dos cayeron al suelo.

—¡No! —gritó Aarón—. ¡Emma! ¡No! ¡No!

Se acercó corriendo a ella y la vio cubierta de sangre. Ximo estaba sobre ella también sangrando.

Ninguno de los dos se movía.

Aarón apartó de un empujón a Ximo y comenzó a manosear a Emma en busca de la herida de bala.

—No te mueras, por favor. No puedes morirte. No ahora, que voy a abandonar todo esto por ti, por un futuro mejor, para hacerte la mujer más feliz de la Tierra. No te mueras, Emma, porque si lo haces... yo... me iré contigo. Te amo.

Capítulo 30

Aarón continuó llorando. Era una mezcla de alivio porque Emma estaba viva y dolor porque su padre había muerto.

Cuando comprobó que su novia no tenía ni un rasguño y que la sangre en su cuerpo era la de Ximo, corrió a ver a su padre, que, en una esquina de la habitación, agonizaba.

—Papá, te pondrás bien, ya verás. Llamaré a una ambulancia y te llevarán al hospital. En unos días...

—No, hijo. Eso no va a suceder. Mi momento ha llegado ya.

—No, papá —negó Aarón, abrazado a él.

—Sí, Aarón. Asúmelo. Voy a morir.

—No puedes hacerlo. Acabas de recuperar tu libertad. Te espera una nueva vida, conmigo, con Emma, quiero que la conozcas. No puedes morirte —sollozaba mientras acariciaba con ternura el rostro de su padre.

—Es una chica preciosa. Os deseo toda la felicidad del mundo —murmuró Germán antes de exhalar el último aliento.

Emma se acercó a él y puso una mano sobre la cabeza de Aarón. La deslizó lentamente por la nuca y el hombro hasta llegar a su muñeca, donde le dio un ligero apretón.

—Lo siento mucho —susurró.

Aarón continuó abrazado al cuerpo de su padre mientras lloraba con rabia, dolor y desesperación, lo que a Emma le pareció una eternidad, hasta que llegó la policía, a la que ella había llamado con el móvil de su novio.

—Este también ha muerto.—Oyó que decía uno de los policías, agachado junto al cuerpo de Ximo.

—¡Vaya día de mierda! ¡Yo que me quería ir pronto hoy a mi casa! —se quejó el otro agente—. Ahora se nos va a complicar la tarde con el papeleo y demás.

Emma vio que le ponían las esposas a Aarón y se lo llevaban detenido mientras a ella la conducían escaleras abajo, hacia una ambulancia que había en la calle. La hicieron subir en el vehículo y la condujeron al hospital, a pesar de que insistió varias veces en que ella no tenía nada, en que estaba bien.

Ximo no había logrado su objetivo. No la había violado. Lo único que había conseguido lastimar era su mejilla cuando le dio el puñetazo por vomitarle en el pene y magullarle los labios en el coche cuando había intentado alertar a

Aarón de su presencia a la salida de la fontanería.

Sin embargo, tenía otras heridas, unas que no podían sanar los médicos que la atendían en el hospital. Las del corazón. Esas no sabía si conseguiría curarlas o estarían ahí para siempre, como un doloroso recuerdo de aquellos días.

Capítulo 31

Emma terminó de leer la novela que estaba en el número uno de ventas en todo el mundo desde hacía dos años, traducida a cinco idiomas, y comenzó a llorar.

El autor había descrito el final de una manera tan emotiva que ella no pudo reprimir las lágrimas.

Al protagonista, un atracador de bancos, lo habían condenado a ocho años de prisión. El día en que terminó su condena y quedó libre se encontró con que, en el aparcamiento de la cárcel, su chica lo esperaba. Había pasado todo ese tiempo amándole y ansiando su liberación.

Pero Emma sabía que esto no había sucedido así. Todo era inventado.

Y lo sabía porque esa historia era su historia de amor con Aarón.

Ese final nunca existió; todo lo demás, sí.

Cuando juzgaron a Aarón y lo enviaron a prisión, ella decidió vender el piso del barrio del Cabañal y pedir un nuevo traslado a Madrid. Volvería a casa con su familia e intentaría olvidar todo lo sucedido en Valencia.

Pero los años pasaron y todavía soñaba con Aarón por las noches. El recuerdo de sus ojos grises, su sonrisa torcida, sus caricias, sus besos... No había podido olvidar nada de aquello.

Así que cuando vio en la librería aquella novela titulada *Amor a quemarropa*, escrita por un tal Aarón Bonet, su corazón dio un vuelco. La cogió y le dio la vuelta para leer la sinopsis. Casi se desmaya al reconocer su historia de amor en aquellas pocas letras que intentaban explicar de qué trataba la novela, acompañadas de una foto del autor.

Era él, y la historia era la suya.

Pero el final no era el mismo. No habían acabado juntos.

—Aarón, ahora que estás libre, tienes que hacer presentaciones de la novela. Los lectores se mueren por conocerte en persona y que se la dediques. Te has pasado muchos años a la sombra sin poder promocionarla, así que ahora, toca trabajar —le ordenó su editora.

—¿Qué me tienes preparado, Teresa? —preguntó Aarón con el móvil pegado a la oreja.

—Para empezar, Valencia. Luego, Barcelona, Sevilla, Málaga, Bilbao...

—¿Y Madrid? —quiso saber él con ansiedad.

En sus años de cautiverio pensó mucho en lo sucedido hasta que se decidió

a escribir su historia y la de Emma. No habían podido despedirse cuando pasó todo aquello y no había sabido nada de ella desde entonces. Así que era una forma de contactar con Emma, pues estaba seguro de que tarde o temprano la novela caería en sus manos, siendo una lectora tan empedernida como era.

El final lo soñó. Como tantas y tantas veces había soñado que, al salir, se la encontraba apoyada en un coche esperándolo. Pero no ocurrió así.

Claro que eso no lo sabía, pues la novela la escribió cuando llevaba tres años encerrado y no se publicó hasta otros tres años después. De eso hacía ya dos años y todavía estaba en el número uno de ventas en buena parte del mundo.

Ahora estaba libre. Había salido de la cárcel hacía unas semanas y su editora le había organizado el próximo mes y medio.

—Sí, en Madrid también —la oyó decir.

—¿Dónde voy a presentar en Madrid?

—En la Fnac de Callao. Se anunciará en radio y prensa, en redes sociales también. Un par de días antes de la presentación, se colgarán dos carteles con tu foto, la portada de la novela y la hora de la presentación, en las fachadas de la Fnac.

Aarón inspiró hondo. Con toda esa parafernalia estaba seguro de que Emma se enteraría de que él iba a estar en Madrid. ¿Acudiría a verlo?

Como no las tenía todas consigo, le preguntó a Teresa:

—¿Se pueden enviar invitaciones personalizadas para la presentación?

—Por supuesto. Dime nombre y dirección, y las envío.

—Primero tengo que confirmar el domicilio de la persona que quiero que vaya. Volveré a llamarte.

Se despidió de su editora y salió a la calle en busca de las dos personas que sabían el paradero de Emma.

Las había visto una semana antes, a los pocos días de salir de la cárcel. Vanessa y Patricia, las amigas de Emma, seguían manteniendo el contacto con ella, según le dijeron cuando se las encontró en la calle una mañana de aquel mes de abril. Ellas lo pusieron al corriente de lo sucedido durante el tiempo que pasó en prisión.

Marina murió al año de ingresar él en la penitenciaría de Picassent a causa de una sobredosis. La pequeña Claudia pasó a disposición de los Servicios Sociales y más tarde fue adoptada por una familia de una población cercana a Valencia.

Emma vendió el piso y se mudó de nuevo a Madrid, con su familia. De vez

en cuando viajaba a la ciudad de las Fallas para ver a sus amigas. El resto del año, se llamaban por teléfono o estaban en contacto vía WhatsApp.

—Por favor, no le digáis nada. Quiero que sea una sorpresa —les pidió Aarón cuando ellas le dieron la dirección de Emma, tras haberle contado este sus intenciones.

Diluviaba en Madrid aquella tarde de finales de abril.

Sin embargo, los lectores que esperaban ilusionados para escuchar, ver y poder hablar unos minutos con el autor, Aarón Bonet, habían aguantado estoicos bajo la lluvia hasta que les permitieron entrar en el salón. A la hora indicada, comenzó la presentación.

Aarón buscaba con la mirada a Emma entre las casi ochenta personas que había allí congregadas. ¿Habría recibido la invitación? De ser así, ¿acudiría a su encuentro?

Estaba muy nervioso y apenas escuchaba las preguntas que sobre la novela le hacían los lectores.

No encontraba a Emma por ningún lado. Quizá no había podido entrar. Le habían dicho que la cola de gente daba la vuelta al edificio y que muchos se habían quedado fuera. Pese a que la Fnac era una tienda con cuatro pisos de altura, la zona donde se realizaban las presentaciones era reducida y no había sitio para tantas personas.

Sintió una opresión en el pecho al darse cuenta de que no vería a Emma en su viaje a Madrid. O quizá lo que había sucedido era que ella no tenía interés en verlo. A lo mejor no había leído la novela. Era posible que, después de ocho años, Emma estuviera casada con otro hombre y lo hubiera olvidado.

El desconsuelo se apoderó de él. Emma quedaría como el recuerdo de los días más felices de su vida. Unos días que ya no volverían.

Nerviosa como nunca en su vida, Emma lo observaba desde el rincón más alejado de la sala. Casi se había pegado con una mujer por obtener aquella posición y eso que era mala, pues para ver al autor debía ponerse de puntillas y otear por encima del mar de cabezas que había.

Llevaba la novela contra el pecho, fuertemente abrazada. La primera vez que leyó las cuatrocientas veinte páginas que la componían, tardó dos días en hacerlo. Las otras tres veces siguientes, la había degustado a placer, subrayando párrafos y frases, los que más le habían gustado por ser emotivos o porque eran palabras que Aarón le había dicho en sus momentos de ternura,

amor y sexo.

Aarón seguía tan atractivo como siempre. Su pelo igual de corto, casi rapado. La barba de cinco o seis días. Vestía una cazadora de cuero marrón, bajo la cual portaba una camiseta blanca, y ambas prendas las conjuntaba con unos vaqueros oscuros. Lo notó a ratos distraído. Otras veces creyó ver desilusión en sus ojos. De vez en cuando, él barría con la mirada la sala, buscando a alguien.

Buscándola a ella.

Cuando recibió la invitación, se sorprendió muchísimo. Dudó si ir o no. Al final decidió que iría, solo por verlo. Después se dijo que no le bastaba con verlo. Quería que le firmase el libro, hablar con él... si era posible.

Pero al ver la marabunta de lectores, supo que eso no podría ser.

Al menos, se conformaría con mirar y escucharlo mientras él contestaba a las preguntas sobre su historia de amor.

No esperó a que terminara la presentación. Volver a verlo y revivir todos los recuerdos la entristecía demasiado, así que para que nadie la viera llorar desconsolada, con el corazón todavía desgarrado después de tantos años, se marchó de la Fnac y dejó que el autor celebrara con su público el éxito de la novela.

Epílogo

—¡Aarón! —Oyó que lo llamaban.

Se volvió y comprobó que era Vanessa. La amiga de Emma se acercaba a él con una gran sonrisa en los labios.

Cuando llegó hasta él, le dio dos besos en las mejillas mientras le preguntaba qué tal había ido la presentación en Madrid la semana anterior.

—Bien. Fue mucha gente.

—¿Conseguiste ver a Emma?

Los ojos del hombre se ensombrecieron. El gris de sus iris parecía más apagado que nunca.

—No —contestó en un susurro al tiempo que negaba con la cabeza.

—Vaya. Lo siento. —Y, para animarlo, le propuso algo—. ¿Quieres que demos un paseo por la playa? Así me cuentas tu experiencia en Madrid. ¿Había tanta gente como en las otras ciudades donde has presentado?

Enlazó su brazo con el de Aarón y, sin darle oportunidad a negarse, tiró de él en dirección al paseo marítimo. Por el camino, el hombre le contó sus impresiones y le confesó que, a pesar de haber hecho solo tres presentaciones, estaba cansado de viajar a una ciudad y a otra promocionando el libro.

Además, después de haber ido a Madrid con todas sus ilusiones puestas en ese viaje, que debería significar el reencuentro con su gran amor, y de que no hubiera sucedido nada de lo que esperaba, ahora ya no le importaba el resto. Solo quería estar en su casa, solo como un ermitaño, y dedicarse a llorar su dolor. Quizá escribiría otro libro para sacar todo lo que llevaba dentro, como hizo cuando escribió su historia y la de Emma.

—Bueno, tú tranquilo. No puedes dar por sentadas algunas cosas. A lo mejor Emma no pudo ir porque estaba enferma o por cualquier otro motivo. ¿Quieres que te dé su número de teléfono y la llamas un día de estos? —intentó animarlo.

—No. Seguro que estará casada y con hijos. No quiero molestarla.

—¿De dónde has sacado esa idea absurda? Patricia y yo —dijo nombrando a su otra amiga— nunca te hemos dicho nada parecido.

—Tampoco me habéis contado mucho de su vida, solo que se marchó y que mantenéis el contacto con ella, pero no me habéis dicho si está casada, si tiene pareja...

—¿Sabes qué? Te contaré todo lo que quieras saber de Emma si damos un paseo por la orilla del mar, pero tienes que dejar que te vende los ojos.

—¿Vendarme los ojos?

—Sí, o no te contaré nada de Emma.

A Aarón le extrañó la petición de la chica, pero si esa era la condición para saber más cosas de su exnovia, obedecería igual que un niño bueno.

Vanessa le hizo sentarse en el murete de piedra que separaba el paseo marítimo de la arena y le colocó un gran pañuelo en los ojos que lo cegó por completo.

—Ahora, quítate los zapatos y camina en línea recta hasta que tus pies toquen el agua. Solo entonces podrás quitarte la venda.

Era una rara forma de dar un paseo por la playa, pero hizo lo que Vanessa le había pedido y anduvo hasta que sus pies tocaron el mar. Cuando iba a deshacerse del pañuelo que le cubría los ojos, unas manos se posaron sobre las suyas para ayudarlo en su tarea. Pensó que Vanessa lo ayudaba a quitárselo; sin embargo, supo que no era ella. Sintió una descarga en cuanto su piel tocó la otra piel. Su corazón se aceleró de tal forma que creyó que le rompería la caja torácica con sus fuertes latidos.

Con rapidez, se quitó la venda de los ojos y se quedó anonadado al descubrir a la dueña de esas manos que habían calentado la sangre en sus venas con un simple roce.

Emma estaba allí. De pie frente a él, sonriéndole como si Aarón fuera la razón por la que el sol salía cada mañana.

Estaba tan sorprendido que no podía articular palabra. ¿Sería todo un sueño? Si así fuera, no quería despertar nunca.

—Hola.

—Emma...

Poco a poco la sonrisa torcida que tanto le gustaba a ella se fue extendiendo por la cara de Aarón.

—¿Vas a darme dos besos o como ya eres un escritor famoso no te codeas con la gente del pueblo? —se burló de él.

—Claro, por supuesto, es solo que... estoy sorprendido —dijo mientras acariciaba las mejillas de Emma con los labios.

Al sentir el delicado roce, ambos creyeron morir de deseo. Se miraron a los ojos unos segundos, en silencio, notando que la electricidad que vibraba en el aire los unía. Lo que habían sentido hacía ocho años aún continuaba allí, anidado en sus corazones.

—Me alegro de haberte sorprendido —comenzó a hablar ella, nerviosa por tenerlo allí delante—. He leído tu libro y...

—¿Te gustó? —preguntó él con ansiedad.

A pesar de las buenas críticas, la única opinión que de verdad le interesaba era la de Emma.

—Es una historia preciosa.

—Es nuestra historia —respondió Aarón.

—Sí, ya me di cuenta.

—No te habrá importado que haya contado cosas íntimas de nosotros, ¿verdad? —quiso saber él. Eso, también era algo que lo preocupaba.

Emma pensó unos segundos. Luego sacudió la cabeza mientras esbozaba una sonrisa.

—No, aunque has exagerado un poquito cierta escena...

Aarón frunció el ceño. Él había relatado la historia tal y como había sucedido.

—¿Qué escena?

—Y el final, sabes que no ocurrió así —dijo ella ignorando su pregunta.

—Así es como me habría gustado que terminase en la vida real —comentó Aarón mirándola con intensidad a los ojos.

Emma observó que él tenía los puños apretados a ambos lados del cuerpo, como si estuviera conteniéndose para no tocarla. ¿Por qué?

—Yo le habría puesto un final mejor.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —quiso saber un poco molesto porque a ella no le gustaba esa parte de la historia con la que él había soñado miles de veces.

Emma se giró y comenzó a caminar por la orilla de la playa.

Aarón la siguió, adecuando su paso al de ella.

—¿Sabes? Fui a verte a la presentación de Madrid.

—¿Estuviste en la Fnac? —Emma asintió—. ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué no te acercaste a mí? ¿Por qué...?

—Estabas rodeado de tus fans y no quería molestar.

Aarón la agarró de un brazo, deteniendo su andar. Ya no aguantaba más sin tocarla.

—¿Qué tontería es esa? De todas las personas que allí había, a ti era a la única que quería ver. ¡Pero si te mandó mi editora una invitación porque yo se lo pedí! —confesó indignado.

Emma sentía el calor de los dedos de Aarón que traspasaba la tela de su camisa, se metía por dentro de su piel y le causaba un cosquilleo maravilloso, que le llegaba al corazón, haciendo que este bombeara alocado.

—No te preocupes, Aarón. Tengo la novela aquí para que me la firmes. He

aprovechado el viaje a Valencia para ver a Patricia y Vanessa, y la he traído —mintió, porque en realidad no estaba allí de visita. Había ido para quedarse. Pero eso se lo contaría más tarde. Primero debía hacer algo, preguntarle algo a Aarón.

—¿Por qué no te acercaste a mí en la Fnac? —inquirió él.

—¿Qué pasa? ¿Que si no estamos en una librería no me lo vas a firmar? ¿No haces firmas a domicilio? —se burló ella.

—Emma, déjate de tonterías y contéstame. ¿Por qué no me dijiste nada cuando me viste en Madrid?

Aarón tenía el ceño fruncido y la sonrisa había desaparecido de sus labios.

Emma estuvo tentada de alzarse sobre las puntas de sus pies, colgarse de su cuello y besar esos labios que tanto añoraba. Pero se contuvo.

—Porque tenía miedo. —Él abrió los ojos como platos y la miró, dejando claro que no la entendía. Ella se apresuró a añadir—. Sí, tenía miedo de que me trataras como a una más de tus lectoras. De que me firmases el libro como si no me conocieras de nada.

—Eso no habría sucedido jamás, Emma. —Le cogió la cara con las manos y le acarició con los pulgares las mejillas—. Has leído la novela. Ahí están todos mis sentimientos. ¿Cómo es posible que pienses que iba a tratarte como a una más de mis lectoras? Nunca podría haberlo hecho porque eres muy especial para mí. Lo sabes.

Emma creyó que Aarón cubriría la distancia que separaba sus bocas y la besaría, pero el hombre no lo hizo.

—¿Estás casada? ¿Tienes... pareja? —preguntó él de pronto.

—No. Alguien dejó una huella en mí imposible de borrar. Me disparó con su amor a quemarropa y todavía no lo he superado —dijo con una sonrisa pícaro.

Vio que la tensión que había mostrado Aarón cuando le hacía esas dos preguntas lo abandonaba y cómo el alivio la sustituía.

—El final que escribiste en la novela, ¿esperabas que se hiciera realidad? —quiso saber ella.

Emma le agarró de la camiseta y se pegó más a él. Puso las manos en la cintura de Aarón y lo rodeó.

—Sí —contestó en un susurro, perdiéndose en aquel abrazo tantas veces soñado, en aquel momento de reencuentro que había imaginado una y mil veces—. Esperaba que entendieras el mensaje y vinieras a buscarme a la salida de la cárcel. La fecha que puse en la novela es la real. Es cuando

acababa mi condena. Me he pasado ocho años contando los días que faltaban. Creí que... —Se detuvo un momento y exhaló un profundo suspiro—. Pero eso ahora ya no importa. Este final también me vale.

Se inclinó sobre la boca de Emma y la reclamó con un beso largo, recorriéndola a conciencia, saboreando otra vez aquellos jugosos labios, tanto tiempo extrañados.

—Pues a mí no me vale este final tampoco —murmuró ella contra la boca de Aarón cuando se separaron para tomar un poco de aire.

Lo tomó de la mano, rompiendo el abrazo, y lo condujo unos metros más allá.

Pasaron por delante de Vanessa, que los saludó, y continuaron su camino hasta que Emma se detuvo.

—Yo no soy escritora, pero tengo un final que bien valdría para una novela.

Había tomado una decisión, un tanto arriesgada, sí, pero ya había perdido demasiado tiempo, concretamente ocho años, y no pensaba desperdiciar ni un segundo más sin él en su vida.

Se apartó un poco y Aarón pudo ver en la arena mojada un mensaje escrito.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó Emma al mismo tiempo que él lo leía.

La miró, sin poder creerse lo que estaba sucediendo, y una sonrisa nació en su cara.

—Esto vale para una novela y para un cuento de hadas, cosa bonita —dijo emocionado.

—Entonces, ¿sí? ¿Te casarás conmigo?

—Estaría loco si no lo hiciera, porque tú eres la autora de la historia de mi vida y todavía te quedan muchos capítulos por escribir junto a mí.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, en primer lugar, a mi familia. A mi marido, Ángel; mis hijos; mis padres; hermanos; cuñadas; primos; amigas...

A mis lectoras cero, Vanessa Valor, Mónica Quiroga y Patricia Rozalén, por haberme ayudado a corregir el manuscrito.

A mi grupo de Tetonas, porque son las mejores.

A toda la gente que me sigue por Facebook y que comparte la publicidad de mis novelas sin pedir nada a cambio.

A las compañeras de letras que he ido conociendo a lo largo de estos años y que me han mostrado su apoyo de una manera u otra.

A las chicas del Club de Lectura de Valencia, que siempre se han portado tan bien conmigo, en especial a Virginia Jiménez, Marisa Lillo y Amparo Soriano.

A mi editora, Teresa, por seguir confiando en mi trabajo, y a Borja por esas portadas maravillosas.

Y a todos los lectores que siguen leyendo mis historias y emocionándose con ellas.

Table of Contents

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Epílogo](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)